

LA MEJOR
LECCIÓN

EL CORAJE DE ENSEÑAR EN PANDEMIA



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.

SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN



LA MEJOR
LECCIÓN
EL CORAJE DE ENSEÑAR EN PANDEMIA



SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN



Primera edición, mayo del 2022

Consultores editoriales

Ricardo Silva Romero
Escritor, columnista y periodista

Ernesto Cortés Fierro
Editor General *El Tiempo*

Fotos

Héctor Fabio Zamora (q. e. p. d.)
Mauricio Moreno

Contenido editorial

Agencia de Contenido Especial (ACE) para
El Tiempo Casa Editorial

Dirección

María Teresa Santos

Coordinación editorial

Martha Luz Monroy G.

Edición

Diego Rubio

Corrección de estilo

Liliana Tafur

Diseño y diagramación

Catalina Orjuela Laverde

ISBN: 978-958-5140-64-6

Impreso por Printer Colombiana S.A.
Impreso en Colombia, *Printed in Colombia*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida total ni parcialmente, ni registrada ni transmitida por sistemas de recuperación de información, en ninguna forma y por ningún medio ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo y por escrito de la Secretaría de Educación del Distrito de Bogotá.

CONTENIDO

La mejor lección.....	5
Una multitud de héroes.....	9
Para aprender por todos los medios	15
Plantas que enseñan y sanan	17
La profe que caminó 800 kilómetros	25
Estudiar en medio de la enfermedad	33
Ya no es un tabú hablar de tristeza, angustia o dolor	41
Periodismo grande en pequeñas manos	43
La salud mental, en voz alta	51
La paz va al gimnasio	59
El hombre que se convirtió en una silla	67
¡Qué pantallazo!	75
Si la guitarra suena, el futuro viene	77
La resiliencia es amor	85
El alimento que no dejó de llegar	93
¡Llegaron mis oncesitas!	95
El páramo del desafío	103
Gracias, profes	111
El videojuego que transformó la educación	113
Las lecciones de la Mujer Maravilla	121
El cuento y un campamento para contarlo	131
Las obras no se detuvieron	139
De los escombros a una gran institución	141
El retorno a lugares seguros	149
Mover el cuerpo para sanar el alma	151
Sí hay estudios superiores gratis para los jóvenes	159
La vida fuera del ‘frasco’	161
Estudiar para no morir	171
El camino de Luz	179
Desde el anonimato sostuvieron la entidad	187
Don Alvarito, el gran caballero.....	189
Dora Acero: la roca, la fortaleza.....	190
Carlos Arturo Castillo y su cambio tenaz.....	192
José Fabián Martínez, guardador de información.....	193
AGRADECIMIENTOS	197

Alcaldesa Mayor de Bogotá
Claudia Nayibe López Hernández

Secretaria de Educación del Distrito
Edna Cristina Bonilla Sebá

Subsecretario de Calidad y Pertinencia
Andrés Mauricio Castillo Varela

Subsecretaria de Integración Interinstitucional
Deidamia García Quintero

Subsecretario de Acceso y Permanencia
Carlos Alberto Reverón Peña

Subsecretaria de Gestión Institucional
Nasly Jennifer Ruíz González

Jefe Oficina de Comunicaciones
Conny Mogollón Barbosa

Asesor de Despacho
Néstor Alfonso Mora Roncancio

Equipo periodístico
Carolina Tamayo, Angélica Molina, Ángel Aguilar,
Vanessa Molina,
Giovanni Clavijo, Ana María Martínez

Fotografía
Guillermo Hernández (Fox)



SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN



LA MEJOR LECCIÓN

EDNA CRISTINA BONILLA SEBÁ
SECRETARIA DE EDUCACIÓN DE BOGOTÁ D. C.

El 16 de marzo de 2020 la vida de miles de niñas, niños y jóvenes de Bogotá cambió. Las instituciones educativas cerraron sus puertas físicas. La humanidad se enfrentaba a una de las mayores pandemias de su historia reciente. Haberlo vivido es, sin duda alguna, una historia que merece ser contada. A partir de las lecciones aprendidas podemos avanzar hacia mejores políticas públicas, que contribuyan a la construcción de una sociedad más amable para todos.

Lo vivido por el sector educativo durante más de dos años no sólo merece ser narrado al detalle, sino que también debe ser sujeto de análisis, crítica y discusión para que colectivamente comprendamos cuál es la mejor lección de este complejo ejercicio en el que se logró garantizar, en condiciones inéditas, el derecho a la educación.

Muchos han sido los retos, los dolores, las ilusiones y las incertidumbres que como comunidad educativa hemos debido sortear. El cierre de los colegios nos instó a pensar en nuevos espacios de integración. Las limitaciones para vernos y hablarnos frente a frente nos obligaron a probar distintas formas para comunicarnos. La imposibilidad de asistir al aula de clase nos exhortó a imaginar múltiples medios para el aprendizaje. Como hemos podido reconocer en distintos momentos, cada desafío que ha surgido en el día a día de esta emergencia sanitaria, económica y social ha creado su propia oportunidad de transformación.

Desde el momento en que asumí la Secretaría de Educación Distrital, y con el liderazgo de la alcaldesa Claudia López, decidimos promover una educación incluyente y equitativa, así que el cierre de brechas estuvo en el centro del Plan Distrital de Desarrollo 'Un nuevo contrato social y ambiental para el siglo XXI'. No obstante, después de lanzado el Plan, el desafío impuesto por la pandemia del covid-19 requirió mayores esfuerzos de los ya imaginados. El cumplimiento de las metas se dificultó. Y en los momentos más complicados recordábamos la

principal motivación para nuestro trabajo: las sonrisas de niños, niñas y jóvenes ocultas tras el tapabocas. Con el fin de evitar que se profundizaran aún más las brechas que queríamos combatir, realizamos notables esfuerzos institucionales para hacer frente a esta situación. Uno de los mayores logros fue la entrega de más de 105.000 tabletas a estudiantes vulnerables de secundaria y media, que no tenían dispositivos con acceso a internet. Este ha sido el mayor esfuerzo que ha realizado la ciudad para avanzar en el cierre de las brechas digitales.

Tuvimos grandes lecciones. El 14 de marzo de 2020, dos días antes del cierre de los planteles, cerca de 30.000 docentes nos encontramos en los colegios de la ciudad a pensar de manera conjunta las acciones para atender el trabajo pedagógico desde casa. La planeación de 15 días de actividades remotas se convirtió en la base para **‘Aprende en casa’**, la estrategia que nos permitió ofrecer de manera ininterrumpida el derecho a la educación. Una innovación **producto del trabajo colaborativo y constructivo de la comunidad educativa**.

Contar con directivas docentes, maestros y maestras, orientadores y orientadoras, servidores y servidoras, y familias comprometidas con la educación fue crucial para generar las respuestas urgentes que necesita la población educativa. En la estrategia ‘Aprende en casa’ se implementaron metodologías de flexibilización escolar y aprendizaje remoto. Entre ellas, el proyecto educocomunicativo ‘Eureka educativa’. Modificamos todo nuestro actuar. Se diseñaron alternativas novedosas para mantener el programa de alimentación (PAE), que permitieron entregar más de 4,1 millones de pesos en bonos y 122.000 canastas. Se tuvieron que adecuar todos los procesos de gestión para seguir cumpliendo los compromisos administrativos y financieros. Además, se puso en marcha un programa de mejoramiento de la oferta y acceso a la educación superior de miles de jóvenes (Reto a la U y Jóvenes a la U) y, por supuesto, el modelo de Reapertura Gradual, Progresiva y Segura (R-GPS).

Estas iniciativas no hubiesen sido posibles sin la dedicación y el aporte de cada integrante de esta gran comunidad. Los desafíos de acción colaborativa que, de manera paulatina, han sido superados con la voluntad y disposición de todos los actores involucrados nos muestran la necesidad de construir liderazgos colectivos que se fundamenten en el respeto, la solidaridad y la priorización de los derechos de la niñez y la juventud. De esta manera se contribuye al cierre definitivo de las brechas sociales y económicas que existen en el sector educativo y en la ciudad. Nuestras decisiones siempre han tenido rostro de niño, niña o joven.

También aprendimos la importancia de ajustar y adaptar las políticas públicas a las necesidades reales de las poblaciones. Se requirió un esfuerzo significativo en la gestión institucional, y con optimismo es posible afirmar que los procesos de la administración pública pueden moldearse de manera eficaz y eficiente para responder ante situaciones no planeadas.

Finalmente, resulta clave mencionar que como sociedad es necesario entender las crisis como valiosas oportunidades para generar las transformaciones que requieren nuestros sistemas sociales, económicos, culturales y políticos. A pesar

de los impactos negativos, los desafíos sobre las estructuras sociales han permitido idear dinámicas de innovación pedagógica. Han sido los niños, las niñas y los jóvenes los grandes sacrificados durante la pandemia. Como las consecuencias del cierre de los establecimientos educativos continuarán sintiéndose en los próximos años, tenemos la obligación de ir compensando este daño de manera progresiva.

Hemos sido protagonistas y testigos de múltiples evoluciones y aprendizajes. De cada reto han surgido iniciativas llenas de creatividad, solidaridad, empatía y mucha resiliencia. Hoy, estos afanes se reflejan en la transformación de las vidas de cientos de niños, niñas y jóvenes, quienes encontraron en sus maestras, maestros, familiares, compañeros y compañeras un faro de esperanzas. No obstante todas las adversidades, hubo aprendizajes y momentos inolvidables.

Ese eco se refleja en las páginas que componen este libro, que busca plasmar la inmensa gratitud y el inconmensurable homenaje que merece cada héroe y heroína que, desde su casa, el páramo, la pantalla, el anonimato, el hospital o la huerta, contribuyó a posicionar “la educación en primer lugar”. Cada historia, es una ofrenda a aquellos que nos dejaron durante la pandemia. Su legado permanece... Cada testimonio muestra que en medio de nuestra fragilidad, la vida es valiosa. Gracias a cada una de las personas que hicieron posible que Bogotá garantizara el derecho a la educación, y que ayudaron a que esta historia pudiera ser contada a través de estas páginas.

UNA MULTITUD DE HÉROES

RICARDO SILVA ROMERO

Sólo voy a decir un par de cosas, pero las voy a decir hasta que queden claras. La primera: que, gracias a un gentío de narradores y de funcionarios, este país —empezando por esta ciudad— no ha sido solamente el infierno. La segunda: que este libro de crónicas que nos cuenta la historia de resistencia de los salones de clase de Bogotá en los años de la pandemia, este volumen con vocación de documento sobre quiénes fuimos y quiénes dejamos de ser, de marzo de 2020 a marzo de 2022, en esta ciudad llena de profesores que dan la vida por sus alumnos, es sobre todo una reivindicación de lo humano, de la compasión en medio de la incertidumbre, del talento y de la maestría en el borde del precipicio.

Cada día es menos extraño, menos ocioso hablar de salud mental aquí en Bogotá, el mar al que vienen a dar los ríos del estrés postraumático del país, pero resulta de mínima cortesía notar que hubo un tiempo en el que nuestra poca cordura —quiero decir: la poca cordura nacional— fue preservada por la terapia que fueron y han sido las novelas, las telenovelas, las obras de teatro, las canciones, las columnas de opinión, las notas de prensa, las crónicas. En nuestro siglo XX, el clímax sangriento de una cultura machista, católica, castellana, militarista y criolla, solían enfrentarse los traumas como se lidian las cicatrices: “Hay que seguir adelante —se decía—, y no mirar atrás”. Desahogarse era un lujo. La catarsis vendría, en el mejor de los casos, el Día del Juicio Final. Y, sin embargo, tanto la ficción como el periodismo se jugaron la vida por decirnos la verdad, por servirle a la digestión de los horrores a los que habíamos sobrevivido por muy poco.

Leer *La mejor lección*, una suma de retratos humanos, de retratos bogotanos, hechos por algunas de las voces más precisas y más compasivas que suelen aparecer en las páginas de *El Tiempo*, es recordar que sí hemos contado lo que nos ha estado sucediendo, que no hemos dejado para después la tarea de evitar que las grandes gestas de todos los días se vayan quedando atrás como si fueran

pequeñas: a aquella maestra de una de las primeras crónicas de esta recopilación, la maestra Morales, le queda la satisfacción de “haber recorrido 800 kilómetros, a puro pie, porque no podía fallarles a mis estudiantes” para que a los lectores nos quede claro que Bogotá ha sido un escenario salvado a diario en su tras escena.

Nadie es mejor ni es peor por ser colombiano, pero, en gracia de este prólogo, reconozcamos que quienes nacemos en estos paisajes abruptos y exuberantes tenemos en común cierto humor y cierta resignación —heroica, si uno se la piensa con cuidado— a seguir a pesar de todo. Digo esto para responder una de las grandes preguntas que se ha hecho la humanidad desde que tiene memoria: ¿cómo ha sobrevivido este país a su propia cultura del aniquilamiento, a su bogotazo con cuentagotas que vino después de “el Bogotazo”?, ¿por qué Colombia no se acaba de acabar? Porque no sólo ha habido una violencia típica de aquí, de este experimento humano, sino que se ha dado un coraje que es digno de estudio. Y porque este Estado roto ha sido sostenido por funcionarios dignos, serios, de pocas palabras, que han ido por los rieles del deber venga lo que venga, pase lo que pase.

Por supuesto: solemos confundir la política con los políticos, solemos quedarnos en las ramas de los escándalos dignos de páginas judiciales y en las tendencias de las redes sociales, solemos limitarnos a ser los espectadores de unos caudillos hechos a arrear a sus votantes y a urdir planes de villanos con los dueños del poder, pero la verdad es que más allá de los discursos veintejuleros, más allá de los candidatos perpetuos y de los lobistas que pretenden tomarse el tambaleante Estado colombiano, hay un montón de ciudadanos y de funcionarios que sí hacen su parte: su trabajo. El libro que usted está ojeando es una necesaria reivindicación de esos bogotanos y una demostración de que lo que pasó en estos dos años con los 764.593 estudiantes, los 34.021 profesores y los 38.595 trabajadores de los 400 colegios distritales fue en verdad extraordinario.

Desde antes de que existiera la elección popular de alcaldes, en 1988, Bogotá era una ciudad que dudaba de sí misma de administración a administración: el cronista Torrente habló de “los viceversas de Bogotá”, en el paso del siglo XIX al siglo XX, cuando notó esta manía de destruir sobre lo construido. En este siglo XXI, en el que la ciudad no ha sido ajena a la tendencia mundial a fracasar en el intento de encontrarse en un punto medio, sí que ha sido evidente la tentación de echar por la borda lo logrado por el antecesor. Pero si algo conmueve —si algo estremece— de *La mejor lección*, una iniciativa justa y necesaria y bella de la Secretaría de Educación Distrital, es constatar de historia en historia que los maestros, los estudiantes, los padres de familia, los funcionarios y los ciudadanos de la capital están más allá de las contingencias políticas, de los discursos.

Resulta raro en estos días de atomizaciones, pero quien lee este volumen, que desde el principio tuvo claro que quería ser leído, lo cierra con la convicción de que el amor por Bogotá existe.

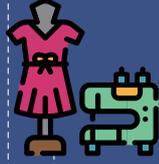
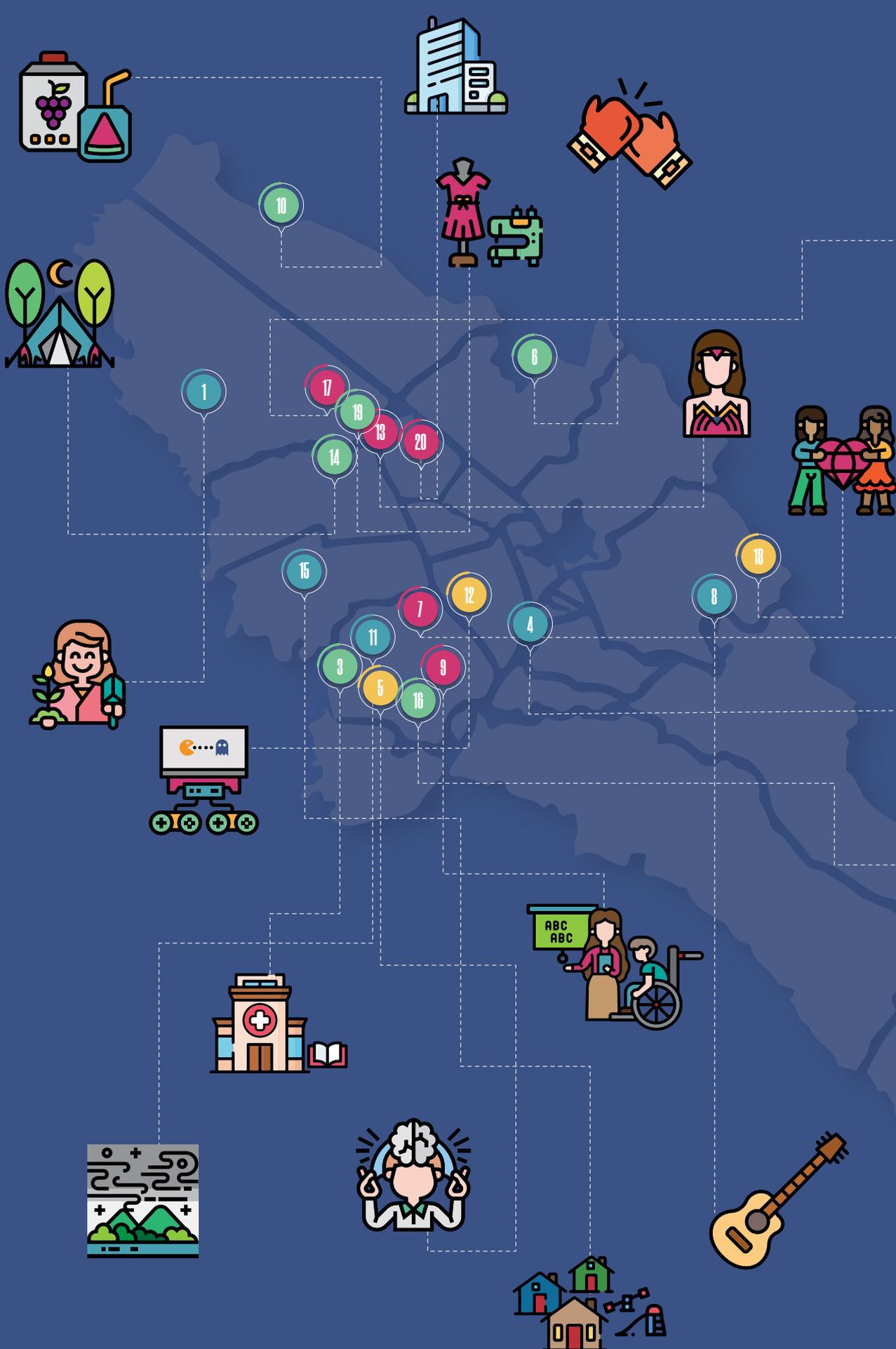
Cada jornada de la ciudad es un milagro oficiado por una multitud de bogotanos que siempre están tratando de que les alcance el día. Sí que ha sido evidente esto que digo en los dos largos años de la pandemia, queridos lectores,

podrían saltarse ustedes los pocos párrafos que me quedan para conocer a fondo de una vez —en las páginas que vienen— a la maestra que “sueña con abrir una fundación en el campo donde los niños puedan caminar descalzos y bañarse en una quebrada”; al niño al que su abuela y su madre “le ponen una especie de máscara que le brinda ventilación mecánica, pues sufre de apnea del sueño y podría dejar de respirar de repente”; al profesor de 42 años que amaneció convertido en “una simple, común, dura y blanca silla Rimax”; al psicopedagogo que dedicó los tiempos del covid-19 a “evitar que se les derrumbara la esperanza de un futuro posible a las 750 familias de su comunidad”; al docente que se inventó un revolucionario videojuego para enseñar matemáticas; a la monitora del PAE, o sea del Plan de Alimentación Escolar, que tuvo que pensarse modos de enviar la comida a casa en los días de las cuarentenas.

Desde la primera línea de este texto he debido anunciar que iba a decir tres cosas porque aquí va la tercera: el ser humano se inventó el drama, en su afán de contener el paso de la vida, para acusar recibo de su propia transformación, de su propia capacidad de convertir en prójimos a los extraños y enmendar su camino justo a tiempo. Quien lea este libro que valió la pena desde el principio, quien lo esté leyendo ya, sin duda será transformado a fondo por una serie de historias de transformación. Este es un libro de voces. Un libro que se oye. Y que de ningún modo le teme a venir del orgullo, del reconocimiento y del agradecimiento, palpables desde los testimonios hasta los giros literarios de cada una de las crónicas, porque en todas sus páginas se está diciendo la verdad.

Es raro, sí, que el mundo no se acabe de caer mientras lo vemos caer. Pero la razón es que, como lo prueba *La mejor lección*, estamos sosteniéndolo entre todos.





Crónicas

1

Plantas que enseñan y sanan
Tibabuyes (Suba)

2

**La profe que caminó
800 kilómetros**
Colegio Rural
La Unión-Usme (Sumapaz)

3

**Estudiar en medio
de la enfermedad**
Barrio Porvenir reservado
(Bosa)

4

**Periodismo grande en
pequeñas manos**
Colegio IED Cultura Popular
(Puente Aranda)

5

La salud mental, en voz alta
Colegio IED Rodrigo
de Triana (Bosa)

6

La paz va al gimnasio
Colegio Nydia Quintero
(Engativá)

7

**El hombre que se convirtió
en una silla**
Kennedy Central
(Kennedy)

8

**Si la guitarra suena,
el futuro viene**
Barrio Guacamayas
(San Cristóbal Sur)

9

La resiliencia es amor
Barrio Lucerna (Bosa)

10

¡Llegaron mis oncesitas!
Barrio El Codito (Usaquén)

11

El páramo del desafío
Gimnasio del Campo
Juan de la Cruz Varela
(Sumapaz)

12

**El videojuego que transformó
la educación**
Colegio Kennedy (Kennedy)

13

**Las lecciones de
la Mujer Maravilla**
Colegio Nueva Esperanza
IED (Usme) y Normandía
(Engativá)

14

**El cuento y un
campamento para
contarlo**
Colegio Antonio Nariño
(Antonio Nariño)

15

**De los escombros a una
gran institución**
Colegio Emma Villegas
de Gaitán (Fontibón)

16

**Mover el cuerpo
para sanar el alma**
Colegio San Pedro Claver
(Kennedy)

17

La vida fuera del 'frasco'
Barrio Simón Bolívar
(Barrios Unidos)

18

Estudiar para no morir
San Cristóbal sur

19

El camino de Luz
Barrio Simón Bolívar
(Barrios Unidos)

20

**Desde el anonimato
sostuvieron la entidad**
Sede Secretaría de Educación Distrital.
Avda. 26 No.66-63



2



PARA APRENDER POR TODOS LOS MEDIOS

¡Qué paradoja! Un aparato considerado obsoleto en muchos lugares y una red informática de altísima tecnología terminaron siendo aliados, como consecuencia de la pandemia. La radio, ese invento que revolucionó las comunicaciones a finales del siglo XIX, y el internet, que apareció 100 años después y cambió todas las dinámicas mundiales, fueron algunos de los medios que la Secretaría de Educación utilizó para poder continuar enseñando fuera de las aulas, en medio de la cuarentena.

En efecto, radio, televisión, páginas web, redes sociales, correos electrónicos, cartillas impresas fueron las herramientas con las que el programa 'Aprende en Casa' buscó que en los hogares se crearan ambientes de aprendizaje, mientras los estudiantes regresaban a los colegios.

Como la cuarentena iba a ser solo por dos semanas, maestros de las instituciones públicas de Bogotá diseñaron cartillas impresas que se entregaron a los padres de familia. Sin embargo, estas se quedaron cortas ante el alargue del confinamiento y fue necesario buscar otros recursos para cubrir la mayor cantidad de población estudiantil, teniendo en cuenta que se debía llegar tanto a las zonas urbanas como a las rurales.

Además, los maestros estaban asfixiados con la avalancha de mensajes de WhatsApp que les comenzaron a llegar, puesto que nadie usaba correo electrónico. Así que se les dio acceso y claves a todos los estudiantes que tuvieran internet. Luego, se fortaleció el portal Red Académica que la Secretaría ya tenía y que fue evolucionando en la medida en que se fueron detectando sus diversos públicos: padres, estudiantes, maestros, por lo que se

segmentó. La robusta página, donde reposan los cerca de 1.500 contenidos que produjo el talento de la Secretaría, tuvo 52 millones de visitas.

En paralelo, los maestros de Aulas Hospitalarias —por donde han pasado cerca de 10.000 estudiantes en 11 años— seguían en su labor.

Y seguía siendo poco. Así que se creó ‘Aprende en Casa TV’, que cambió la forma de ver contenidos matutinos de Canal Capital (el canal público de Bogotá), pues, antes de la pandemia, las mañanas eran para noticias y magazines dirigidos a público adulto. No se trataba de sentarse frente a una pantalla a ver una clase. Con guías en mano, descargadas de Red Académica, los alumnos seguían y complementaban lo que se iba presentando en los programas. Esta estrategia también evolucionó y le dio paso a Eureka —el primer canal infantil público para la niñez urbana y rural de Bogotá—.

Aún no era suficiente, especialmente para llegar a los estudiantes de las zonas rurales. Entonces se acudió al medio masivo que cruza montañas, que pasa por las selvas, que llega a los páramos: la radio. Esa misma con la que miles de colombianos cursaron su secundaria gracias a *Bachillerato por radio*, programa educativo que nació en 1966. En alianza con Colmundo radio, antes de la presencialidad, lunes, miércoles y viernes, se produjeron 200 programas para fomentar la lectura, la curiosidad por la ciencia y el estudio de las matemáticas, a través de ‘Aprende en Casa Radio’. Las cerca de 40.000 guías y contenidos impresos elaborados para la emergencia también complementaron las emisiones.

Con tal de que la cuarentena afectara lo menos posible el aprendizaje, maestros desarrollaron iniciativas propias para llevarles educación a los estudiantes hasta sus casas, como lo revelan las historias que se narran en las siguientes páginas.



PLANTAS QUE ENSEÑAN Y SANAN

POR GERMÁN IZQUIERDO MANRIQUE

Cuando era niña, la falda al viento y los pies descalzos, Elda Stella Álvarez recorría las montañas de la vereda Mundo Nuevo, en La Calera, a más de tres horas de Bogotá. Con sus pequeñas manos aprendió a enjalmar burros, amarrar vacas, separar a los terneros y recoger los huevos de las gallinas criollas de la finca. Su padre, Gustavo, le enseñó que el toronjil tranquiliza, la yerbabuena macerada cura el dolor de cabeza y la manzanilla es un antídoto contra el insomnio. La mejor escuela que tuvo fue ese campo bañado de aguas, tras las diminutas ventanas de su casa: la quebrada Blanca y la quebrada Jaboncillos, la laguna Chiquita y la laguna Brava. Un campo que surca la cordillera Oriental adonde llegan tucanes de montaña y pájaros carpinteros reales para anidar en las ramas de cedros, encenillos, laureles y arrayanes.

Hoy la profe Stella viste un uniforme del mismo tono violeta de los siete-cueros florecidos. Su rostro no revela que pronto cumplirá 59 años. “Es gracias al aceite de caléndula”, dice mientras acaricia su piel, lisa y sin arrugas. Frente a ella, el viento mece plantas de malva, orégano, violeta y manzanilla, en medio del bullicio de Johan, Sofía, Julián y otros niños que han encontrado en este pedazo de campo de la Clínica Juan N. Corpas, en la localidad Suba, un lugar sembrado de hortalizas y plantas medicinales donde olvidan por un rato los pálidos pasillos y el olor antiséptico de los hospitales, las inyecciones y los tratamientos, los dolores y los días de encierro en casa.

Stella fue quien creó este espacio. Esta experta en Pedagogía Hospitalaria forma parte del programa distrital Aulas Hospitalarias, que brinda educación y apoyo lúdico a niños y jóvenes que no pueden asistir al colegio por enfermedad o alguna discapacidad. En 2016, como líder de aula de la Clínica Juan N. Corpas, la profe se aventuró a sacar a los niños de los espacios cerrados y les presentó la naturaleza. Por primera vez caminaron descalzos sobre el pasto, hundieron las

manos en la tierra húmeda, aprendieron los ciclos de las plantas, contaron las hojas de las matas, cosecharon acelgas, coliflores, pepinos, lechugas y repollos. “Cuando los empecé a traer, mi jefe me decía que tuviera cuidado, que se iban a enfermar. Incluso nos dio una colchoneta para que los niños no se acostaran en el suelo. Pero yo los veía tan alegres cuando ponían las caras en la hierba, mientras el sol los calentaba... Con ellos he comprobado que la naturaleza cura y da felicidad”, dice Stella.

Desde niña, siempre le gustó acercarse a quienes no tenían amigos porque sufrían de alguna discapacidad. En el colegio, se convirtió en la protectora de Jaime, un niño con labio leporino y paladar hendido, y de Patricia, una joven que sufrió una grave caída de un caballo. “Ella se quedó bajita y se hizo ancha —cuenta Stella—. Nadie quería ser su amiga. Era una chica muy pila. Fuimos amigas hasta su muerte”.



Stella tenía tres sueños: el primero, ser médica; el segundo, ser cantante, y el tercero, ser religiosa. Ninguno se cumplió. Empezó a estudiar Sistemas, pero pronto abandonó la carrera al no poder costearla. Trabajó varios años como preparadora de alumnos para la Primera Comuni3n y la Confirmaci3n. Luego viaj3 por distintos lugares de Colombia vendiendo griferías, un oficio que dejó al cabo de unos meses, cansada de los hombres que la acosaban a donde iba. En aquella labor trashumante conoci3 a su esposo, Oswaldo Mora, con quien tiene dos hijos.

Un día que Stella llevó a su hijo mayor al jardín infantil, advirtió que las clases estaban encasilladas en hacer planas y llenar cuadernos. “Dentro de mí había una duda en cuanto a que la educaci3n era muy rígida —dice—. Me di cuenta de que cuando traía a mis hijos a la vereda y les enseñaba sobre las vacas y las plantas, aprendían más que en el jardín. Por eso es importante educar a los niños para que aprendan de acuerdo con sus intereses, sus gustos y sus habilidades, en lugar de encajonarlos en cuadrículas y sistemas”.

Stella cursó algunos módulos de Atenci3n en Preescolar, convencida de que su misi3n en la vida era educar. Al cabo de unos meses, una amiga la convenció de presentarse a la licenciatura en Pedagogía Escolar de la Universidad Pedagógica. A los 33 años, Stella sentía que era tarde para empezar una carrera. Aun así, se aventuró a pasar papeles sin mucha esperanza, hasta que un día el teléfono ‘flechita’ que le había regalado su esposo empezó a sonar.

Eran las 11 de la noche cuando la llamaron para informarle que había sido elegida para la entrevista. Cuatro años más tarde, en 1999, la profe recibió su diploma. Fue el comienzo de una carrera dedicada a los niños. Con una sonrisa, Stella cuenta que se volvió fanática del estudio: su hoja de vida es una larga lista de diplomados y cursos, una especializaci3n en Pedagogía Hospitalaria, otra en Recreaci3n Ecológica y Social y una maestría en Evaluaci3n del Impacto Ambiental.

Desde el 2011, Stella forma parte de Aulas Hospitalarias de la Secretaría de Educaci3n. Empezó en la Fundaci3n Cardioinfantil. Años después, pasó a liderar el aula de la Clínica Corpas. Allí montó una maloca y una huerta, y convirtió una casa que halló colmada de telarañas en un colorido salón de clases. Desde 2016, más de 80 niños con diversas enfermedades han llegado para recibir las enseñanzas y el amor de Stella, que los conoce casi como a sus hijos.

Estar de lunes a viernes con niños que padecen graves enfermedades le ha enseñado la fragilidad de la vida y, al mismo tiempo, le ha mostrado la fortaleza de quienes no están dispuestos a rendirse. Es el caso de Sofía, una niña de 12 años que en el 2019 fue diagnosticada con leucemia linfoide aguda. Sofía, el pelo negro recogido en un moño y las piernas largas, recuerda que estuvo a punto de morir, pero se rehusaba a rendirse, incluso cuando cayó en coma luego de una hemorragia pulmonar producida por la anestesia. “Yo oía a mis papás, pero no podía hacer nada. Recuerdo que incluso vi a mi abuelito, me decía que me fuera con él. Pero yo me negaba porque quería quedarme con mis papás”, recuerda

Sofía, que logró vencer el cáncer en el 2021 y ahora camina sin dificultades por el sembrado de caléndulas de la Clínica Corpas, quiere ser médica y no cambia ningún lugar por su colegio, donde aprende de la mano de la profe Stella, que la llama con cariño “mi vida”, “mi amor”, “mi princesa”. Uno de sus amigos es Julián, un joven de 16 años que perdió la visión por un cáncer de cerebro que afectó sus nervios ópticos. Julián es experto barajando cartas y haciendo operaciones aritméticas. Su madre es almacenista y trabaja todo el día. Stella se ha convertido en su segunda madre. Aunque apenas puede distinguir sombras, los demás sentidos se despiertan en medio del canto de los pájaros, el viento que le golpea el rostro y el olor de las plantas aromáticas.

La mayoría de los niños son estudiantes del colegio Nicolás Buenaventura, otros del Gerardo Paredes y del República Dominicana. La llegada en el 2020 de la pandemia significó un cambio drástico en sus vidas: pasar de la huerta al encierro en casa. Para Stella, ver la huerta sola y pensar nuevas estrategias pedagógicas fue un gran reto. Ella, que había basado sus clases en el contacto con la naturaleza, ahora tendría que enseñar a distancia. Lejos de amilanarse, la profe se armó de fortaleza: “Compré un computador nuevo, pagué una conexión de internet satelital, me fui a mi casa en la vereda y desde allá les mostraba mi huerta: los cubios, las papas, las chuguas, las hierbas y las verduras. Trataba de transmitirles todo el campo por medio de la pantalla”.



Stella advirtió que, aún desde lejos, los niños se interesaban por las plantas, pero les seguía faltando el contacto con ellas. Entonces se le ocurrió una idea: les pidió a sus alumnos que consiguieran una maceta y plantaran en ella una semilla. Así lo hicieron: Sofía sembró yerbabuena; Julián, tomate; Johan, manzanilla. Otros cultivaron papas sabaneras y criollas. Fue el mejor ejercicio que alguien pueda imaginar. Las plantas se convirtieron en un elemento de unión familiar. “Todos en sus casas estaban pendientes de cuidarlas y esperaban con ansias cuándo florecerían”, dice Stella.

Pasaron días y semanas. El país vivía de puertas para adentro y las calles de Bogotá permanecían desoladas. Mientras muchas vidas se apagaban en los hospitales, en el pequeño montón de tierra que sembraron los niños nacía una planta. Algunos cosecharon dos papas que comieron con gusto. Otros aún tienen sus plantas en casa. Es el caso de Johan, un niño de 11 años fanático de las películas de horror que padece de ataxia telangiectasia, una rara enfermedad que no tiene cura y afecta los sistemas nervioso e inmunológico. Cuando Johan llega a la Clínica Corpas, Stella lo recibe y lo lleva aupado en caballito por entre los cultivos.

Durante la pandemia, en la que atendió a 28 estudiantes, Stella complementó la siembra de plantas caseras con juegos mentales e interactivos, como *Kahoot*, que permite aprender matemáticas y escritura con tableros personalizados y preguntas; o *Lumocity*, que ejercita la mente y la memoria. “Además de los juegos, hicimos varios ejercicios de gimnasia cerebral: coordinación y ejercicios con la mano menos hábil. Fue una experiencia muy retadora, pero nos obligó a ser recursivos, a no dejar que los niños se aburrieran”, cuenta.

Uno de los estudiantes de Stella durante la pandemia fue José Nelson Cubillos, un joven de 22 años con epilepsia refractaria de difícil manejo. La conoció en el 2016 y está convencido de los beneficios que le trajo pasar los días en la huerta de la Clínica Corpas. “Me ayudó mucho. Nunca había estado con tanta paz, tanta tranquilidad. Me sentía relajado y sereno”, reflexiona este brillante bogotano, de 1,90 de altura, que logró un muy buen puntaje en el examen del Icfes, de 398, a pesar de no saber inglés y de tener dificultades para leer y escribir.

Durante el tiempo que la profe lleva en la Clínica Corpas, cuatro niños han muerto. Entre ellos Katy, que soñaba con viajar a Estados Unidos; Carlos, que aspiraba a ser chef, y Yeimi, fallecida en la pandemia. “Era mi princesa —cuenta—. Apenas se soltaba en leer y escribir. Le gustaba cantar, bailar y quería ser médica”.

Elda Stella Álvarez sueña con abrir una fundación en el campo donde los niños puedan caminar descalzos y bañarse en una quebrada, como aquella de su vereda, en la que suele sumergirse para curar sus preocupaciones y llenarse de energía. Allí, la casa donde nació sigue en pie. En los días de descanso, con un

machete al cinto, sale a pasear con su perro, Capitán, una mezcla de dálmata y beagle. Juntos hacen largas caminatas rodeados de montañas, de un verde que se ilumina y se oscurece y tranquiliza. El lunes volverá a peinar sus trenzas en una moña color caramelo y a vestir el uniforme violeta para enseñarles a los niños el milagro de la vida a través de las hojas de las plantas.





Germán Izquierdo Manrique se ha especializado en periodismo narrativo. También es escritor: autor de los libros *La Cucharita*; *Jaime Garzón, el genial impertinente*, y la novela gráfica *Un árbol llamado Kevin*. Como periodista ha trabajado para medios como *Semana*, *El Tiempo*, *DonJuan*, *Lecturas Fin de Semana* y *La Hoja*. Fue director editorial del Ministerio de Educación y editor de Justicia Rural en la revista *Semana*. Es profesor de las asignaturas Crónica y Reportaje, Deontología y Publicaciones Periódicas en la Pontificia Universidad Javeriana. En su crónica sobre la profe Stella, que trabaja con niños que padecen graves enfermedades, deja ver esa fragilidad de la vida y la fortaleza de quienes no están dispuestos a rendirse.



LA PROFE QUE CAMINÓ 800 KILÓMETROS

POR BERNARDO VASCO

Casi exactamente a las 9 de la mañana del miércoles 29 de marzo, un mensaje de WhatsApp de Claudia Morales nos puso en camino. “Salgan por la bomba, por la principal de Usme y derecho arriba, donde queda una lomita, pasando por la estación de Biter 13 —el batallón de instrucción, entrenamiento y reentrenamiento del Ejército—, y ahí los voy a estar esperando, en Las Mercedes, frente a un aviso anaranjado”.

25

Vamos a entrevistar a la docente del colegio rural La Unión-Usme, en el kilómetro 24 de la vía a San Juan del Sumapaz, donde se ubica el páramo más grande de Colombia, a 3.820 metros sobre el nivel del mar. Es el reservorio de agua más importante de Bogotá, Cundinamarca y los Llanos Orientales. La profe es una especie de heroína de esta localidad rural. Durante el tiempo de la pandemia, fue como los chasquis: esos mensajeros que recorrían los extensos caminos del estado inca, llevando los mensajes del emperador, sin musitar palabra y sin agotarse nunca. Solo que ella cargaba en el morral textos de enseñanza.

La vía es muy sinuosa, con curvas culebreras y arriesgadas, y por las ventanillas pasan cipreses, nabos amarillos y morados, saucos, alisos, eucaliptos y mortiños, que se desparraman impunemente a la vera del camino, entre montañas y ramales de la cordillera. Así vamos pasando por la vereda Chiguaza, repleta de sembradíos de papa y arveja; por la represa de La Regadera, el río Tunjuelo y la vereda El Hato. Y es entonces, 25 minutos después, cuando llegamos al destino. Al borde, parada justo en el camino agreste que lleva a la vereda Las Mercedes, alguien nos levanta la mano. Se acerca una mujer envuelta hasta el cuello con una ruana clara, de pura lana de oveja (hecha por una amiga que está iniciando un emprendimiento, nos dirá después).

“¿Es usted Claudia?”. Asienta con la cabeza y saluda con un simple “buenas”. Enseguida, ya dentro del carro, al comentarle que el cielo oscuro y cargado presagia la caída de un intenso aguacero, nos dirá con certeza que al contrario, que el verano no se quiere ir, que está muy amañado: “Estamos rogando a Dios que caiga agüita”. Con la alegría de no extraviarnos —pues no hay señal de internet, pero ya estamos con la profe y llegar sin ella a la vereda La Unión sería un desafío para exploradores—, nos encaminamos al colegio La Unión-Usme. Los 15 o 20 minutos que tarda el recorrido lo entretenemos con comentarios anodinos, como para romper el hielo y entrar en calor, porque afuera el viento no amaina y corre sin tregua.

—¿Y para qué sirve el morriño?

—Pues para quitar el dolor de muela —dice la profe—. Y el sauco, para la tos y el encino, para el ganado.

—¿Y le ha tocado irse a pie hasta el colegio?

—Claro, porque a veces no pasa el bus. Pero solo tarde unas dos o tres horas.

—¿Tres horas? ¿Y no es como mucho?

—No tanto, me gusta caminar...



Cuando la carretera se abre en un inmenso valle, entre unas suaves laderas sembradas de papa y cinco vacas que pastan tranquilas, se divisa el colegio, y al verlo la profe se entusiasma y exclama con regocijo: “Ahí está, ese es”. Al frente, se alza un conjunto de edificios de dos pisos, pintados de blanco y cercados por una malla metálica.

Sobre un fondo azul, en letras negras de molde, hay un aviso: “Unidad de servicios de salud”, que funciona adosada al plantel. Más abajo, en una placa casi oculta, se les rinde honores a los dignatarios de la junta de acción comunal que iniciaron las obras de este centro de salud, el 14 de abril de 1985; en otra, frente a la cancha de fútbol, a los miembros del Instituto de Recreación y Deportes que lograron el espacio cementado para que los niños jugaran al balón, en 1986. Pero ninguna otra placa rememora o deja constancia de cuándo se fundó el colegio.

Se sabe que alrededor de una capilla de piedra prensada, de aspecto colonial, en la que ahora funciona un comedor, se empezaron a construir algunos salones que se convirtieron en las aulas de los hijos de los jornaleros de la vereda. Hay dos cuartos con algunos pupitres y mesas coloridas, en donde los niños aprenden las primeras letras y se les enseña que cuando Usme era apenas un caserío, por allá hacia 1480, el cacique Ubaque lo invadió e incendió. Quería demostrar que

estaba dispuesto a conquistar el amor, así fuera por la fuerza, de la hija del jefe indígena Saguanmachica, quien gobernaba la tribu de los sutagaos. Esa mujer, de facciones hermosas, era Usminia, que significa “tu nido”; de ahí surgió el toponímico de Usme.

En la vereda La Unión funcionan los únicos Colegios Rurales de Usme Alto (Crua), conformados por cinco instituciones: Los Andes, en el kilómetro 15 de la vía a San Juan de Sumapaz; Las Mercedes, en el kilómetro 17, y donde vive la profe Claudia; La Mayoría, en el kilómetro 19; La Unión, donde nos encontramos para la entrevista, en el kilómetro 22, y por último el Chisacá, en el kilómetro 24. Todas ellas son conducidas por un solo rector, y como muchos de los niños y niñas de la región suelen cambiar de veredas por cierta inestabilidad laboral de sus padres, que no tienen titularidad de las tierras, o son jornaleros o mayordomos de fincas, se mantiene la misma línea curricular de enseñanza y el mismo proceso de educación.

Mientras la profe Claudia solicita permiso para ingresar, echamos una ojeada a uno de los salones. En una pared, escritas en diversos crayones de colores, en letras mayúsculas, y bajo el título de “Palabras mágicas”, las máximas éticas y de conducta que los pequeños deben memorizar: PERMISO, SALUDAMOS, PERDÓN, DISCULPAS. Y al lado, en la misma pared, separados por una ventana, los valores que deben practicar: SOLIDARIDAD, HONRADEZ, RESPONSABILIDAD, RESPETO.





El frío se acrecienta y ya son cerca de las 10:20 de la mañana. Antes de proceder a la entrevista, nos sentamos frente a la cancha de fútbol. En un montículo de piedra y cemento, la profe empieza su relato de vida. Tiene una sonrisa a flor de boca y dice que se casó en el 2000, a los 17 años, porque se enamoró de Jorge Morales Guevara, y “como él es nacido en la vereda Las Margaritas me tocó venirme para estos lados”. Pero aclara enseguida que a esa edad quedó embarazada “y no quería ser mamá”, lo cual hasta cierto punto fue muy frustrante para ella.

Empezó su vida de casada y un día, cuando llevaba a su hijo Alexánder al colegio rural de Las Margaritas, “quiso el destino” que se conociera con la profesora María Rosario Tovar, quien se había enterado de su talento para las artes manuales y la entusiasmó para que volviera a estudiar. “Imagínese, ¡estudiar de nuevo, cuando por aquí la cultura es muy conservadora y los esposos no dejan estudiar ni trabajar a sus mujeres!”.

Contra todos los pronósticos, algo ocurrió

¿Un designio divino? Claudia lo cree, “porque Dios ha estado de mi parte y siempre me ha guiado y acompañado”. De lo contrario, ¿fue casualidad o pura suerte que la Casa Nacional del Profesor (Canapro) ofreciera cursos para las mujeres que quisieran validar el bachillerato? No, claro que no. Y de nuevo, la profesora María Rosario la alentó a que emprendiera una carrera universitaria. Ya no había vuelta...

“Pasó una carta a la universidad del Tolima diciendo que yo era una madre rural, que quería estudiar y que me ayudaran”. Y así fue: de repente, estaba estudiando Licenciatura en Educación Artística. “A veces no tenía para pagar el semestre y ella me prestaba, o yo me iba a cocinar para los obreros, vendíamos gallinas, las matábamos y hacíamos morcillas de cuello de gallina. Con las utilidades pude graduarme y con mi esposo sacamos adelante a mis hijos, a Anderson, que hoy tiene 20 años y estudia en Bogotá, y a Camila, que termina su bachillerato”.

La suerte estaba de su lado. Como los profesores de la vereda sabían de sus habilidades para los trabajos manuales y le encargaban decoraciones para Navidad, el rector del colegio Las Mercedes, Julio Moreno, se puso a su disposición para ayudarla en lo que fuera. “Conseguí un trabajo en Compensar y me contrataron como profesora asistente en la vereda La Unión-Usme, porque nadie quería venir aquí, por la enorme distancia”. Su buena relación con otra profesora,

la titular, Nora Ayala, fue la clave para entrar a este colegio, en donde están matriculados solo diez niños.

“El tiempo transcurría apacible en Usme alto”, comenta la profe. Pero el 6 de marzo de 2020 se confirmó el primer caso de covid-19 en Colombia, contraído por una mujer que llegó de Italia. Unos días después, se decretó cuarentena total en el país. La vida de Claudia Morales estaba por dar un vuelco.

IV

Encerrados en sus hogares, en plena cuarentena, la profe dice que los niños estaban desesperados y las familias no sabían qué hacer con ellos. Así que al rector de los Crua, Julio Moreno, se le ocurrió montar una estrategia que llamó Pilotaje 7484, y que consistía, precisamente, en que algunos docentes fueran a dictar clases en los propios hogares. El proyecto se llamó ‘El Colegio toca a tu puerta’ del programa ‘Aprende en casa’, y fue diseñado con el apoyo de la Secretaría de Educación del Distrito. La profe Claudia fue una de las cuatro docentes convocadas.



“Empezamos con capacitaciones virtuales durante casi un mes. Nos enseñaron cómo trabajar con familias y niños en casa. Al principio me dio duro, porque uno se fatiga y porque en ocasiones me tocó manejar la depresión de muchos padres por el encierro. Pero la mayor satisfacción fue llegar a las casas, ver la felicidad de los niños cuando veían y me mostraban las cosas que eran importantes para ellos”.

Tras un año de esfuerzos y entrega, el proyecto concluyó el 22 de noviembre del año pasado. Con cierta melancolía, mientras mira hacia la laguna de Chisacá, que se asoma a lo lejos, y con el sonido de fondo del río Mugroso —“el más límpido de la vereda La Unión”—, la profe rememora los apellidos de las ocho familias a las que acompañó en el proceso de enseñanza a domicilio: los Marroquín Guzmán, Amaya Vela, Agudelo Castro, Betancourt Chavarro, Avendaño Betancourt, Mica Palacios, Martínez Muñoz y Sanabria Penagos.

Como los chasquis andinos, la profe recorrió a pie, sin inmutarse, los cinco kilómetros entre su casa en Las Mercedes y el colegio La Unión-Usme, y desde allí hasta los hogares de sus estudiantes. Solo del colegio a la residencia de la familia Amaya Vela hay ocho kilómetros de distancia, y otro tanto para el retorno, y aunque a veces se agotaba por el esfuerzo, nunca dejó de visitar a sus pupilos. Tampoco se amedrentó cuando le tocó espantar con una rama, “o con lo que fuera”, a las jaurías de perros que protegen las fincas y le salían al paso por los solitarios caminos.

¿Qué le queda a Claudia Morales de esa experiencia?

“Amor y más amor por todos los niños y niñas de la vereda La Unión-Usme. Una satisfacción, que es de lo más grande que me ha dado la vida. Y algo más —dice con desparpajo—: Haber recorrido como 800 kilómetros a puro pie, porque no podía fallarles a mis estudiantes”.





Bernardo Vasco, con más de 20 años de experiencia en investigación periodística, ha escrito dos libros: *Historia de la traducción de los derechos del hombre por Antonio Nariño* y *Periodismo político del siglo XIX*. También ha sido docente y muy seguramente por esa comprensión del oficio considera que la profe, protagonista de su crónica, es una especie de heroína de la localidad de Usme.



ESTUDIAR EN MEDIO DE LA ENFERMEDAD

POR CAROL MALAVER

“Yo ya me estoy aprendiendo el abecedario en inglés... ¡sí!”, dice, lleno de emoción, Matías Riveros García, un niño de 6 años y ojos grandes al que la vida le puso una de las pruebas más difíciles: ser diagnosticado con distrofia muscular, un conjunto de enfermedades genéticas que ocasionan debilidad general y pérdida progresiva de la masa corporal.

La fortaleza que ha tenido su familia no ha sido poca. Jessica Fernanda Marín García, su madre, recuerda cómo comenzó todo, aquel 21 de mayo de 2016, cuando su hijo nació. Fue un niño grande que pesó 4.290 gramos y midió 57 centímetros. “Me tuvieron que hacer cesárea. Lo reanimaron porque nunca lloró. De una vez se lo llevaron para la Unidad de Cuidados Intensivos (UCI), donde estuvo 15 días”. Lo que no sabía es que en ese mismo lugar permanecería gran parte de su vida.

Aunque salió de la clínica con oxígeno, la alegría de tenerlo en casa fue indescriptible. Los primeros días resultaron maravillosos, hasta que la familia comenzó a notar que no sostenía la cabeza como otros bebés. “Las manitos siempre las tenía como enroscadas, las piernas con postura de ranita y carecía de control sobre su cuerpo”, cuenta Jessica.

El primer diagnóstico fue una hipotonía o disminución del tono muscular: una condición que hace a un niño estar débil e interactuar poco, y que casi siempre es el preludio de algo más preocupante. Comenzaron las terapias, pero empeoraba. No succionaba bien la leche materna. A los seis meses, Matías sufrió la primera recaída. Fue internado con neumonía. Perdía peso y fuerza. Los médicos decidieron ponerle un tubo de gastronomía para alimentarlo por el estómago y hacerle una prueba conocida como el ‘examen de los 21 días’, que les diría con certeza qué tenía Matías. Eso sí, le advirtieron a Jessica y a su familia que los resultados tardarían un mes.

Y mientras esperaban, llegó la segunda recaída. Matías se contagió de un virus que lo dejó en estado de coma. Fue una época muy difícil. El niño estuvo intubado. Los doctores no daban buenas noticias, decían que había que hacerle una traqueotomía. “Pero algo pasó y él fue despertando —dice Jessica—. No fue necesario hacérsela, pero por estar postrado tanto tiempo sufrió una fractura en el fémur derecho y duramos un mes más en la habitación de un hospital”.

Desde ese día, Matías recibió hospitalización en casa. Debía hacer terapias respiratorias, de fonoaudiología y físicas, mientras Jessica esperaba el resultado del examen que confirmaría de una vez por todas el diagnóstico. Al cabo de unos días lo supieron todo: “Mi hijo padecía de distrofia muscular congénita. Fue muy duro saberlo, pero teníamos que sacar berraquera para no transmitirle toda esa angustia a Matías”.

La familia hacía todo para verlo feliz. Dicen que es el “rey de la casa”. Todos querían que estudiara, pero hasta ese momento, no había sido posible. Primero, no tenían los recursos para que ingresara en una institución privada. Segundo, en los colegios no había mucha experiencia en manejo de pacientes con la enfermedad de Matías. “Además, no puede estar en un salón con más de diez compañeros porque si a uno le da gripa, a él le da neumonía”. Sentían que tenían todas las puertas cerradas.

Clases en el hospital

Cuando Eluín García Cifuentes, la abuela de Matías, se enteró del diagnóstico, tuvo que ingresar a un tratamiento psicológico. “Yo lloraba mucho. Para mí fue muy duro aceptar la realidad. Pero los especialistas me ayudaron, me guiaron y me hicieron comprender que él había llegado al mundo a explicarnos muchas cosas. Y sí, tenían razón”.

Desde ese momento, ella se ha convertido en la escudera de Matías, sobre todo mientras Jessica trabaja para pagar todos los gastos médicos del niño, quien depende totalmente de su familia. “Él es un paciente de cama —dice la abuela—. Pero tiene que estar moviéndose todo el tiempo”. Lo acomoda con cariño. Le sube los brazos. Pero para otras tareas, como sentarlo en la silla de ruedas, requiere de apoyo. A veces termina el día extenuada.

También lo lleva a las citas médicas. Un día estaban en la Fundación Neumológica Nacional, muy cerca de la Fundación Cardioinfantil, y se enteró del programa Aulas Hospitalarias. “Vi a un profesor que les estaba dictando clases a unos niños —cuenta—. Y pues yo sí golpeé de una vez y le pregunté qué tenía que hacer para que mi nietecito tuviera la misma oportunidad. Así conocí al docente Carlos

Alberto Cortés, del Aula Hospitalaria de la Cardioinfantil; ese día me regaló unos libros y me comenzó a asesorar”.

Luego de ese encuentro fortuito, el profesor Pedro Cabrera Jacobo Trujillo contactó a la abuela. Le explicó cómo hacer para que el niño cumpliera el sueño de estudiar a través de Aulas Hospitalarias: un programa de la Secretaría de Educación del Distrito que brinda apoyo pedagógico escolar a niños, niñas y jóvenes hospitalizados con enfermedades crónicas. “Yo apliqué y esperé y esperé, hasta que un día me dio por ver el correo no deseado y ahí estaban todos los formularios y papeles que tenía que enviar para obtener el cupo”, recuerda Eluin.

Como pudo, reunió todos esos papeles, le tomó una foto a Matías y mandó lo requerido. Eso fue en febrero del 2020. Hacía muchos años esta abuelita no estaba tan feliz. “El profesor Pedro se reía cuando yo le conté todas las peripecias que tuve que hacer”. A los cuatro días llegó la noticia: el niño había sido matriculado en el colegio Pablo de Tarso, en la jornada de la tarde.

Debido a la pandemia, las clases han sido virtuales. La tecnología ha abierto una posibilidad enorme para que niños hospitalizados o en casa con enfermedades similares a la de Matías puedan estudiar. “Me comenzaron a mandar paquetes de guías y el niño iba realizando sus tareas, que luego pasaban a revisión. El proceso había comenzado”.

Ahora que poco a poco los niños vuelven a la presencialidad, la idea es que dos profesores se repartan los días de la semana para que Matías vea todas sus



Fotos: Mauricio Moreno

clases. El proceso no es fácil, el niño está explorando un mundo hasta ahora desconocido, pero, al fin de cuentas, eso les ha pasado a todos los estudiantes. “Una vez, en una clase, se estresó demasiado. Pero seguro le pasó porque ha estado varias veces hospitalizado, ha manejado muchas tensiones”, dijo Eluin, quien lidia con el niño cada vez que sufre de alopecia, úlceras u otras dolencias que devienen de días difíciles a causa de su enfermedad.

En agosto del año pasado, Matías estuvo tres meses internado en la Clínica del Country. Tuvo una grave recaída que por poco le cuesta la vida: duró 13 días en la UCI. Y en febrero de este año le dio covid-19 y estuvo hospitalizado con ventilación invasiva y una cánula de alto flujo. “Por la noche sufrió de dificultad respiratoria —recuerda Jessica—. Nos decían que lo iban a intubar porque se estaba esforzando mucho para respirar. Fueron 18 días de crisis”. Un niño en sus condiciones está en una línea de riesgo altísima.

Y si la situación es un reto para la familia, para los profesores también lo es. Deben tener una paciencia infinita. Aulas Hospitalarias les ha enseñado a acercarse a la realidad de niños con enfermedades como la de Matías, a acompañarlos en momentos de dolor, a entender sus cambios emocionales.

El profesor de Filosofía Pedro Cabrera trabaja en el colegio Acacia II. Desde el 2014, cuando ganó una convocatoria de la Universidad Distrital y entró al programa Aulas Hospitalarias, trabaja para ayudar cada vez a más pequeños, entre ellos, a Matías. “Me pareció muy bonito. Me permite motivar a niños que por su condición de incapacidad o enfermedad no pueden asistir a un aula regular. Brindarles ese apoyo es muy motivante”. Llegó a este caso gracias al profe Carlos, quien trabaja con alumnos de la Cardioinfantil. Y lo hizo en un momento crítico: la pandemia.

Fue un reto inimaginable. Matías nunca había estado escolarizado y era necesario comenzar desde el grado cero. Había que encaminar el proceso a como diera lugar. “Él ha estado toda su vida de hospitalización en hospitalización y pues no estaba acostumbrado a estar frente a una pantalla tomando clases —dice el profe Pedro, quien hoy cree que precisamente por eso la experiencia fue aún mejor—. Cuando estamos en el desarrollo de las lecciones Matías se ve superinquieto, interesado. Siempre quiere ir un paso más allá y eso me tiene muy emocionado”.

El profesor Pedro es consciente de que la pandemia fue dura, en especial para los niños que padecen enfermedades. Pero también sabe que la tecnología dejó abiertas muchas posibilidades. “Un niño que debe estar en casa bajo el cuidado de sus familiares puede llegar muy lejos si tiene a la mano todas las herramientas tecnológicas para su educación”. Y lo dice con conocimiento de causa,

porque ha conocido casos de éxito. Por ejemplo, la familia de una joven que lo llamó a agradecerle por prepararla, desde la virtualidad, para la vida. “Me dijo que después de graduarse comenzó a estudiar en el Sena y que ya estaba trabajando —cuenta orgulloso—. Que me dijeran ‘gracias, profe’ fue muy emocionante para mí. Yo sé que lo mismo pasará con Matías. Este programa tiene que llegar a muchos más niños”.

Eluin, la abuela del niño, quien está a sol y sombra con él, ha sido testigo de su evolución. “Aunque a veces le cuesta trabajo, a él le gusta mucho aprender y hacer sus tareas”.

Matías maneja el celular a la perfección. Disfruta jugar con muñecos. Se inventa juegos cuando está solo. Es un niño como cualquier otro, solo que muy aficionado a Mario Bross. “Él tiene disfraz de Mario Bross, sábanas, mejor dicho, le encanta —cuenta su abuela—. Tiene muy buena memoria y disfruta las series de Netflix y de Disney”... “¡Y YouTube!”, grita Matías cuando la escucha hablar sobre él.

Cuando vio por primera vez, a través de la pantalla, a más niños como él, no podía de la felicidad. Era la primera vez que se sentía en un salón de clases, así fuera virtual. “A mí me gusta hablar con ellos”, dice entre risas.

Su abuela lo guía con las tareas. Ella sabe exactamente hasta dónde puede llegar el niño. Una vez, por ejemplo, se dio cuenta de que coloreaba mejor con marcadores que con colores porque eran menos pesados. “Mi niño ha evolucionado, está más atento, a veces se estresa, pero es algo normal en su condición. Los doctores dicen que siempre hay que esperar a que salga de las crisis”.

Poco a poco, Matías va asimilando todos los conceptos propios de un niño de su edad: dibuja, colorea, identifica las mayúsculas y minúsculas, aprende a leer, memoriza trabalenguas... Algo que resulta tan simple para la mayoría de niños para él es una verdadera proeza. “Hoy les digo a las mamás que pasan por una situación similar que confíen en este programa del distrito (Aulas Hospitalarias) —dice convencida Jessica, la mamá de Matías—. Es un proceso muy duro, pero me ha enseñado a ser más fuerte, más sensible, a salir adelante con mi hijo”.

Cae la tarde. Madre e hija —abuela y madre— se preparan para que Matías pase una linda noche. Le ponen una especie de máscara que le brinda ventilación mecánica, pues sufre de apnea del sueño y podría dejar de respirar de repente. Le acomodan el cuerpo, como si fuera una porcelana, hasta que queda cómodo. Lo abrazan, lo cuchichean, le dicen cuánto lo aman, le recuerdan que es el rey de la casa. “Duérmete, mañana tienes que estudiar”, le dicen las dos, en susurros llenos de amor.







Carol Malaver, subeditora de la sección Bogotá de *El Tiempo*, es periodista, con un magíster en Creación Literaria, escritora, cronista y editora. Ganadora de premios en la categoría de crónica y reportaje, incluido el Rey de España, en esta historia cuenta cómo, en febrero del 2020, la familia de Matías Riveros cumple el sueño de que el niño pueda estudiar, cuando ingresó al programa Aulas Hospitalarias. Matías tiene distrofia muscular y nunca había estado escolarizado. Por eso, la primera vez que Matías vio a otros niños como él, a través de la pantalla, no podía de la felicidad. Una historia del profundo amor de dos mujeres que lo han dado todo.

YA NO ES UN TABÚ HABLAR DE TRISTEZA, ANGUSTIA O DOLOR

¿Qué les vamos a decir a los niños cuando empiecen los contagios o llegue la muerte a su familia? ¿Cómo vamos a manejar casos críticos de convivencia o problemas emocionales cuando estén en cuarentena? ¿Qué herramientas les vamos a dar a los profesores para que ayuden a sus estudiantes más allá de lo académico? El impacto inesperado de la cuarentena inundó de preguntas a quienes apenas estaban diseñando el Programa Integral de Educación Socioemocional, Ciudadana y Escuelas como Territorios de Paz (promesa de la recién llegada alcaldesa mayor, Claudia López), que se implementaría a partir del segundo semestre del 2020. Pero la llegada del covid-19 a Colombia en marzo lo aceleró. A situaciones de maltrato intrafamiliar, abuso, depresión, problemas de convivencia escolar o ideas, intentos y suicidios consumados se sumaron las que venían adheridas al virus: alertas por enfermedad respiratoria y covid, y sus respectivos impactos en los hogares confinados. También llegaron el hostigamiento y el ciberacoso, derivados de la nueva interacción virtual.

El modo de vivir cambió de sopetón. Ya no eran estudiantes que podían acudir a sus profesores o psicólogos para hablar de lo que les pasaba en casa. Para muchos, esa casa que ahora compartían 24 horas con toda la familia era un peligro y ya no tenían a quién acudir. Se estima que los casos de maltrato o abuso intrafamiliar pudieron ser más altos que los reportados: desde sus lugares de confinamiento no podían hablar.

Nadie estaba preparado para enfrentar estos nuevos invasores de la vida que llegaron con la pandemia y el aislamiento. Así que el concepto ‘integral’

del Programa cobró gran importancia, y urgió desarrollarlo con el apoyo de una planta temporal de 200 orientadores a quienes se les renovó el contrato en el 2022 y que se sumaron a los 1.524 que ya venían trabajando.

De esta forma, la ‘integralidad’ se abordó a través de cuatro estrategias. Al manejo de momentos críticos que afectaran a un curso o a toda la comunidad (como un suicidio o la muerte de un estudiante) y la promoción de los derechos de niñas, niños y jóvenes para prevenir violencias de todo tipo se le llamó Respuesta Integral de Orientación Pedagógica. Mientras tanto, bajo la filosofía de la restauración, el perdón, la verdad, la reparación y otros conceptos de no castigo para quienes cometen faltas en los colegios, se diseñó la Justicia Escolar Restaurativa. En paralelo iba caminando el programa Incitar para la Paz, que, entre otras, fomenta el trabajo de estudiantes con su comunidad para tejer lazos de confianza, solidaridad y colaboración, y que ha llegado a 120 instituciones. Finalmente, para crear redes que afiancen la relación familia-escuela, a través de 50 instituciones se desarrolló la cuarta estrategia: Fortalecimiento familiar.

Y como los maestros también requerían apoyo, tanto para ellos como para sus alumnos, en convenio con diferentes universidades se desarrollaron diplomados enfocados en dar herramientas para enfrentar problemas socioemocionales. Se formaron 547 educadores. Muchos de ellos a título personal, o con apoyo de orientadores e iniciativas de los propios estudiantes, idearon tácticas —algunas de ellas se narran en este capítulo— para sobrellevar la situación: un gimnasio de las emociones, revistas, dibujos y charlas sirvieron de vía de escape. Así, hoy el Programa Integral de Educación Socioemocional, Ciudadana y Escuelas como Territorios de Paz continúa creciendo y cubriendo más comunidad educativa, lo que demuestra que educar sobre las emociones y hablar de salud mental dejó de ser tabú.



PERIODISMO GRANDE EN PEQUEÑAS MANOS

POR CARLOS SOLANO

—Señora, cuéntenos, ¿cuál es su sueño?

—Queremos crear un gran programa de integración que permita que los...

—No, disculpe, la pregunta es: ¿Cuál es en verdad su sueño? El suyo, ¿qué le gustaría?

No hay funcionario público, por muchos estudios o formación política que tenga, que esté preparado para esa pregunta. Tal vez porque a ningún periodista se le había ocurrido antes o porque se suponía que así no iba a ser el plan de comunicaciones. No fue concertado con asesores, no estaba en el libreto. Por eso, el invitado empieza a cascabelear letras: “Ehhh... mmmm... yoooo... ehhh...”, ante la mirada atenta y sostenida de sus entrevistadores: Sebastián, Tomás, Lilliana, Alexis, Isaac, María Fernanda, David Alejandro, Juan Pablo, Juan David, Alejandro, Soleiny...

Ellos —sea en persona o a través de Zoom (o Teams o Meet)— desde sus casas o donde esté el internet más decente posible, se conectan para hablar con sus fuentes en sesiones de hasta tres horas porque, al final, los entrevistados atraviesan por una revelación: probablemente no tendrán nunca otra entrevista como esta, en la que se abren y terminan descubriendo que los jóvenes tienen el poder y representan esa fe aún viva en la humanidad.

Así, desde el corazón del colegio público IED Cultura Popular, ubicado en la localidad de Puente Aranda, es como se hace la revista *Cultura Meraki*, una publicación que en cada número puede llegar a tener ¡hasta 300 páginas! En el

Cultura Popular estudian alumnos que viven en los barrios Torremolinos, Libertador, Ciudad Montes, El Remanso y San Eusebio, pero también de las localidades vecinas de Kennedy, Tunjuelito, Bosa y Antonio Nariño, que están entre las más habitadas de Bogotá.

Liliana, que cursa grado once, define su oficio de entrevistadora con una frase que da una lección a cualquier maestro de periodismo: “A nosotros nos queda un hermoso recuerdo de cada entrevista y ellos (los invitados) también se llevan una parte de nosotros”.

Por “nosotros” se refiere a alrededor de 200 niños: la revista, que circula por internet en formato PDF y tiene además pódcast y videos, ya ha involucrado a una gran cantidad de estudiantes, tanto desde la sala de redacción de la publicación —la oficina de la profe Janeth— como haciendo aportes en remoto. Uno de los encantos está en que, a lo largo de las 300 páginas, no se mantiene ningún patrón de diseño: cada una tiene sus propios colores, manejo gráfico y tipografías, tal como se la imaginó cada niño. Si el redactor de un artículo quiso ponerle unicornios color chicle en cada esquina, así se va. La siguiente puede tener estética roquera. Y otra más adelante, nubes de fondo y un título rojo.

Janeth Triana es la orientadora escolar del Cultura Popular y fue quien, en enero del 2020 y junto con su colega Inna Pahola Muñoz, comenzó a pensar que una revista podía ser una buena plataforma para integrar a los muchachos. Luego, se articuló con el proyecto ‘Incitar para la paz’, del Programa Integral de Educación Socioemocional, Ciudadana y Escuelas como Territorios de Paz, de la Subsecretaría de Integración Institucional, en el que trabajan 1.725 orientadores de los colegios distritales de la capital.

La más joven del equipo de redacción de *Cultura Meraki* es Anamaría, que hoy tiene 5 años. Ella recuerda dos entrevistas. Una, al alcalde local de Puente Aranda, Juan Pablo Beltrán, a quien le preguntó: “Señor, ¿cómo les podemos ayudar a los niños que aguantan hambre?”. Después, le contó que había visto a uno en la calle, frente a su casa, y que su mamá le había dado sopa: “Lo miré y me dio mucho pesar”. También le pidió que hiciera más parques o que arreglara los dañados. El funcionario le explicó que muchas personas participan en la construcción de un parque. Eso no la dejó satisfecha: ella creía que él, con sus manos, lo construía.

Pero, para Anamaría, la mejor entrevista, ‘la más’, fue la que ella y unos compañeros le hicieron a Adriana Ocampo, geóloga planetaria barranquillera y directora del programa de ciencia de la NASA, quien les habló de las misiones espaciales y les contó si de verdad era posible vivir allá tan lejos. Tras el encuentro, la reportera, que se la pasa dibujando en las hojas bond del escritorio de la profe Janeth, le mandó un dibujo de un planeta.

Eso sí, al hacer esa entrevista —que tanto emocionaba a Janeth—, les pasó de todo: para estar seguros de que el internet les iba a servir bien, se fueron corriendo a la casa de una profesora, vecina del colegio, y allí instalaron todo un fondo que pareciera como que estuvieran en las instalaciones del plantel. Para sostener erguidos la bandera y un pendón del Cultura Popular, los levantaron con unos palos de escoba que, por supuesto, colapsaron en medio de la entrevista con la científica de la NASA.

Thomás, de 9 años, también tiene en su ‘portafolio’ dos entrevistas que lo emocionan: al medallista paralímpico Carlos Daniel Serrano y a la periodista Ángela Patricia Janiot. “Es interesante preguntarle a una persona que ya tiene tanta experiencia en su vida y en su profesión, nosotros aprendemos de lo que nos hablan. A Carlos Daniel le pregunté cuáles eran sus pasatiempos, parte de su vida y quién es la persona más importante para él”, recuerda Thomás.

Precisamente, esas dos entrevistas revelan otra curiosidad del estilo de *Cultura Meraki*: a Janiot no le hicieron la típica pregunta “¿cuáles son sus entrevistados más importantes?” ni a Serrano lo interrogaron sobre su discapacidad, sino que les preguntaron qué les gustaba. Los redactores explican que no es un mandato editorial, simplemente así son sus preguntas.

“Todos son personas normales, como nosotros, no son inalcanzables —explica Sebastián, de décimo grado—: Nos dan perspectivas diferentes sobre cómo ayudar desde otros oficios, y cambiar el mundo no es imposible”.

45

Si bien la palabra “meraki” proviene de la unión de dos lenguas: *meraki*, del griego, y *merak*, del turco, que traduce literalmente “preguntarse», para Janeth va más allá: “Hacer algo con pasión, amor y placer”.

En el consejo de redacción de *Cultura Meraki* manejan su propio código de ética periodística y es más exigente que en cualquier medio de comunicación. Por ejemplo, ya han descartado varias entrevistas cuyos personajes han sugerido que les manden el cuestionario por correo electrónico: “No me ha entendido, nosotros no hacemos eso —cuenta Alejandro que les ha dicho a varias posibles fuentes—. Nosotros necesitamos es hablar con usted”. Luego explica que eso se debe a que es un espacio para compartir con el invitado: “Es de doble vía”.

Por eso, otro principio de ese código es que los niños hacen las entrevistas solos, sin intervención de adultos. Las preparan con la información que encuentran en Google e intentan conectar siempre lo que ven con ese niño de 10 años que habitó en cada personaje. Así supieron que, de niña, Adriana Ocampo subía a la azotea de su casa con su mascota y, con el colador de la cocina puesto como un casco, veía las estrellas.

Isaac, de sexto grado, sabe que le cuesta socializar, pero cuando le pusieron la tarea de ser uno de los entrevistadores del alcalde local, se la jugó toda por lo que le encanta: los videojuegos. Entonces, tras una amplia preparación que se tomó muy a pecho, su pregunta fue: “¿Usted qué va a hacer para que los niños jueguen?”.

Janeth sostiene que la política editorial de *Cultura Meraki* es el amor y esa filosofía se ha extendido a los demás colaboradores de tan extensa revista: profesores, directivos y exalumnos que también escriben para la publicación.



Al volver a clases a las aulas del Cultura Popular, tras el encierro por la pandemia, los estudiantes se reencontraron y volvieron a convivir en ese espacio vital en el que no hay cancha de fútbol, pero del que años atrás se graduó Raúl Loaiza, quien juega en la primera división del fútbol argentino. Por supuesto, Loaiza es otro de los entrevistados célebres y un profundo inspirador en sus vidas.

Estar de nuevo en el colegio, de forma presencial, les trae un brillo especial a los niños. Pero la dura realidad que viven muchos sigue ahí, en el mundo exterior. A las afueras de las instalaciones, una madre que camina rápido con sus dos hijos, a los que recogió más temprano, les advierte: “Nada de recibirle por la reja a nadie, que un dulcecito ni nada, ¿oyeron?”. “Sí, mamá”, le responden.

Y, claro, en las entrevistas también saltan preguntas sobre lo que ellos ven del lado exterior de la reja, en esa realidad. Por ejemplo, Liliana le preguntó al director de la Asociación de Bancos de Alimentos de Colombia, Juan Carlos Buitrago: “¿Por qué hay tanta desigualdad por el color de la piel, por qué hay tanta gente que juzga, humilla o critica a quienes tienen otro color?”. Él se quedó pensando y luego le dijo que era una pregunta muy complicada, que no esperaba, y que no tenía la respuesta. Para ella, su color nunca ha sido un problema dentro del colegio, pero sí lo ve en las noticias y en la televisión.

“Él nos mostró casos de niños que aguantan hambre y cómo ellos recolectan la comida, fue bonito ver cómo hace su trabajo, porque él estudió Medicina, pero se quiso dedicar a otra cosa para bien del país”, explica Liliana, que luego de esa entrevista decidió que quiere ser bacterióloga.

Janeth y su equipo se han preguntado qué es lo más importante que está ocurriendo en el país y decidieron que es el posconflicto y la búsqueda de la verdad. Así llegaron a entrevistar a Viviana Duarte, hija del coronel de la Policía Édgar Yesid Duarte, secuestrado por las Farc y asesinado en cautiverio, quien le hizo a Viviana —que tenía 2 años cuando su padre fue secuestrado— todo un diario con dibujos y cuentos.

Entonces, en ese encuentro con ella, se dio uno de esos lazos que teje la realidad en Colombia: Viviana les contaba que apenas pudo ver el cadáver de su padre durante unos minutos, y entonces una de las niñas que la entrevistaba la interrumpió para contarle que la entendía: “A mí me entregaron a mi papá hecho pedazos”.

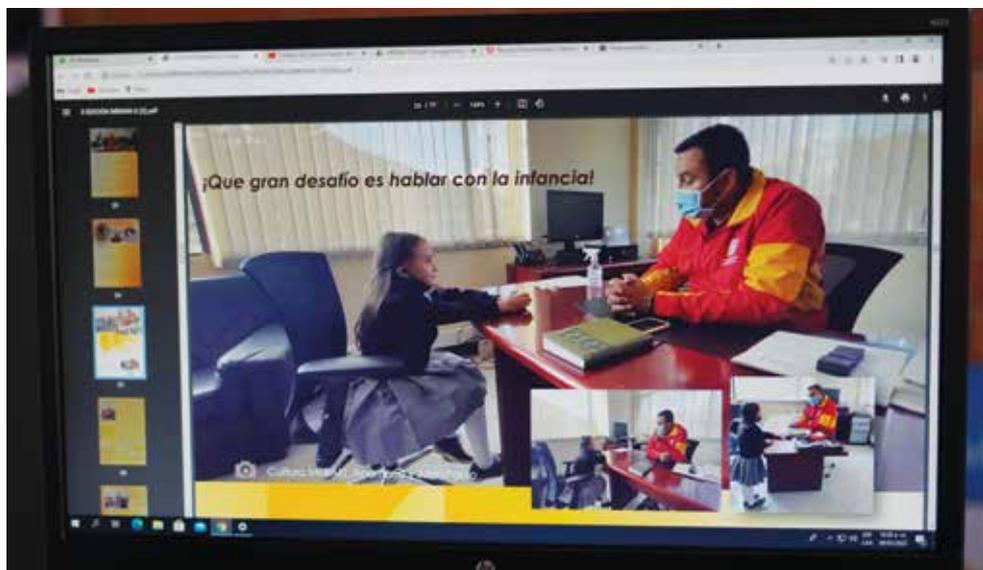
Janeth recuerda esa escena con los ojos aguados: “Fue un encuentro maravilloso, no solo de culturas sino de seres humanos que pueden vivir el mismo tipo de tragedia, no importa el lugar del mundo donde se encuentren”.

“Esto es crear puentes de comunicación —insiste Janeth—, que los niños creen que todo es posible, que no hay personas ni instituciones inalcanzables. Que los niños son sujetos históricos, con una voz, con historias que contar y pensamientos propios e inquietudes para preguntarles a los adultos y exigirles por este país que les están dejando”. Y concluye, de forma contundente: “No son periodistas, son niños”.

Cultura Meraki prepara su tercera edición. Pero, más allá de eso, Janeth se imagina la continuidad de este proyecto como un puente en el que los personajes entrevistados llamen a los niños de vez en cuando, hablen con ellos, les hagan saber lo importantes que son sus sueños.

Al preguntarles a todos a quién les gustaría entrevistar —una de esas preguntas tontas que hacen los periodistas profesionales—, varios coincidieron: “¡Al presidente!”.

47



Fotos: Mauricio Moreno





Carlos Solano, director de la Escuela de Periodismo Multimedia *El Tiempo* y coordinador de la estrategia de pódcast, ha trabajado por más de 20 años en temas de cultura, periodismo digital y formación de periodistas. Al escribir la crónica sobre la publicación *Cultura Meraki* resalta la pasión, el compromiso y el profesionalismo de esos estudiantes que quieren cambiar el mundo con sus entrevistas.



LA SALUD MENTAL, EN VOZ ALTA

POR CATALINA GALLO

Con la pandemia, emociones como la tristeza, el abatimiento y la soledad comenzaron a filtrarse, poco a poco, en muchos hogares y amenazaron con tumbar las paredes. Por eso, el psicopedagogo Diego Esneyder Rivera Terán, director del departamento de Orientación en la sede A del colegio Rodrigo de Triana, del barrio Patio Bonito, dedicó muchos de los días de la cuarentena a descubrir estas grietas a tiempo. La idea era evitar que se les derrumbara la esperanza de un futuro posible a las 750 familias de su comunidad.

Mientras tanto, algunos de sus alumnos, como Gisel Alejandra Chacón —de 18 años, mechón rojo y *piercing* en el mentón—, comprendieron que está bien hablar de salud mental y que tiene mucho sentido buscar ayuda de un profesional.

Cuando llegó la cuarentena, ella tenía 16 años y comenzó a convivir las 24 horas del día con su bisabuela, su mamá, su padrastro y sus dos hermanos en una casa de la localidad de Ciudad Bolívar. No era un lugar violento, pero con el paso de los días todos empezaron a sentirse estresados y esto los llevó a pelear mucho. Meses después, Gisel aprendería que existen tres tipos de entornos: los seguros, los alternos —como un parque, donde podía aislarse un rato de la casa— y los inseguros. Hasta entonces, su colegio, llamado El Paraíso de Manuela Beltrán, había sido el entorno más seguro para ella, como lo era también para muchos de sus compañeros, porque sus casas eran entornos inseguros. Su hogar era un punto medio.

Como representante de los estudiantes de su colegio, Gisel también participaba en las mesas estamentales de su localidad y en la mesa distrital, donde algunos líderes de la comunidad comparten ideas para mejorar su día a día. Pasados seis meses de la pandemia, en esta última mesa les informaron que había un proyecto que realizaban la Universidad Nacional y la Secretaría de Educación del Distrito para aprender sobre salud mental. Se llamaba ‘¿En la buena! Somos cuidadores’ y la participación era voluntaria. Se inscribió convencida de que tendría

clases tradicionales, pero al llegar a su primera reunión virtual, a través de la plataforma Meet, se encontró con lo opuesto: además de que no tendría clases, ella y los demás estudiantes de grado once debían definir el problema y encontrar solos las soluciones. Un psicólogo y una artista los acompañarían en el proceso.

Para ese momento, el psicopedagogo Diego Rivera ya sabía que la salud mental en la pandemia era una prioridad. Los estudiantes y los padres de familia le escribían por WhatsApp y lo llamaban para contarle que estaban tristes o aburridos, que no se podían concentrar en el estudio, que tenían miedo de que a sus familiares les diera covid-19. Otros habían perdido a sus padres, abuelos o primos por cuenta del virus y necesitaban ayuda para atravesar sus duelos en circunstancias atípicas: no habían podido despedirse de sus muertos. Los jóvenes estaban perdiendo la esperanza y se preguntaban qué sentido tenía seguir estudiando cuando había una pandemia.

Según un estudio de la Secretaría de Educación y la Universidad Nacional, en un grupo de estudiantes de bachillerato, el 19 % reportó que durante la pandemia sintió angustia por el futuro todo el tiempo, mientras otro 19 % dijo sentir la mayoría de los días. El 13 % se sintió desmotivado o aburrido todos los días y el 21 %, la mayoría. El 10 % sintió falta de control de sus emociones todos los días y el 14 %, la mayoría.

El arte en Meet

Las reuniones de Gisel en su nuevo proyecto eran cada ocho días. Ella y sus compañeros debían responder preguntas como: ¿Qué es la salud mental?, ¿cómo se puede conseguir?, ¿qué es la ansiedad?, ¿qué se puede hacer si uno se siente mal? Así aprendieron, por ejemplo, que cuando alguien tiene pensamientos suicidas debe hablar del tema y buscar ayuda de un profesional. Poco a poco, fueron perdiendo el miedo a hablar de las emociones que los hacían frágiles, como el miedo mismo, la ansiedad y la desesperanza. Entendieron que pueden mencionar las palabras “suicidio”, “psicólogo” y “psiquiatra”, antes prohibidas, porque sobre las enfermedades mentales recae un estigma y quienes las mencionan o buscan a estos expertos son señalados por la sociedad. “La salud mental debió llegar desde que supieron que íbamos a entrar en pandemia, porque era algo de lo que nunca nos hablaban en el colegio”, dice Gisel mientras sonrío. Luego bebe la gaseosa que lleva desde que comenzó la conversación.

Habla generalidades, no quiere entrar en detalles, pero repite con satisfacción y seguridad que aprendió a nombrar sus emociones, a reconocerlas, y que todos deberíamos hacerlo.

Ella y sus compañeros también descubrieron —como lo contó otra estudiante en una de las reuniones por Meet— que el bienestar emocional también depende de sencillas acciones humanas, como saludar y sonreírle todos los días a esa vecina

que un día, agobiada por la crisis económica que le dejó la cuarentena, ya no pudo abrir la peluquería. La estudiante no podía solucionarle el problema, pero estaba convencida de que con un gesto amigable la acompañaba en el camino.

En el proyecto debían hacer piezas visuales, videos, pódcast, volantes. También compusieron una canción que titularon *La canción del cuidado*, para la cual les ayudaron otros jóvenes que sabían tocar diferentes instrumentos. Gisel ya no recuerda la letra, pero tiene claro que en ese momento ya todos habían aprendido que era importante cuidarse a sí mismos y cuidar a los demás.

Gisel, por ejemplo, utilizaba lo que aprendía para ayudar a su mejor amiga, porque ahora sabía que tenía herramientas sencillas a su alcance, como escucharla de corazón y darle espacio para expresarse. Así entendió que las terapias psicológicas son importantes, porque son espacios donde las personas pueden hablar de sí mismas con libertad, sin juicios, y encontrar respuestas de profesionales que les ayudan a tener una mejor visión de la vida.

Quienes estaban en el proyecto crearon un grupo de WhatsApp para apoyarse y compartir contenido positivo. Y Diego Rivera les enseñaba que debían crear ciertos hábitos para estar bien emocional y mentalmente, como dormir, activarse en la mañana una vez empezaba el día, ejercitarse y alimentarse. Cuando los muchachos le decían que no podían concentrarse en sus tareas, buscaba la causa y, muchas veces, encontraba estudiantes llenos de miedo por el virus: temían que sus papás no fueran a tener plata, pues la mayoría de las familias de esta zona de Bogotá viven de la informalidad y la cuarentena les había robado el espacio público. Rivera también hablaba con padres de familia angustiados por la posibilidad de que, como solo tenían un celular para toda la familia, sus hijos perdieran el año.

Con el paso del tiempo, los jóvenes fueron conscientes de que debían ser parte de la solución y no del problema. Cuando se quejaban de que su mamá los regañaba todo el día, algún orientador les preguntaba por qué llegaban los regaños, y cuando entendían que era porque ellos no ayudaban en la casa, se volvían activos y la convivencia mejoraba. En una ocasión, un estudiante estaba triste porque su mamá casi no le hablaba. Diego le hizo ver que ella estaba muy ocupada y le propuso al estudiante acompañarla en sus tareas. Entonces hicieron juntos el desayuno y conversaron mientras tanto. El muchacho le envió a Diego la foto de las arepas que cocinaron.

Rivera también entendió, a través de esta experiencia, que debía remitir a psicólogos y psiquiatras a algunos de sus alumnos que él y sus compañeros consideraban que podían estar deprimidos, para que recibieran ayuda de expertos a tiempo. Sentado en su oficina del colegio, desde donde se escucha el ruido de los estudiantes que ya regresaron a la presencialidad, sonríe con satisfacción por lo que él y sus compañeros lograron, y deja ver su tratamiento de ortodoncia que parece hacerlo más cercano a sus estudiantes. Cuenta que su esposa también es orientadora en un colegio del distrito. Durante las primeras semanas de la cuarentena sonaba el teléfono fijo de su casa y desde el otro lado escuchaban: “Quiero

hablar con un orientador”. Entonces él o su esposa preguntaban: “¿Con cuál de los dos?”. Trabajaban desde la primera hora de la mañana hasta las 10 de la noche ayudando a los estudiantes y a los padres de familia. Por esa misma época, la Secretaría de Educación vinculó a 200 nuevos orientadores para fortalecer, entre otros aspectos, la atención en situaciones críticas y la educación socioemocional.

A largo plazo

Cuando volvió al colegio de manera presencial, Diego se puso muy contento: todos sus estudiantes habían regresado, no habían desistido de la vida, y ahora tenía nuevos canales de comunicación con ellos. Ahora lo contactan directamente a su celular, no solo en su oficina, y dice que varios muchachos ya saben para qué sirve el departamento de Orientación. Algunos atravesaron bien la pandemia, otros se quedaron estancados y son quienes más necesitan soporte emocional en este momento.

Por su parte, Gisel asiste desde hace tres meses, cada 15 días, a terapia psicológica en el servicio que le presta la Facultad Tecnológica de la Universidad Distrital. Dice que es relajante y que le ayuda a conocer sus emociones para tomar mejores decisiones. El proyecto en el que trabajó durante la pandemia la motivó a buscar esta ayuda y le permitió confiar en los procesos psicológicos. Sabe que no está loca por buscarlos y ya no le tiene miedo a hablar de salud mental, que para ella significa bienestar.

Los cambios en la vida de Diego y en la de Gisel pueden parecer insignificantes, pero son definitivos: el primer paso para encontrar la salud mental es hablar de ella en voz alta, saber que el propio bienestar emocional está por encima del juicio social y aprender que es equivalente a la salud cardiovascular o gástrica. Una enfermedad mental es como una hipertensión o una diabetes y nadie debe ser señalado por tenerla.

Cuando hace tres meses Gisel dejó de estar a gusto consigo misma y empezó a sentirse triste y aburrida con frecuencia, sus amigos le recomendaron buscar a un experto. Por fortuna, en ese momento ella ya sabía que esa es la mejor herramienta para evitar una verdadera depresión.

Los alumnos de Diego, por su parte, aprendieron a expresarles a los orientadores sus necesidades emocionales y ahora no les avergüenza seguir haciéndolo.

Hablar de salud mental —y hablar duro— es romper un círculo vicioso en el que no se expresan los sentimientos por miedo al rechazo. Por cuenta de este silencio las personas no se enteran de que es humano sentirse mal y no piden ayuda. Cuando quienes necesitan apoyo profesional no lo reciben a tiempo, tienen un mayor riesgo de sufrir de ansiedad, de llegar a tener pensamientos suicidas o a intentar quitarse la vida. También se sienten más solos, porque no tienen con

Fotos: Mauricio Moreno



quién compartir sus verdades más profundas. Gisel y Diego aprendieron a romper esa espiral e hicieron que muchos, en medio de esta pandemia, se sintieran acompañados. Y ese no es un asunto menor.





Catalina Gallo tiene 30 años de experiencia en medios, fue editora de la edición dominical y de la sección Económicas de *El Tiempo*. También trabajó como periodista en la revista *Semana* y fue editora general de las revistas *Credencial*, *Mujer de Cambio e Intercambio*. Actualmente asesora la escritura de libros de no ficción, es profesora en la Universidad de los Andes y sigue redactando historias para medios dentro y fuera del país. En esta oportunidad escribió una crónica en la que realza la necesidad de dialogar sobre salud mental, precisamente, para romper un círculo vicioso en el que no se expresan los sentimientos por miedo al rechazo.



LA PAZ VA AL GIMNASIO

POR DIEGO MONTOYA CHICA

Bogotá se tragó a Engativá en 1954. Con frecuencia se habla así de la capital: como si fuera una criatura que avanza a zancadas por el altiplano según le hinca el colmillo a todo pueblecito que ve en el paisaje. Con el general Rojas Pinilla en la Casa de Nariño, ese año se selló el ‘engullimiento’ de seis municipios, entre ellos este, que, digamos, era muy *él*, muy singular, pero que de ahí en adelante le aportó toda esa identidad a lo que hoy llamamos “bogotanía”. Si es que fue allí donde vivió el cacique Inga, enterrado, según se rumora, debajo de un renombrado eucalipto que aún provee de sombra al parque fundacional de la localidad. Fue allí también donde los muisca utilizaron a su favor el pulso del río Funza y sus inundaciones, y justo en esas planicies murieron nuestros antepasados nativos en la guerra contra el metal de los europeos, nuestros otros antepasados.

Así continúa la mirada de hitos y de mitos. Algunos no son trágicos ni heroicos, sino curiosos nomás: como el de un sacerdote de apellido Chinchilla que, a mediados del siglo XIX, habría sido amarrado a un árbol del caserío y luego bañado con chicha pura, objeto de su aversión, totumada tras totumada. El cura, dicen, maldijo al pueblo en venganza: nada bueno ocurriría en esas tierras hasta tanto un papa pusiera un pie allí. Pues bendito sea el cielo, que permitió que el aeropuerto de la ciudad se construyera por esos lares, para que Pablo VI no solo pusiera sus pies en Engativá al bajarse de un avión en 1968, sino que hizo más: hasta un beso le dio al suelo.

Ya sea porque Chinchilla erró en el orden de las palabras de su maleficio, o por obra y gracia de las suelas romanas del pontífice, esa Engativá que se tragó la urbe prosperó: hoy es hogar para 887.000 personas, más que las que viven en

Bucaramanga o Cúcuta. Y cada una de ellas es como una célula vital para la mencionada criatura bogotana, que además de su pelambre de asfalto, cal y hierro, tiene emociones como cualquier otro ser vivo.

Porque a Bogotá, tan grande, voraz y ‘pueblívora’, la pandemia casi la mata de tristeza. Desde ese marzo de 2020, el virus le mantuvo una bota sobre el cuello durante un año y medio, según le asfixiaba, una a una, casi 30.000 de sus almas. Y eso hizo que, en 2021, se atendieran más de 25.000 emergencias de salud mental en la capital, en ese entonces un mar de estrés.

¿Qué salvó a nuestra criatura capital de colapsar y de llegar a su último suspiro? La ciencia y nuestra capacidad de organizarnos, sin duda alguna. Pero hubo otra heroína con capa que se apareció en muchos hogares: la gestión consciente de las emociones. Así lo puso en práctica el colegio engativeño Nydia Quintero de Turbay. Y allí, las emociones identificadas, aceptadas y valoradas no fueron parte de la enfermedad sino al revés: quizá salvaron del temido colapso a la localidad número 10 de la capital.

Allí donde es posible ser

En el segundo piso del Nydia Quintero hay un gimnasio que no tiene máquinas para ejercitar los bíceps, pesas para los tríceps ni nada que se le parezca. Tampoco hay espejos de cuerpo entero que le devuelvan a uno elogios o improperios. Este es distinto: es el Gimnasio de las Emociones, al que cualquiera de los 1.475 estudiantes de la institución y sus docentes puede acudir a descargar su rabia, tristeza o ansiedad, por ejemplo, haciendo uso de guantes y bolsas de boxeo. También a expresar sus agobios, a gritos si fuera necesario, en una caja preparada para ello. Pero, sobre todo, a relajarse, ya sea leyendo, dibujando o sencillamente siendo, en conexión plena con el presente. Para ello está la carpa de la esquina, repleta de cojines.

“Al comité de convivencia ya casi no nos llegan casos de peleas de chicos aquí adentro o en la calle, antes tan comunes. Uno veía una multitud afuera y ya sabía que había un bonche”, comenta la profesora de Matemáticas Ana Gabriela Bravo, de pie en esa habitación. La mujer toma una de las muchas maletitas moradas que hay en una mesa. “Este es el Botiquín de las Emociones y vamos a entregar uno en cada aula, ahora que regresamos a presencialidad”, indica y abre la cremallera para sacar los elementos del interior: placebos de agua aromatizada con aceites de eucalipto o naranja. “Esta botellita es el *FreshCalm*. Esta jeringa sin aguja es el *Sacapullas*. Mire: el *CK Tears*. Y por este lado está el *RespiCalm*, que es un atomizador para el espacio, cuando los muchachos están todos alborotados. Estas curitas se llaman *Sanalmita* y mire: la libretita *Sinraye*”.

Fotos: Mauricio Moreno



61



Cuando, al empezar la pandemia, la Secretaría de Educación dio a conocer a los colegios distritales una nueva política pública que apostaba por la causa emocional —y en particular su Programa Integral de Educación Socioemocional, Ciudadana y Escuelas como Territorios de Paz—, el Nydia Quintero ya tenía adelantada una porción del trabajo gracias al Gimnasio de las Emociones, en cuya gestión fue clave un grupo de profesores y, sobre todo, la psicóloga orientadora Luz Marina Acosta. La misma que 12 años atrás se había vinculado a la institución después de haberle dedicado otros 15 al bienestar de un colegio en Ciudad Bolívar. Acosta es uno de esos alfiles de la educación que, gracias a su mística por lo público y su paz de carácter, es casi que una guía espiritual, una persona-refugio. Pero, antes que nada, es la cara que les debería dar el Estado a sus ciudadanos en todos los rincones del país.

El manto de Luz Marina

“Gracias a todo esto, los niños ya saben que su estado emocional es normal, que siempre los acompañará y que lo pueden manejar”, comenta Acosta en una videollamada que atiende desde su casa, donde se recupera de un cáncer que, dice, está lejos de ser el más grande desafío de su vida. “Los padres han entendido, por fin, que la letra con sangre no necesariamente entra”, añade y resalta un beneficio presente tanto en la Ley 1620 de 2013 —esa que dio lineamientos puntuales para que los colegios públicos fueran entornos emocionalmente seguros— como en la mencionada política distrital, expedida durante la pandemia: “La idea es ir más allá de lo punitivo para que, si hay un problema, no se maneje únicamente desde la sanción, que es lo que tradicionalmente se ha hecho”.



Esas palabras no son poca cosa en Colombia, donde nuestra obsesión por el castigo, la pulsión irresistible por aplicar el ‘ojo por ojo’, es combustible para la guerra. Incluso hoy creemos que cobrar las agresiones y los daños sufridos haciendo daño es ‘lo justo’, como si balancear nuestro dolor en el del otro tuviera algún beneficio.

Dichas lecciones son el ADN de la Justicia Escolar Restaurativa, fundamental en la política escolar de la alcaldía de Claudia López. “Eso contribuyó a que padres, rectoría, docentes y alumnos entendieran que este trabajo es necesario”, opina Acosta. La mujer aún recuerda cuando, antes de graduarse como psicóloga y mucho antes de tener sus hijos “rolos”, se bajó de una flota en Bogotá con 19 años cumplidos y un título de maestra normalista. Venía de Caicedonia (Valle), un pueblito cafetero donde nadie se perdía, pues a quien pidiera una indicación se le asignaba algún niño para que acompañara a la persona hasta su destino. Quizá fue por ese contraste con la ciudad agreste que la mujer es tan consciente de que los colectivos, no solo las personas, pueden gozar y también sufrir. Hoy habla con orgullo de su legado: “Al discutir algún hábito de crianza nocivo, algunos padres me decían: ‘Yo sé que esto no se debe hacer, pero ¿cómo hago, si mi historia personal fue otra?’. Y solo ese reconocimiento es un avance enorme”.

El desafío a distancia

63

“Sabíamos que el encierro no iba a ser fácil y en efecto así fue —recuerda Luz Marina—. Hubo muchos padres sin empleo en pandemia, para quienes la prioridad era conseguir un sustento”. De acuerdo con el colegio, en el 59 % de las familias del Nydia Quintero solo está presente uno de los padres. No sería raro que los desafíos económicos hubieran sido más apremiantes entre esa mayoría de familias que quizá son —esas sí— las tradicionales colombianas. “También hubo muchísimos problemas de conectividad: algunas familias tenían un solo celular con internet o un computador compartido para el trabajo y el estudio de todos. A eso se sumó la sobrecarga laboral y todo eso afectó la convivencia familiar”.

Así lo confirma la psiquiatra Sandra Piñeros Ortiz, consultada justo cuando escribía un artículo sobre el impacto de la pandemia en sus pacientes, la mayoría de ellos, niños. Entre los grandes desencadenantes de sufrimiento que Piñeros destaca en la población escolar, dos elementos parecen transversales: el miedo y la consecuente ansiedad, semillas con capacidad de generar complicaciones. O, si se quiere, emociones intermediarias entre dos etapas: la primera sería el hecho retador, es decir, una pérdida cercana por coronavirus o la amenaza de pérdida, por ejemplo. Pero también las rupturas familiares —ya fuera por dificultades de convivencia o por necesidad económica—, los numerosos desórdenes en la rutina y en los hábitos, la insalubre interacción con la tecnología, la pérdida de

contacto con el mundo fuera de casa y la incertidumbre con respecto al futuro. La segunda, las consecuencias posteriores: “La depresión es un ejemplo de muchos y en pandemia se presentaron numerosos casos entre niños pequeños y adolescentes”, dice Piñeros, quien corroboró cómo, allí donde ya había maltrato, este fue propenso a empeorar.

Con eso en mente, Luz Marina y su equipo convirtieron su compromiso en creatividad y desarrollaron dos frentes de trabajo para llevar alivio a los hogares: el físico y el digital. El primero lo describe María Paula Cañón, alumna de quinto grado: “La directora de grupo le dijo a mi mamá que podíamos hacer un Rincón de las Emociones en la casa. Yo lo armé aquí en la sala. Puse peluches, libros, algunos juguetes y mandalas para colorear —recuerda—. Una vez estuve triste porque me saqué mala nota en el boletín. Entonces fui y allá me calmé un poquito”.

La madre de María Paula es contadora pública y sudó la gota gorda en casa, pues su esposo, entonces empleado de una compañía de telefonía celular, debía trabajar por fuera todos los días, por lo que ella atendía dos virtualidades: la de su trabajo y la de sus dos hijos. “Mi mamita venía al rincón porque también se estresaba mucho”, añade la niña. Según el colegio, a las 200 familias que habrían recurrido a esta estrategia en primaria se sumó un número igual en bachillerato.

¿Y en el frente digital? “Hicimos siete talleres en YouTube en los que explicamos el cómo y el porqué de las emociones comunes e hicimos ejercicios de relajación —recuerda Luz Marina—. Además, abrimos un blog con contenido de bienestar e hicimos una cartilla de apoyo para docentes, para quienes la pandemia fue extremadamente desafiante también y quienes han recibido menos atención al respecto. Finalmente, emitimos un Facebook Live, este último con 1.000 vistas.

Este relato suscita una reflexión final: que sí se puede construir sobre lo construido. La Ley 1620 de 2013, expedida en el Gobierno de Juan Manuel Santos, fue terreno fértil para la política educativa de la alcaldesa López y también para las iniciativas de Luz Marina y sus socios en el Nydia Quintero, un colegio que, de hecho, renovó sus instalaciones durante la administración del alcalde Enrique Peñalosa. Gracias a esa y otras sumas, el deseo de Luz Marina se siente más cercano, menos utópico: “Sueño con una comunidad convencida de que lo que más importa no es que un niño haya perdido un año o una materia, sino que salga al mundo sabiendo relacionarse sanamente con otras personas”, dice la mujer, quien ya ha compartido su experiencia con otros colegios donde se quieren dar pasos similares. Puede que, gracias a ello, ese espíritu sanador, así como el buen engranaje con el distrito y con la ley nacional, se extienda por fuera de Engativá y permee las otras 19 localidades de nuestra criatura bogotana. Visto lo visto, quizá ella necesite echar mano de ese escudo frente a los retos que han de venir.





Diego Montoya, editor de la revista *Credencial*, ha sido periodista y también editor de temas culturales, gastronómicos, ambientales y de educación. Es el autor de esta crónica en la que deja ver su admiración por los ‘alfiles’ de la educación pública, así como por quienes saben construir sobre lo construido.



EL HOMBRE QUE SE CONVIRTIÓ EN UNA SILLA

POR DIEGO GUERRERO

67

¿Puede un hombre convertirse en una silla? Parece un cuento de Kafka. Pero si de un momento a otro, por gracia de un ser microscópico la humanidad se vio avocada al aislamiento, a vivir entre cuatro paredes, a no besar, a no tocar, a dudar de todo lo que se daba por sentado, a pensar lo impensable, ¿por qué un hombre no podría convertirse en silla?

A todos nos suena como una metáfora, claro, pero ¿hasta qué punto a Oswaldo Rocha Díaz —un artista y profesor bogotano de 42 años— le sucedió y se convirtió con el paso de los días de encierro obligado no en un hermoso asiento, sino en una simple, común, dura y blanca silla Rimax?

Todo empezó un día que, como cualquier otro, Oswaldo subía a pie hacia el Colegio Los Comuneros Oswaldo Guayasamín, en la localidad de Usme, suroriente de Bogotá. Las últimas cuadras las hacía a pie, porque el transporte no siempre lo llevaba hasta allá. Entonces se encontró con una estudiante que salía de su casa.

—¡Hoooola! ¿Cómo estás? —le dijo el profesor a la niña. La fue a saludar con un abrazo, pero ella le extendió la mano firmemente antes de que él se acercara.

—¿Qué pasó? —le preguntó el maestro.

—Profe, ¿no ha escuchado? No puede haber contacto, no nos podemos acercar.

Esa fue la primera vez que el profe oyó hablar del virus. Al otro día, todo estaba cerrado.

En su casa, en Kennedy Central, sin más posibilidad, se pegó al televisor, a escuchar titulares de noticias —cada uno más escandaloso— que lo llevaban

a un mundo de no creer: el tema era apocalíptico, se decía. Entonces empezó a pensar en las mil y una películas que había visto sobre zombis, sobre virus, sobre fenómenos naturales... el acabose total. “¿Esto es cierto?”, se preguntaba, mientras el covid-19 y el miedo se empezaban a propagar.

Era marzo del 2020 y trataba de mantener la calma. Tenía que pensar que todo iría bien, no solo por él, sino por Angélica Díaz, su compañera, que estaba en embarazo de Violeta. Hacía poco se habían ido a vivir con sus suegros, en el mismo barrio, porque estaban construyendo su casa de tres pisos.

Era todo un sueño para un hombre que había crecido en Suba Rincón, cuyo padre, Daniel, era celador y su madre, Flor Marina, “hacía de todo”; y que cuando tenía 14 años vivía en una ‘casalote’: “Cinco en un cuarto”, recuerda.

A él, que había vivido en un inquilinato para poder trabajar en un colegio que quedaba muy lejos de su casa. A él, que estaba levantando su propio castillo de tres pisos (con una biblioteca grande y un patio interior pequeño; una habitación para Violeta que iba a decorar, por supuesto, de color lila; un cuarto para los perritos, y, claro, ¡su taller!: porque desde que estudiaba Artes en la Universidad Distrital soñaba con tener su taller...). A él se le detenía el mundo de golpe y quedaba encerrado en la casa de sus suegros.

Ellos, que tan solidariamente los habían acogido, también habían dado refugio a su cuñado y su esposa, que al igual que Angélica, eran docentes. Así, la casa se convirtió en un extraño lugar donde seis almas compartían sus vidas y sus afanes.

Oswaldo, sin más remedio, tuvo que aceptar que sus clases presenciales de arte quedarían suspendidas por tiempo indefinido. Al menos por un tiempo, no podría desarrollar con los estudiantes proyectos investigativos. Atrás habían quedado las pintadas de murales, o las “expediciones botánicas” a los patios de sus casas, o las preguntas a las abuelas sobre los nombres y los usos de las plantas... al menos por un tiempo, sus alumnos no podrían usar esos insumos para convertirlos en acciones artísticas.

No más llevar películas, no más historias de arte en clase, no más expresiones alegres, no más chicos sorprendidos.

Otro proyecto que quedó suspendido por la pandemia y que Rocha extrañaba era ‘El nuevo gran colombiano’, que había estructurado con los estudiantes hacía siete años. La idea era abordar con ellos lo que él llama el “andamiaje que se ha venido construyendo en el país a partir de la historia del narcotráfico y la política, y cómo afecta eso a la construcción de la identidad colombiana”. Y sigue: “Hemos abordado por qué hay racismo o corrupción, entre otros temas, para empezar a generar la visión de un nuevo gran colombiano que analiza el país, pero también mira el interior de las familias, el barrio y el colegio. Hemos hecho teatro, rap, música y plástica con una mirada hacia el pensamiento crítico. Durante la pandemia inscribimos el proyecto en el programa de Justicia Escolar Restaurativa, lo que nos ha permitido una financiación, y hemos recibido capacitación en la Universidad Distrital sobre diálogos de paz, víctimas y las distintas modalidades de justicias restaurativas”.

Pero ‘El nuevo gran colombiano’ ya no iba más, como tantos otros proyectos. Así que, en adelante, Oswaldo no tuvo más remedio que sentarse en una silla plástica blanca, sin cojín, por horas y horas frente a un computador... así empezó a sumirse en la silla el día y la noche. Sentado en ella vivía, a su manera, el ritmo de una casa que de un momento a otro se convirtió en un centro de emisión de clases.

“A veces era molesto aguantar los genios de tantas personas. Y en medio de eso, el primero de abril del 2020, nació mi hija. A esas seis personas se les sumó una personita más —recuerda Oswaldo—. A veces no la lograba dormir. Éramos cuatro dando clases. Hubo que cambiar tres veces de conexión a internet, porque no daba. Era hasta chistoso: los vecinos del lado me imagino que también eran profesores, pero como de preescolar, porque yo me asomaba y en el patio había alguien con una nariz de payaso y una peluca que decía: ‘¡Niños, miren...!’”.

Mientras los vecinos hacían muecas para mantener su audiencia infantil, Oswaldo luchaba por adaptarse al sedentarismo y a dar clase de una manera que no conocía. Por eso, se ofusca un poco cuando piensa en la palabra “reinventarse”.

“Reinventarse... Yo no sabía qué era Meet, Zoom, ¿YouTube?, ¿con qué se come?”, dice. Sin embargo, reconoce que a él le fue mejor que a los profesores más mayores, quienes tenían que mandar trabajos y guías con ayuda de algún hijo o alguien en la casa, porque no tenían idea de cómo hacerlo. “Uno es medianamente joven y se adapta —dice—. Pero sí, fue muy denso el tema del colegio”.

Lo que más le dolía era ver a sus estudiantes solos, sin nadie que los escuchara. ¿A quién le estarían contando sus desesperos, sus angustias? “Para muchos niños y niñas, el colegio no es el segundo hogar, sino el primero —reflexiona—. Es el lugar donde pueden escapar de una realidad donde los insultan, les pegan, los ultrajan, donde no hay qué comer, porque allá por lo menos el refrigerio está y para los chicos grandes de décimo y once hay almuerzo. Entonces fue traumático. —Y continúa—: Esos pobres *pelaos*: al principio no tenían conectividad o no tenían computador o no sabían usarlo. La mayoría tiene Facebook, pero habían abierto el correo tres años atrás y no se acordaban de nada, ninguno sabía la clave. Entonces, profesores: preparen guías. Así no enseña nadie”.

Y él, mientras tanto, transmitiendo una clase desde esa silla, como si fuera un programa de televisión, tratando de que los pocos alumnos que se unían participaran de alguna forma. Triste, porque pensaba en el proyecto ‘Fridas’, que tenía con una compañera y que hacía posible trabajar el dolor, la sensibilidad y la resiliencia de los chicos mediante el arte: “Uno con una guía, ¿cómo hace eso?”.

La frustración

De estar en el barrio y sus desórdenes, entre adolescentes que lo retaban y le creían, pasó a la silla. Lo poco bueno de la pandemia fue que nació Violeta y

pudo estar con ella sin pensar demasiado en horarios. Por lo demás, era ejercer una suerte de autocontrol. Oswaldo también da clases en una universidad, así que trabajar en la silla se volvió lo suyo.

“Yo me la pasaba en pijama, dele y dele, trabajando —cuenta—. Ni me cambiaba. Me duchaba en la noche, todo el tiempo fue en pijama. Tengo una desviación de tres discos de la columna, entonces me mataba la cintura, el dolor del cuerpo, el aburrimiento. Parecía prisionero. Me llevaban la comida. Para no meterse a la clase, me golpeaban la puerta y yo ya sabía y recogía el plato, porque era muy maluco con la cámara encendida y que llegara alguien: ‘Las lentejas...’. Y todos en la casa éramos profes, entonces la dinámica era que a todos nos golpeaban la puerta para llevarnos la comida”.

Fue entonces cuando pareció posible que un hombre, tras un año de la rutina inclemente de habitar un objeto blanco de plástico, se empezara a volver ese objeto. La barba creció, el pelo también, adelgazó un poco y se acopló mejor al mueble, que le dejaba marcas en la piel: esa rejita en las caderas, esa línea en la espalda. Ya no había alumnos que lo interpelaran ni cuerdas para subir: solo una silla en la que empezaba a acomodarse de mil maneras.

Llegó la angustia. Para colmo, empezaron las protestas del paro nacional. Y él, que había marchado kilómetros, que no había tragado entero nunca, se vio sentado, revolviéndose en esa silla que daba tumbos de lo liviana y parecía querer salir corriendo a la calle.

“Yo viendo que la gente se estaba ‘totaceando’, que la gente estaba muriendo, decía: ‘Me siento en deuda, me siento muy mal de estar aquí encerrado’. Hubo discusiones muy fuertes en la casa: ‘No se vaya a ir’. Y el amarre era la niña. ‘Tenemos una niña de meses, ¿usted la va a exponer?’, no sé qué más. Entonces me dije: ‘Sí, no, no, no, vea, contrólese, cálmese’. Pero hasta que no aguante más y me volé para el portal de Las Américas y empecé a tomar fotos”, cuenta. Las tomó, las publicó y fue un descanso.

El mensaje

Un día llegó un correo. Un artista de Medellín le mandaba un reto: hacer una obra de arte sobre un día de su vida. El remitente era uno de los participantes de ‘Interior-Exterior’: un proyecto creado por el Banco de la República durante la pandemia, en el que un artista de alguna región de Colombia le proponía a un colega, de otra parte, un tema para que hiciera una obra. Oswaldo había sido convocado por haber participado antes en ‘Imagen regional’, otro de los proyectos del Banco.

“¿Cómo es un día mío? —pensó, antes de ponerse a trabajar en la obra que debía describir su rutina diaria—. Un día mío es estar pegado a esta puta silla entre la clase del colegio y la de la universidad. Dele, desde las 8 de la mañana hasta las 10 de la noche”.

Entonces, se dio cuenta de que sí: se había convertido en una especie de apéndice de la silla; esa era su realidad o, por lo menos, una parte de ella. Y fue esa misma silla Rimax en la que daba clase y comía —la que marcó su cuerpo, la que lo atrapó por horas, la que por poco se lo traga— la misma que le dio la oportunidad de volver a ser el Oswaldo creador y, en últimas, zafarse de ella.

Se dio cuenta de que durante todo ese período había sufrido algo así como una transformación: “Empieza algo como kafkiano: metamorfosearme y volverme otro ser. En algún momento hablaba del marchitamiento. ¡Cómo alguien tan vital como yo empieza a marchitarse en el encierro! Y para mí la docencia es muy vital, es estar interactuando”.

Fue consciente del tiempo y de su propio cambio. Entendió que la interacción con su mundo se había empezado a perder. Y decidió hacer una secuencia de dibujos en la que cada uno era como un día. Le dijo a Angélica, su compañera, que le tomara fotos en la silla y, a partir de ellas, se dibujó a sí mismo en distintas posturas, usando lapiceros de tinta negra y roja sobre fichas bibliográficas. El resultado: la primera imagen es una silla vacía; más adelante se ve el proceso



Fotos: Mauricio Moreno

en el que se va uniendo al mueble, y después, él y la silla ya tienen el mismo color rojo, como si fueran un solo ente. Para finalizar, Oswaldo enmarcó todas las fichas para que parecieran pequeñas cajas y así acentuar la sensación de encierro.

“La silla vacía empieza porque lo tomo como un elemento simbólico que está ahí. Luego llego yo a habitarla, como a ocupar el espacio. Yo fui el invasor,

porque esa silla siempre estuvo en ese espacio y en ese escritorio. Pero fue mucho tiempo. Es como si lo inerte de la silla me estuviera atravesando y, cada vez más, me siento sin ganas de hacer”.

Tal vez, al dibujarse a sí mismo atrapado en la silla pudo empezar a tomar consciencia de su angustia. Y al mostrar su trabajo en redes se dio cuenta de que, a lo mejor, no había sido el único que casi se había vuelto ser-objeto. “Este trabajo lo publiqué y me escribió un profesor que nunca me hablaba: ‘Oswaldo, usted no pudo resumir de mejor forma lo que hemos estado viviendo’. Yo quedé como...”.

—¿Y cuándo te levantaste al fin? —pregunto.

—Cuando volvimos a entrar otra vez a clase me sacudí. Me volvió el alma al cuerpo.

A veces —solo a veces— las historias tienen un buen final. Este hombre que estuvo a punto de convertirse en silla vive ahora en su palacio. Y no solo con una, sino con dos musas: Angélica y Violeta. También lo acompañan dos perros, Calixto y Tino, que tienen su cuarto y que ladran como si frente a ellos pasara un desfile. Oswaldo ya ocupa su taller en el último piso. No hay sillas Rimax.





Diego Guerrero es editor del periódico *Arteria* desde el 2013, un medio especializado en generar contenidos informativos en arte y cultura, con énfasis en artes plásticas y visuales. También es conductor del programa *Otro Día Más*, en [facebook.com/arteriap](https://www.facebook.com/arteriap). Es periodista, fotógrafo, especialista en Estética y tiene una maestría en Estudios Culturales. Recibió el Premio Rey de España en Periodismo Digital en el 2009, compartido con colegas de *El Tiempo*, donde trabajó durante diez años. En esta crónica, esa sensibilidad de Diego por lo artístico se ve reflejada en el retrato que hace del profesor Oswaldo Rocha, que empezó a metamorfosearse y volverse otro ser en tiempos de pandemia. Un relato en el que muchos, sin duda, se verán reflejados.

¡QUÉ PANTALLAZO!

No era como llegar a un almacén y simplemente decir: “¿Me da para llevar 100.000 tabletas?”. No. Conseguir más de 100.000 dispositivos electrónicos para que alumnos de los colegios distritales pudieran seguir estudiando desde sus casas se sumó a los cientos de nuevas tareas que la Secretaría de Educación Distrital tuvo que emprender para hacerle frente a la cuarentena. La cifra había salido de un dato del Dane, según el cual, 126.000 estudiantes de los grados sexto a once no contaban con computador, portátil o tableta. Así que se puso a caminar un plan inmediato para que esta comunidad estudiantil no quedara a la deriva: conseguir aparatos, garantizar conectividad y enseñar a usarlos. A esto se le llamó Programa Ruta 100K.

Tampoco era tan fácil sacar del bolsillo así no más. Se requería aprobación del Concejo Distrital. Ya con plata y visto bueno había que salir a comprar y esto se hizo a través de Colombia Compra Eficiente. Luego, a esperar.

Después de cinco meses —pues por la pandemia mundial no había suministros, los puertos estaban cerrados, era muy complicado mover mercancías, entre otros problemas—, empezaron a llegar los primeros aparatos desde diferentes partes del mundo, literalmente, por cielo, mar y tierra, porque fueron transportados en barco, avión y camiones.

Una vez en Bogotá, los ingenieros locales cargaron la información pertinente para los estudiantes (mucho del material fue elaborado por la Secretaría) a la vez que se verificaba su calidad, se hacían inventarios y se organizaba la entrega.

Antes de esto, y como el confinamiento prácticamente llegó sin avisar, durante las primeras semanas tocó echar mano de lo que había: cerca de 15.000 computadores y portátiles que iban a quedar confinados y sin usar fueron repartidos entre igual número de estudiantes.

También se acudió al buen corazón de la gente: a través de una ‘donación’ se consiguieron 1.057 equipos. Los asuntos logísticos cobraron mucha importancia y más porque había que priorizar las entregas. Los primeros fueron los 5.566 estudiantes de los grados sexto a once de los 28 colegios rurales, las 100 instituciones de menos recursos y la población más vulnerable (grupos étnicos, desplazados por la violencia, personas con discapacidad). Eso sí, solo para mayores de 11 años, pues se recomienda no exponer a menores de esta edad a pantallas.

A la fecha, entre compras, donaciones y recolecciones, se han entregado 105.455 dispositivos, que incluyen tabletas y portátiles, muchos de ellos se convirtieron en nuevos miembros de familia, como se narra en estas historias. Lo mejor de todo: les pertenecen a los estudiantes, son suyos y, si los cuidan bien y no se desactualizan, a muchos les servirán aún después de graduarse.



SI LA GUITARRA SUENA, EL FUTURO VIENE

POR SIMÓN GRANJA MATIAS

Doña Celmira quiere regalarle una guitarra a su hijo Juan Diego por sus 15 años. “Me tocará hacer una colecta —dice pensativa—. Tengo de aquí a junio”.

—¿Sí escucha al fondo la guitarra? Ese es él tocando. ¿Pero sí escucha que suena raro? Es que ya está dañada. Era de su hermano, de cuando estaba en el ejército. Y se la dejó a Juan Diego, que aprendió a tocarla en la pandemia y ahora se guía con videos de YouTube. Afortunadamente, tiene una tableta para hacerlo. No hay día en el que no llegue a tocar su guitarra y a aprender más acordes.

La tableta fue un respiro en medio del encierro.

—Mire, cuando empezó la pandemia solo teníamos el celular de mi marido, no teníamos ni siquiera computador, entonces a Juan Diego le tocaba tomar las clases con ese celular.

Hasta que un día llamaron del colegio para decirle a doña Celmira que la Secretaría de Educación del Distrito le iba a entregar una tableta a su hijo y, además, se la iba a enseñar a manejar. Juan Diego fue uno de los 105.455 beneficiarios del programa que repartía tecnología entre alumnos de colegios públicos para que pudieran estudiar.

De acuerdo con la Encuesta de Calidad de Vida del 2018, en Bogotá había ese año alrededor de 350.000 estudiantes de colegios públicos (aproximadamente el 40,6 %) sin computadores o tabletas en sus hogares. Sin embargo, al focalizar la atención en los estudiantes de secundaria y media (bachillerato), el porcentaje disminuye al 35,8 %. Eso son 124.000 estudiantes, que no es poco.

“Juan Diego la ha cuidado mucho —comenta orgullosa doña Celmira—. Con eso es que él estudia y, además, cada día toca mejor la guitarra gracias a los videos que ve en la tableta”.



Doña Celmira me contestó el teléfono agitada y aún no recupera el aliento. Entró corriendo a la casa para poder responder mi llamada, después de haber estado desde las 7 de la mañana buscando unos medicamentos para su mamá, de 93 años, que es hipertensa. Primero estuvo en el barrio Restrepo; luego la mandaron al barrio Abraham Lincoln.

Todo el día haciendo fila.

“A los del Sisbén nos ponen a ir de un lado al otro —cuenta, mientras recupera el aliento—. Salí de allá a las 2 de la tarde y hasta ahora llego. Es que es lejos”.

Doña Celmira vive con su esposo y dos de sus tres hijos en el primer piso de una casa en el barrio Guacamayas, en la localidad San Cristóbal Sur. Son las 4 de la tarde.

—Lo bueno es que conseguí los medicamentos más importantes, lo malo es que me faltaron otros. Pero, bueno, me toca ir otra vez la próxima semana a ver dónde los consigo. O me tocará comprarlos, pero no sé con qué plata.

—¿Muy caros?

—Mmm. Vamos día a día. Dios proveerá.

Ojalá Dios no tuviera que proveer a tanta gente.

Doña Celmira llegó a Guacamayas en 1989, hace 33 años. Cuenta que su casa queda en una subida, por un camino peatonal. Que la fachada está pintada de azul. Que en la sala hay un comedor y una máquina de coser. Que en el segundo piso viven unos inquilinos.

Asegura que su mamá es más enérgica que ella, que tiene 56 años. Lo dice medio en broma, medio en serio. Hace pocos meses, a doña Celmira le practicaron

una cirugía que no le permite trabajar. Aunque desde hace tiempo, incluso antes de la operación, no tiene un oficio que le genere ingresos, sí tiene el trabajo de dedicarse a su hogar y a sus hijos. Especialmente al menor, Juan Diego, que tiene 14 años. “Lo tuve a los 42. Yo estaba operada desde el parto de mi otro hijo, hacía unos 15 años. No sé qué pasó ahí”.

Es poco lo que les va a poder heredar; tal vez la casa donde viven, aunque esa herencia no es segura: “Debemos impuestos desde hace unos diez años y tenemos que ver cómo hacemos para pagarlos”. A doña Celmira le ha tocado bastante duro, pero se siente afortunada. Esa es otra herencia que les quiere dejar a sus hijos: la de ser agradecidos.

—Mire, yo veo a otra gente que le toca tan duro... yo tengo un techo y tengo comida, puede que no sea mucho, pero me siento agradecida. Les he enseñado a mis hijos a valorar lo que tienen. A mí me lo enseñaron mis padres y ahora yo a ellos. Es que uno se muere y nada se lleva.

Doña Celmira vive en Bogotá desde los 12 años. Pero no hay un día en que no extrañe su tierra: Socotá, en Boyacá. Hace siete años que no va por allá. Primero, debido a la pandemia; segundo, porque sale muy costoso. Le toca coger dos flotas. “Cuesta 200.000 la ida, y el regreso igual”.

Socotá es un pueblo bonito; aunque ahora, dice, menos bonito de como lo recuerda. Debido a las minas que hay en la zona, los ríos se han secado. “De mi casa hacia arriba hay tres carboneras. Esas mataron el agua que bajaba hasta la casa”.

Llegó a Bogotá para ayudar a su tía, que debía cuidar a un hijo que estaba muriendo de cáncer, pero no tenía tiempo. Según cuenta, su tía la engañó, pues prometió darle un buen estudio, y no: “Me pusieron fue a estudiar de noche. Eso ni siquiera era válido en ese entonces”, cuenta indignada. Vivió cuatro años en esa casa ajena. Hasta que el esposo de su tía intentó hacerle “cosas”. “Ella no me creyó y hui de ahí, dejé todo. Me fui sin nada. Sigo sin hablarme con esa señora”.

La tercera herencia que les deja a sus hijos es la educación. Algo que doña Celmira no tuvo: no alcanzó a terminar sus estudios. “No tengo cartón, pero me defiendo”, dice. Los dos mayores ya se graduaron del colegio; uno está estudiando en la universidad, el otro ya tiene cartón de ingeniero. El menor, Juan Diego, está en bachillerato en el Colegio Alemania Unificada.

Vuelve a respirar hondo. “Aún me estoy recuperando”.

Doña Celmira ha dedicado gran parte de la vida a cuidar a sus hijos. También trabajó limpiando oficinas y en una pescadería. Sin embargo, en ese tiempo no cotizó ni un peso para la pensión. “Todo se me iba en el día a día”, cuenta.

Después trabajó durante 12 años como madre comunitaria: cuidaba niños y niñas del barrio. Ahí sí cotizó algo para la pensión, aunque muy poco. Por eso, dice que de esa labor, que le gustaba, lo único que realmente le quedaba era el amor por los chiquitos.

Su esposo es zapatero, y los zapateros ‘ya no van a sus zapatos’. Las importaciones de calzado han llevado a que la industria nacional se vea cada vez más afectada. Y en la cadena alimenticia del mundo del zapato, los zapateros han sido los primeros en ser devorados por los tenis chinos. “Mi esposo ya no tiene a quién arreglarle los zapatos”.

Para el Dane, una familia en Bogotá está en situación de pobreza monetaria cuando la suma de los ingresos recibidos representa menos de 455.030 pesos por cada integrante. A la condición de pobreza extrema se llega cuando ese monto no alcanza los 178.607 por persona. La familia de doña Celmira ha estado generalmente cerca de esas líneas de pobreza.

Respira agitada.



—¿De qué estaba hablando? Perdón, es que me dio covid dos veces, aún no me he recuperado. Me dio duro. Como a los tres meses del inicio de la pandemia empecé con dolores de cabeza muy fuertes y perdí el olfato.

—¿Y la segunda vez?

—No me podía parar y tenía una tos horrible. Me quedó el cansancio y me afectó la memoria, se me olvidan cosas. ¡Qué angustia esos días!

Ninguno en la familia tenía empleo cuando inició la cuarentena. “Yo me asomaba por la ventana y veía la calle vacía. No sé cómo sobrevivimos”. Por fortuna, la hija de un cuñado les enviaba plata desde España, más o menos 200.000 pesos cada tres meses, para el mercado. “Por obra y gracia del Señor, mi esposo encontró trabajo. Fue un alivio”.

Los servicios llegan muy caros. El último recibo de la luz fue de 95.000 pesos, y en ocasiones ha llegado a superar los 100.000. “Claro, es que son dos pisos. Pero si ni siquiera teníamos internet, ¿por qué nos llegaba tan caro?”, se pregunta.

No había con qué pagar el internet, entonces Juan Diego se pegaba a la red de una vecina para poder ‘asistir’ a las clases virtuales. Mientras el 21 % de los hogares más pobres de Bogotá —los de estrato 1, su estrato— tienen acceso a internet, el 99,8 % de los hogares de estrato 6, los más ricos, sí están conectados.

—Juan Diego, papito, venga y habla con el periodista.

Respira. “Ya viene”.



—Buenas.

—Juan Diego, ¿cómo va esa guitarra?, ¿ensayando mucho?

—Ahí voy. Aprendí en la cuarentena y tomo clases por internet. Mi hermano también me enseñó algunas canciones.

—¿Qué música le gusta?

—A mí nunca me ha gustado el reguetón, me gusta el rock en inglés y en español. Y también algo de metal. Mis bandas preferidas son los Beatles, Queen y Gorillaz.

La familia de Juan Diego, al menos, pudo contratar servicio de internet propio el segundo año de la pandemia, gracias al trabajo que consiguió su papá. Cuatro de cada diez colombianos —y latinoamericanos— no tiene acceso a internet. Y aquellos que sí lo tienen, ‘disfrutan’ de una velocidad cuatro veces más lenta que los habitantes de países como Canadá, Estados Unidos o Inglaterra.

—¿Cómo le fue en la pandemia?

—Esos días de encierro fueron muy duros, no estaba acostumbrado. Sufro de claustrofobia. Extrañaba a mis amigos. Y era difícil, porque solo teníamos el celular de mi papá. No entendía muchas cosas.

—Aparte de tocar guitarra, ¿qué más aprendió durante la pandemia?

—Mi mamá me ha enseñado a cocinar y a hacer oficio.

—Y a sus amigos, ¿cómo les fue en la pandemia?

—A mis amigos les tocó muy duro porque se les enfermaron los papás, a otros se les murieron...

—¿Cómo fue el regreso a clase?

—Fue una alegría, llevaba un año largo sin ver a mis amigos.

—¿Sí está aprendiendo?

—Sí, claro. Yo quiero pasar este año en limpio. Tengo profesores que enseñan bien. La clase que más me gusta es Biología, aprender sobre las plantas, los siete reinos... todas las clases me gustan. Señor periodista, que mi mamá quiere hablar con usted.

—¿Se quiere dedicar a ser músico?

—La verdad, no, pero sí le digo que es un pasatiempo que me encanta y que me ha ayudado a pensar en el futuro.

—Gracias, Juan Diego. Suerte con esa guitarra.

—Mire, cuando Juan Diego entre a la universidad, nosotros ya estaremos muy viejos. Solo podemos darle hasta el colegio —concluye doña Celmira—. Y es que también toca dejarlos que tomen su camino. Yo les dejo la educación y los valores. Ya de aquí en adelante, el futuro es para ellos. Se me crecieron mis muchachos.

Respira aliviada.



Foto: Mauricio Moreno



Simón Granja Matias es periodista de la edición dominical de *El Tiempo* y profesor de la Universidad de La Sabana. Ha sido galardonado con premios de periodismo en modalidad grupal como el Simón Bolívar y el CPB (Círculo de Periodistas de Bogotá). En esta crónica se ponen de manifiesto los desafíos que han tenido que atravesar doña Celmira y su familia, a pesar del positivismo y la naturalidad con la que habla de sus penurias. A su hijo menor, Juan Diego, le gusta tocar guitarra y ha aprendido a perfeccionarla por internet con la ayuda de la tableta que le entregó el distrito durante la cuarentena. Que su hijo logre finalizar sus estudios y entrar a una universidad es uno de los principales anhelos de doña Celmira.



LA RESILIENCIA ES AMOR

POR FEDERICO ARANGO

85

Los corazones de Jessica y de su madre, Rosa, tuvieron que haber retumbado cuando supieron el motivo por el que Nicolás, el bebé de apenas 8 meses que acababa de llegar a su hogar, no podía hacer ciertos movimientos propios de su edad: una atrofia muscular espinal tipo 1, también conocida como enfermedad de Kugelberg-Welander. La condición resulta de una mutación del gen SMN1, encargado de fabricar una proteína clave para que sobrevivan las neuronas motoras, responsables del movimiento muscular. Dato importante: la expectativa de vida de las personas diagnosticadas con dicha condición es muy reducida; según datos de la Clínica Mayo, una de las más prestigiosas de Estados Unidos, la mayoría vive entre 7 y 10 años después del diagnóstico.

Pronto, Nicolás comenzó una larga temporada de exámenes, de procedimientos y de estadías prolongadas en unidades de cuidados intensivos. La vida ponía a Jessica y a Rosa ante la perspectiva de tener que aprender a vivir de otra manera por las necesidades del bebé, casi al tiempo que comenzaban un camino espiritual en una iglesia cristiana evangélica.

Aferradas a Dios “que es nuestro soporte” —como asegura Rosa—, no optaron por el camino que conduce al pantano de los lamentos y prefirieron el de la valiente aceptación amorosa de lo que “Él” les ponía por delante. Tras ser conscientes de lo que venía, conocieron la desolación —cómo no—, pero la trascendieron. Su nombre técnico es resiliencia; en su caso se llama amor.

Jessica y Rosa abrazaron el reto de acompañar a *su* Nicolás, un niño con una discapacidad que le iría limitando, progresiva y rápidamente, el movimiento de los músculos hasta su mínima expresión. Los músculos afectados en el caso

de Nicolás son los de la frente; los mismos que mueve de una manera particular cada vez que su madre pasa el dedo sobre las letras de un tablero. El joven complementa estos movimientos faciales con algunos sonidos que hace con la boca. Así, va conformando la palabra que quiere expresar. Lo entienden, sobre todo, quienes lo acompañan, quienes lo conocen bien. En este caso, está eso que ocurre antes del lenguaje, en un plano inenarrable —transpersonal, lo llaman algunos— y que pasa por los vínculos de las almas: aquí, con Nicolás y su familia, está clarísimo que funciona.

Es la esfera del amor. Ambas se refugian en ella. De ahí salen la fuerza, la ternura y el coraje que han necesitado en estos años. Estar un rato con ellas es una experiencia potente en el plano emocional y afectivo: irradian eso que algunos llaman buena vibra y otros, los más creyentes, el “anuncio del Reino”.

Gracias a muchos factores, pero ante todo, hay que repetirlo, a ese amor infinito, Nicolás hoy, a los 15 años, es un paciente estable. Y es, también, la persona de mayor edad en Colombia con Kugelberg-Welander. Además, es el único escolarizado.



Doce años después del diagnóstico, la vida les volvió a cambiar. Como para casi todos en el planeta, el inicio del confinamiento, en marzo del 2020, marcó un antes y un después para ellas. Nicolás acababa de estrenar las recién inauguradas instalaciones del colegio Nuevo Chile, que años atrás lo había acogido amorosamente. Estuvo primero en un aula para estudiantes con necesidades especiales, pero pronto quedó claro que su capacidad intelectual, que es sobresaliente, le permitía estar sin ningún problema junto a otros alumnos de su nivel. “Los profes se dieron cuenta de que estaba volando”, afirma Rosa.

Hay que decir que la del Nuevo Chile fue una época grata. La forma como se ilumina el rostro de la abuela Rosa al recordarlo da fe de ello. La discapacidad de Nicolás, antes que muro, fue puente: en ningún momento fue rechazado por ese motivo, sino todo lo contrario. Gracias a la acogida de la comunidad, se dio una experiencia pedagógica de doble vía, en la que Nicolás no solo aprendió lo que se le enseñó en los salones y fuera de ellos —que suele ser lo más relevante—, sino que todos y todas, alumnos y profes, tuvieron una experiencia práctica y poderosa de sensibilización frente a la inclusión. “Comprendieron que la inclusión va mucho más allá”, dice su madre.

Rosa, que siempre estaba con él durante la jornada escolar, se emociona al contar cómo eran las interacciones de su nieto con los amigos: se retaban en juegos de mesa, sobre todo, Uno; hablaban de programas de televisión que les



gustan, como *Lady Bug*; discutían sobre fútbol, la gran pasión de este fanático de Millos y de la Juventus de Turín; repasaban sus clases preferidas: Inglés y Biología; o simplemente estaban con él: más que suficiente. Rosa y una auxiliar de enfermería que también lo acompaña de forma permanente terminaron integrándose plenamente a la comunidad educativa. “Aquí volvimos a hacer la primaria”, recuerda y se ríe.

Pero terminó. Primero por la pandemia, que acabó con la presencialidad. Y después, por la posibilidad que tuvo su familia de tener casa propia, lo que motivó un trasteo y, con él, la búsqueda de un colegio cercano al nuevo hogar. El elegido fue el Colegio de la Bici, una iniciativa de la administración anterior con un innovador proyecto pedagógico, articulado totalmente en torno a la bicicleta. Dejar el Nuevo Chile, como va quedando claro, no fue fácil para Nicolás y su núcleo. Después de su casa, era el lugar donde más a gusto se sentía.

Y fue en el Nuevo Chile donde tuvo que iniciar, como millones de niños y niñas más en el mundo, la incierta aventura de una educación virtual, que para ese momento era un concepto todavía vacío. No obstante, gracias a que su madre y su abuela permanecieron a su lado, pudo sobrellevar los primeros meses de estudio con unas guías físicas que le enviaban los profesores. Fue una suerte que Jessica, profesional en trabajo social, no tuviera que salir de la casa. Su trabajo en un laboratorio farmacéutico, que consiste sobre todo en visitar clientes, lo pudo hacer de manera “no presencial” durante el 2020.

Así transcurrieron doce meses para Nicolás: lejos del entorno que lo había acogido con ese afecto medicinal. No había otra alternativa. Después vino la mudanza, a finales de ese mismo año. La idea entonces era que pronto comenzaría, si no la presencialidad plena, por lo menos la alternancia en el que sería su nuevo colegio. En ese momento llegó a sus manos la tableta que le entregó la administración distrital, como parte de Ruta 100K, un programa que repartió más de 100.000 tabletas y computadores portátiles entre estudiantes de colegios del distrito. Por sus necesidades, Nicolás debe utilizar un computador de escritorio especialmente adaptado, con un escáner que detecta el movimiento de su frente. De cualquier forma, el apoyo del dispositivo entregado por la Secretaría de Educación fue clave para facilitar no solo su proceso académico, sino la cotidianidad misma. Es manipulado por sus acompañantes, quienes realizan todo tipo de consultas al día, como parte de la vida académica de Nicolás. Lo usan, sobre todo, para ingresar a la plataforma Google Classroom, donde está disponible la información que necesitan de cada asignatura. A diferencia de otros casos cercanos a esta familia, el aparato se aprovecha al máximo gracias a que su apartamento cuenta con una red wifi.



El 2021 comenzó para Nicolás con el sueño de regresar a un salón de clases. Pero pronto las noticias de nuevos picos de la pandemia aterrizaron su propósito. Tenía que esperar más. Y aquí hay que recordar que su condición lo ubicaba entre la población más vulnerable, por lo que debía reforzar las precauciones y evitar riesgos de contagio innecesarios, más en tiempos previos a la llegada de las vacunas. Para entonces, la vida seguía atada a la “realidad epidemiológica”, una pomposa manera de decir que todos seguíamos dependiendo de los caprichos del covid. Así que el retorno a los salones siguió encontrando obstáculos, y en el caso de Nicolás uno adicional: el ascensor del Colegio de la Bici aún no tiene electricidad. Hacen falta unos trabajos para conectarla y que, así, el aparato pueda llevar a Nicolás y a sus acompañantes hasta el tercer piso, donde está ubicado su salón.

En el Colegio de la Bici, Nicolás, Rosa y Jessica conocieron a Liliana Mendoza, una docente de la Universidad Pedagógica experta en Educación Especial. Liliana es quien hoy acompaña el proceso educativo de Nicolás. Su principal tarea es la de elaborar un plan personalizado para las materias en las que su condición le impide estar a la par de sus compañeros: Artes, Danzas, Educación Física ... No es que Nicolás se margine de estas clases, pues Liliana, quien lleva a cabo una suerte de mediación entre el colegio y el estudiante, adapta el currículo a sus capacidades.

Ella también tiene a cargo, en diferentes instituciones educativas, otros estudiantes con condiciones como baja audición, baja visión o jóvenes bajo el espectro



autista. Le ha correspondido abrir una senda en el Colegio de la Bici, pues Nicolás será su primer alumno con necesidades especiales. Cuenta que para muchos fue una novedad saber que Nicolás tendría que asistir acompañado siempre de su abuela Rosa y de una auxiliar de enfermería, algo que ya fue interiorizado y asumido: “Hicimos el croquis de cada salón, sabemos dónde se ubicarán y ya ellos fueron incorporados a los planes de evacuación, todo está listo para que lleguen”.

No obstante el esmero de su profe, Nicolás todavía no siente, y con razón, un vínculo fuerte con su nuevo plantel. “Nadie me conoce”, dice. Jessica cuenta que este año, en el que ya la presencialidad es plena —se acabaron las clases virtuales—, él ha tenido que volver a las guías que le envían los profesores, como al principio de la pandemia. Nicolás las hace y les saca todo el provecho, pero muchas veces ha dicho que nada anhela más que poder ir al colegio, para así comenzar su proceso de integración.

Esperan regresar al colegio cuando terminen los trabajos para que el ascensor tenga electricidad. Ese obstáculo no pasa factura a su ánimo: siguen, pacientes, con su labor de acompañamiento, mientras esperan recibir pronto la buena noticia. Y aquí de nuevo perseveran amorosamente; es decir, son resilientes.







Federico Arango es politólogo, periodista y escritor. Actualmente trabaja como editor de opinión del periódico *El Tiempo*. Ha sido editor digital de *Publimetro*, periodista cultural de *Semana* y colaborador en revistas como *Bocas*, *DonJuan*, *SoHo* y *Avianca*. Coautor de los libros *Bestiario del balón*, *Bestiario de la televisión Colombia* y *Por eso estamos como estamos*. En la crónica que escribió para este libro relata cómo la familia de Nicolás, un niño con atrofia muscular espinal tipo 1, ha sacado la fuerza, la ternura y el coraje para acompañarlo. Hoy Nicolás, a sus 15 años, es la única persona escolarizada con esta condición en Colombia. Y la de mayor edad.

EL ALIMENTO QUE NO DEJÓ DE LLEGAR

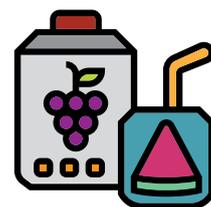
Un día sin refrigerio y comida caliente es llevadero. Pero una, dos o más semanas pueden desencadenar angustia y desesperación. No contar con esa ayuda era el gran temor que sentían las familias de estudiantes beneficiarios del Programa de Alimentación Escolar (PAE), ante el inminente cierre de los colegios. Allí comen diariamente cerca de 800.000 alumnos, la mayoría de muy bajos recursos. Para la Secretaría de Educación también era una preocupación por lo que, tan pronto se dio a conocer la noticia del confinamiento, inició un plan para garantizar el alimento de sus estudiantes. La logística para este caso tenía que ser impecable: se trataba de las raciones diarias de los niños.

Los primeros días se armaron paquetes con alimentos que se habían adquirido antes de la cuarentena para dárselos en la mano a madres y padres. En ese momento, marzo del 2020, se inició la recopilación de información para crear listados con todos los datos posibles de las familias y que nadie se quedara por fuera, mientras se trazaba una ruta para seguir cumpliendo con el PAE. Conclusión: lo más eficiente y práctico era entregar bonos canjeables por productos. Eso sí, productos sanos y nutritivos. Así que se hizo un convenio con 608 supermercados donde las familias de zonas urbanas podían cambiar mensualmente un bono de 50.000 pesos por alimentos, con el apoyo de personal de la Secretaría que los orientaba para equilibrar las compras (nada de licores o comida ‘chatarra’).

Mientras tanto, a las áreas rurales se les armaron canastas campesinas —con proteínas, hortalizas, legumbres, lácteos— que se entregaban una o dos veces al mes, dependiendo del lugar. No hay que olvidar que Bogotá tiene 28 colegios rurales en ocho localidades, muchos de ellos en veredas clavadas entre montañas, alejadísimas de los cascos urbanos. Para esto fue

necesario conseguir apoyo logístico, que se logró en convenio con la caja de compensación Compensar y con integrantes de la misma comunidad, quienes, además de ser beneficiados, se convirtieron en parte esencial del reparto y la supervisión. En total, la SED entregó 10 millones de bonos y 272.000 canastas campesinas.

Con el regreso a las aulas, en julio del 2021, se volvió a la ‘normalidad’. Esa normalidad que significaba para muchos no contar con esos 50.000 pesos, que, si bien estaban destinados para los refrigerios de los estudiantes, fueron fundamentales para que la familia entera no pasara hambre durante la cuarentena. Así lo narra, doña Bernardeth, protagonista de una de estas historias...



¡LLEGARON MIS ONGESITAS!

POR JOSÉ NAVIA

El Codito es como una gigantesca colmena de casas de ladrillo que se apretujan a lo largo de unas 20 cuadras, en los cerros del extremo nororiental de Bogotá. A sus pies se extiende la ciudad de los conjuntos residenciales. Cuadrículas interminables de torres de cemento ocupan la planicie hasta diluirse en el horizonte, más allá de donde la vista alcanza.

El CAI de El Codito está ubicado en la parte baja de la montaña, en las primeras curvas por las que ascienden a esta hora de la mañana los buses azules del Sistema Integrado de Transporte, carritos de aguacates y verduras, colectivos piratas, ciclistas, peatones y decenas de autos y motos.

Entre las personas que frecuentan este lugar se encuentra Bernardeth Chango, una tolimense menuda, de piel trigueña y ojos achinados. Vive en la parte más alta de estos cerros, junto a su esposo, tres hijos y una hermana de 14 años.

“Espéreme en la cafetería que está junto al CAI. Yo lo recojo, porque llegar acá es un poco difícil”, me había dicho la tarde anterior. Se refería al intrincado vericuetto de calles y callejones de los 17 sectores que conforman el barrio El Codito.

Bernardeth llegó pasadas las 8 de la mañana, acompañada por Adriana, una amiga. Dice que entre ellas se cuidan los niños y se respaldan en todo, incluso cuando a alguna se le acaba el arroz, la sal o la panela. Al salir de la cafetería, señala hacia la acera de enfrente. Camuflado entre las casas de dos y tres pisos se ve un sendero de gradas de cemento. Son más de 50 escalones, pintados y bordeados por materas de plantas ornamentales. Bernardeth explica que para llegar a su casa hay que subir más adelante otros tres tramos similares. A medida que se asciende, los escalones lucen más deteriorados.

En ese laberinto de callejones, junto a una vía sin pavimentar, se encuentra el Colegio Nuevo Horizonte. Es una inmensa construcción de ladrillo desnudo

y techo azul, protegido por rejas metálicas. Hay algarabía. Algunos niños de uniforme revolotean entre los juegos de plástico.

Bernardeth dice que allí estudian sus hijos. También dice que una profesora de este colegio, Constanza Valderrama, fue la primera en explicarle que la Secretaría de Educación de Bogotá entregaba unos bonos con los cuales ella podía reclamar alimentos para sus hijos. Al principio no creía, pero pocas semanas después, los bonos se convirtieron en parte fundamental de la menguada economía familiar.

—Vivo muy agradecida por los bonos, porque con mi esposo nos ayudamos y de pronto, con la pandemia, yo no tenía cómo trabajar y a él le tocaba pagar arriendo, servicios, comida y no alcanzaba. Ahora, con los bonos, tenemos asegurada la comida de los niños.

“¿Usted ha oído hablar del PAE?”

Las 63 gradas del último trecho son en tierra y piedra. Se sostienen con tablas, estacas de madera, llantas y uno que otro costal. Bernardeth Chango corona los últimos peldaños y desemboca en una calle pavimentada. La casa donde vive está ubicada a media cuadra. Después de luchar durante algunos minutos con la cerradura, empuja la puerta y aparecen unos escalones estrechos en cemento rústico, que conducen al segundo piso. El lugar debe de tener unos 40 metros cuadrados repartidos en una salita, dos habitaciones, un baño, un espacio para lavado de ropas y otro con una estufa de cuatro bocas sobre una desvencijada mesa de madera. Las paredes son en bloque de arcilla sin revocar. No hay puertas. Solo cortinas de plástico. Tampoco hay pisos de cerámica ni cielos rasos. La luz del sol se cuele por algunas rendijas.

La vivienda no tiene wifi. La hermana menor de Bernardeth, Hasbleidy, quien vive en el primer piso, permite que los niños se conecten para hacer las tareas. Tampoco hay televisor. Había, pero la pantalla se quedó un día en negro y solo se escucha el audio. Con el tiempo, Fabián y Bernardeth se dieron cuenta de que sus hijos, sin otra distracción, se concentraban en los libros al salir del colegio, de modo que no han hecho el esfuerzo por reemplazar el aparato.

Desde que llegamos no ha cesado el ladrido de perros callejeros y el canto de gallos. “Son gallos de pelea que cría un vecino”, explica Bernardeth.

Cuenta que poco tiempo después de comenzar la cuarentena, cuando ya la invadía la angustia por no poder trabajar, recibió una llamada de la profesora Valderrama.

—¿Cuántos hermanitos tiene Nicoll? —le preguntó.

Bernardeth le contó que tenía un hermano, Kevin, de 10 años, que también era estudiante del Nuevo Horizonte, e Isabela, de 2 años.

—¿Usted ha oído hablar del Programa de Alimentación Escolar, PAE? —preguntó de nuevo la maestra.

Bernardeth no tenía ni idea del tal PAE. Desde su llegada a Bogotá, con apenas 18 años, solo le había quedado tiempo para sobrevivir en diferentes trabajos. Una amiga le dio posada los primeros días. Luego estuvo interna en una casa de

familia en Hayuelos y, más tarde, consiguió empleo en una cafetería del barrio Galán. Por esa época nació Kevin. “El papá no respondió”, dice. Luego conoció a su actual pareja, Fabián Puerta, un joven de Tamalameque. Con él tuvo a Nicoll y a Isabela, pero, a pesar de que sus hijos siempre han estudiado en colegios del distrito, ella nunca había oído hablar de las ayudas que daba el Administración para fortalecer la alimentación de los niños.

Bernardeth recuerda que la profesora, palabras más, palabras menos, le explicó que, debido al cierre de los colegios por la pandemia del covid-19, la Secretaría de Educación de Bogotá había diseñado un sistema de bonos para mejorar la alimentación de los estudiantes de colegios urbanos mientras estudiaban en la casa.

Bernardeth la escuchó con algo de escepticismo. Argumentó que no estaba familiarizada con el internet y con la forma en que se realizaba el proceso. La profesora prometió ayudarla a inscribirse en la página web. Efectivamente, poco después la llamó de nuevo y le pidió unos datos para llenar los formularios digitales.

“Mamá, ¿no lo puedo creer!”

Constanza Valderrama le contó que cuando le aprobaran los bonos alimentarios le llegaría un mensaje de texto con los datos del supermercado y del día en que podía ir a canjearlos por alimentos. Luego, Bernardeth y su familia regresaron a la rutina de hacer rendir hasta el máximo cada peso que se ganaba su esposo en su trabajo como auxiliar de barrido, en una empresa de aseo de Bogotá. “Le toca barrer calles y sacar las bolsas de las canecas de los parques”, explica.

Una mañana de abril, mientras ella se ocupaba de los oficios de la casa, sonó el timbre de su teléfono celular. Kevin corrió a contestar y encontró un mensaje de texto.

—Mamá, ¿no lo puedo creer —exclamó—, es mi bono para las onces! ¡Es por 50.000 pesos!

El mensaje traía el nombre del niño, su número de identificación y el lugar donde podía canjear el bono: la Olímpica de la calle 170.

Casi enseguida sonó de nuevo el aparato y entró otro mensaje de texto. Anunciaba el bono de Nicoll. Otros 50.000 pesos.

—¡Llegaron mis oncesitas! —gritó la niña.

Su mamá recuerda que esa fue la mejor noticia en mucho tiempo. Rieron e hicieron cuentas de lo que iban a traer del supermercado: dos pollos, dos cubetas de huevos, pan, una paca de leche, queso, panela, chocolate, ocho tarritos de yogur.

Los hijos de Bernardeth llegaron del colegio hace pocos minutos. Saludaron en voz baja para no interrumpir la charla y se metieron a uno de los cuartos a ojear libros ilustrados y a colorear otros.

Bernardeth se levanta del butaco, les echa una mirada a los niños y regresa a su lugar junto a la ventana. Dice que cuando la notificaron de los bonos esperó ansiosa durante dos días, hasta que le correspondió su día de pico y cédula. Se

levantó muy temprano y salió a buscar la ruta 330 de los buses azules. En el supermercado comparó precios en las góndolas y se ajustó a la lista que llevaba en su cabeza. Nada de galguerías. Al final, recorrió el pasillo de las frutas.

—Siempre les compro guayaba y naranja —dice—. Por la vitamina C. Les sirve para la memoria y para que sean inteligentes. Cuando los niños se sienten con desánimo o tienen malestar de gripa, les hago juguito de naranja.

El alza en los precios de la canasta familiar también ha afectado la economía de la familia Puerta Chango.

—Si no fuera por la ayuda que me dan con los bonos de alimentos, la situación sería más difícil —dice—. Durante la pandemia murieron mis padres y apenas hace una semana conseguí trabajo de medio tiempo. Trabajo en un conjunto de tres torres; me pagan 30.000 pesos diarios por barrer y trapear las áreas comunes, limpiar un parquecito y lavar las canecas de la basura.

A pesar del desfase generado por la inflación, Bernardeth sigue obrando milagros para hacer rendir los pocos pesos. El mayor prodigio lo realiza con el pollo.

—Con la plata del bono reclamo un pollo que cuesta unos 35.000 pesos. Y, sin decirle mentiras, saco como treinta pedacitos, vea: la pechuga me rinde para tres días, la revuelvo con pastas, con arroz. Del pernil, como es grande, saco tres presas. De cada ala salen dos presas; del cuello me alcanzan a salir dos presitas. Del muslo salen cuatro presitas. El costillaje lo utilizo para caldos y sopas, y el resto para sudados y así me alcanza para cada niño. Alcanza para el almuerzo, porque para el desayuno les compro hueso carnudo y cabezas de bagre, fresquito, es muy rico y vale 3.500 pesos la libra aquí en el barrio.

Una vez descuartizado, Bernardeth les echa abundante sal a las presas de pollo y las embadurna con una mezcla de ajo y cebolla. Luego las coloca en un tazón de plástico y las mete en el escaparate de madera. “Así me duran unos ocho días. No se dañan”. Lo dice con una sonrisa. Y con la fe de haberlo visto hacer cientos de veces a su mamá allá en el rancho de la vereda Chenche Zaragoza, en Coyaima, donde tampoco tenían nevera.

Es casi la una de la tarde. A esta hora llegan los vendedores de comida callejera: “¡Calieeeeeente, la mazamorra!”, grita el primero. “¡Arrooooozzz con leche, calientico!”, se escucha minutos después.

Los niños salen del cuarto entre risas y juegos. Traen libros en la mano y rodean a Bernardeth. Isabela quiere que les lea un cuento...









José Navia Lame es especialista en periodismo urbano de la Pontificia Bolivariana. Tiene 35 años de experiencia —varios de ellos en *El Tiempo*— en la elaboración de crónicas y reportajes, especialmente en zonas de conflicto, y 15 años como docente de diferentes universidades. Es el periodista colombiano que más ha trabajado el tema del conflicto en las zonas indígenas del norte de Cauca. En el 2015, la Universidad del Cauca reunió algunas de sus crónicas en el libro *La fuerza del ombligo*, sobre el conflicto en territorio nasa. En la historia que escribió para este libro, sobre Bernardeth, nos recuerda el gran valor que tiene recibir una ‘mano’ cuando por años se ha tratado de sobrevivir.



EL PÁRAMO DEL DESAFÍO

POR JULIÁN RÍOS MONROY

103

Cincuenta y ocho metros atrás de la talanquera, un letrero desvencijado anuncia la llegada al primer puesto de control militar del páramo. Siete uniformados —que parecen estar por debajo de los 20 años— tiritan de frío debajo de una carpa blanca. Uno de ellos sale y le pide a Edar, el conductor, su cédula y la tarjeta de propiedad de la camioneta. Se lleva los documentos y anota algo en una libreta puesta sobre una mesita de madera que podría ser la única en kilómetros a la redonda: son las 5:58 de la mañana y durante la última media hora lo único que hemos visto son montañas cubiertas de frailejones, paja y carrizo, y algunas lagunas que completan el cuadro sobrecogedor que es el Sumapaz.

El joven agente vuelve con los papeles, se los entrega a Edar y, haciendo palanca con las manos enguantadas, sube la barra que impide el paso, cual peaje improvisado. Le preguntamos cuánto tiempo falta para llegar al corregimiento de San Juan, pero dice que no lo sabe: acaba de instalarse en ese puesto ‘enterrado’ a 4.000 metros sobre el nivel del mar, donde la niebla y el helaje son la única compañía segura.

Los rayos de sol terminan de asomarse y avanzamos por una carretera desatada, pero sin un solo hueco. Mientras tanto, a unas cuantas montañas enfrailejonadas de allí, Adriana Tautiva Beltrán termina de ordeñar sus vacas y ayuda a alistar a su hija, Karoll, que cursa octavo grado, y se prepara para salir a trabajar.

Adriana mide 1,65 metros, tiene las cejas perfiladas, tan negras como su cabello, y la piel del color del trigo. Tiene 35 años y durante los últimos 11 ha sido monitora del Programa de Alimentación Escolar (PAE), una estrategia para que los estudiantes accedan y permanezcan en el sistema educativo oficial a través de

la entrega de desayunos, refrigerios y almuerzos en sus colegios. Eso, hasta antes del inicio de la pandemia, porque cuando el covid-19 confinó al mundo entero y mandó la educación a casa, hasta allá tuvo que llegar también la comida del PAE.



Al llegar a San Juan —una hora y media después de pasar por el retén militar, casi cuatro después de empezar a atravesar Bogotá—, Adriana nos recibe en la puerta de la escuela homónima al corregimiento, que hace parte del colegio Gimnasio del Campo Juan de la Cruz Varela.

San Juan es uno de los dos principales centros poblados de Sumapaz, la localidad más grande de Bogotá, pero podría ser más chico que el barrio más pequeño de la ciudad. Son treinta casas de material con tejados de zinc —tres de dos plantas, el resto de una sola— pintadas de colores vistosos. Hay una única calle, de adoquines, que puede recorrerse en cuatro minutos sin apurar el paso y que termina en una unidad de salud que atiende casos de baja complejidad y está junto al polideportivo. No hay estación de Policía y los pobladores dicen que no se necesita.

La escuela de San Juan ocupa un cuarto de la extensión total de este ‘pueblito’, que por más alejado y rural, sigue haciendo parte de Bogotá. Adriana abre una reja, baja 25 escaleras y gira a mano derecha hasta llegar al comedor del centro educativo, que viene siendo su oficina. Es una construcción de paredes blancas y tejado en capilla, con 9 mesas y 18 sillas que ahora, a las 7:35 a. m., están desocupadas.

Encima de su chaqueta roja abullonada, Adriana se pone una bata blanca con sesgos anaranjados que tiene estampado en el pecho los escudos de la Alcaldía de Bogotá, la Secretaría de Educación y Compensar (la caja de compensación que tiene la contratación del PAE en Sumapaz). Adriana se ubica en un escritorio y empieza a revisar unas carpetas de planillas y formatos que sirven para llevar el control de las raciones de comida que reciben los estudiantes, el inventario del mercado, los implementos de cocina, las condiciones de infraestructura y cuanta novedad haya en los comedores.

Su rutina volvió a la normalidad en agosto del 2021, con el retorno de las clases presenciales, tras 17 meses de pandemia que le pusieron desafíos imprevisibles no solo al modelo educativo, sino también a la de entrega de alimentos a los estudiantes.



“Yo pasé de trabajar cinco o seis días a la semana a hacerlo uno solo”, cuenta Adriana, que tiene una voz aguda y un acento citadino, pese a haber nacido y vivido toda su vida en los campos del Sumapaz.

Antes de la pandemia, visitaba cada día una escuela o colegio diferente en alguna de las 29 veredas del Sumapaz, pero en los tiempos de restricciones los viajes se suspendieron y los camiones con alimentos podían entrar apenas dos veces al mes.



Fotos: Mauricio Moreno



Mientras que en las zonas urbanas se asignaron bonos alimentarios para redimir en supermercados —casi 10 millones fueron entregados entre 2020 y 2021—, en esta tierra separada por 100 kilómetros de la ‘Bogotá urbana’, como la llaman los locales, la estrategia del distrito fue brindar canastas alimentarias para preparar la comida en las casas de los estudiantes. En los 17 meses de virtualidad, 274.000 raciones de comida fueron entregadas en las zonas rurales de Bogotá para garantizar que el hambre no carcomiera a las familias, muchas de las cuales se quedaron sin sustento en medio del aislamiento.

“No es desconocido para nadie que en la ruralidad hay carencias económicas”, cuenta la profesora Leidy Garzón Pedraza, una sumapaceña de ojos zarcos que le hacen juego con su chaqueta y quien trabaja hace seis años en la escuela donde Adriana hace monitoreo esta mañana de viernes. “Acá, por las condiciones climáticas, muchas veces las familias no encuentran trabajo para poder sustentar sus gastos. Incluso es difícil aprovisionarse por las distancias, aún más en esa época. Por eso, esas ayudas alimentarias fueron un apoyo muy bien recibido por la gente de acá”.

Si el reto logístico para llevar la comida hasta el páramo era mayúsculo, el periplo de varias familias para recibir las raciones no era inferior.

En plena época de cuarentenas, cada 15 días salían desde la zona industrial de Bogotá, a las 5 de la mañana, tres camiones cargados de alimentos hacia el Sumapaz. Atravesaban la ciudad de occidente a suroriente, por la salida de Usme, y hacia el mediodía empezaban a llegar a los centros educativos rurales, en donde los papás los esperaban para recibir la comida. Varios llegaban a pie o a caballo, desde fincas distantes de las escuelas.

“Hay una familia que estaba recién llegada cuando comenzó la pandemia”, dice Adriana, mientras se escuchan los primeros niños de la escuela entrando al comedor a recibir el desayuno. “Eran muy muy pobres y cuando se empezaron a entregar los paquetes alimentarios, el papá me llamó a decirme que si podía ir a reclamar las ayudas, aunque vivían muy lejos de donde se hacía la inscripción. Traté de explicarle que podía gestionar que la canasta le llegara a una vereda cercana, pero me dijo que necesitaba urgentemente la comida. Caminó dos horas de ida con su hijito. Y se devolvieron otras dos horas a pie cargando el mercado”.

El menú del día está anotado en un tablero que parece sacado de un salón de clases: fécula de vainilla, caldo con huevo, pan de mantequilla y ciruela. Otra funcionaria del PAE, encargada de la cocina, sirve cada plato y lo pesa en una báscula: hay un gramaje exacto según la edad y el grado de cada estudiante.

Un par de ellos va vestido con pantalón gris de lino, zapatos de cuero y saco azul con líneas blancas y rojas en el cuello y los puños: el uniforme del colegio. Los demás lucen botas pantaneras, bluyines o pantalones de sudadera, sacos con personajes animados estampados y, uno de ellos, una ruana café de lana de oveja.

Adriana fue también estudiante del colegio, por allá en la década de los 90, y cuando le pregunto qué tanto han cambiado las cosas en la región de ahora a ese tiempo, hace un gesto que parece indicar un abismo.

“En esa época tocaba llegar a estudiar a pie o en bestia —cuenta Adriana—. No existía el internet. De hecho, acá en San Juan, hasta hace siete años, ni siquiera cogía la señal del celular, pero ahora hay puntos de red y la Secretaría de Educación les dio computadores a los chicos el año pasado. En ese entonces, no se pensaba en un programa de alimentación escolar; los papás hacían colectas y les pagaban a dos señoras que cocinaban, pero eran alimentos básicos, como para no tener la barriga vacía todo el día, no un menú que complementara la parte nutricional”. Hoy, le sorprende que las comidas hayan llegado hasta ese lugar tan apartado de la Bogotá urbana.

Su sorpresa no es gratuita. Tres días después de nuestra conversación, la Contraloría General de la República alertó que en 11 regiones, incluidas capitales como Neiva, Cúcuta, Santa Marta y Sincelejo, no se habían podido entregar las ayudas del PAE de 2022, porque las entidades territoriales no habían iniciado el programa. ¿La consecuencia? Un millón de niños sin recibir alimentos durante la jornada escolar. Y si esto ocurre en tiempos de presencialidad, durante el confinamiento las denuncias no fueron de menor calado.

...

Karoll, la hija de Adriana, tiene 13 años y un rostro que es una versión joven del de su mamá. Estudia en el colegio Tunal Alto, a una hora de la escuela de San Juan. Hablamos unos minutos antes de que la recogiera la ruta escolar.

Durante el año y medio que ella y sus compañeros tuvieron sus clases desde casa, la llegada de los camiones con las canastas alimentarias era también el momento de recoger las guías de trabajo de sus materias. Por las distancias que varios debían recorrer para recibir los alimentos, lo más conveniente era hacer un solo viaje y llevar, de paso, ese material de estudio.

“Los profesores coordinaban con los celadores para hacer llegar las impresiones —recuerda Karoll—. Ese día los llamábamos para que nos dieran indicaciones de lo que debíamos hacer”.

Esa llamada, que en la ciudad puede hacerse desde cualquier lugar, suponía todo un periplo para las familias que viven en las veredas más alejadas, en las que, así como no llegan la energía ni el agua potable, tampoco lo hace la señal de celular.

Una profesora de la zona le puso un calificativo a esos primeros meses en los que no sabían cómo remediar la falta de conectividad: traumáticos. Con algunos estudiantes acordaron que salieran a un punto con señal un día de la semana, a una hora determinada, para llamarlos y acompañar su proceso.

Karoll parece consciente de todo, lo bueno y lo malo. Pero cuando le pregunto cómo es vivir en Sumapaz, solo me dice que le gusta la tranquilidad con la que pasan los días, la cercanía entre vecinos y la convivencia con el páramo.

El lazo de los pobladores de esta región con ese gigante se refleja hasta en las paredes de las casas: en San Juan, algunas tienen pintadas las montañas llenas de frailejones, los osos de anteojos y las aves que sobrevuelan el páramo. Al salir del pueblo, en un mural, se lee un mensaje que ha sido consigna de estas comunidades campesinas: “Somos hijos de la lucha agraria. Defendemos nuestro territorio con orgullo”.

Edar, el conductor, disminuye la velocidad en algunos tramos del camino de regreso a la ciudad para admirar ese tesoro natural que es el Sumapaz. Nos aventuramos a decir que tal vez, en algún momento, toda Bogotá fue así, y agradecemos que la mano del hombre haya detenido su avance para permitir que se conserve, a pesar de los desafíos y el aislamiento que eso supone.

Atrás va quedando ese páramo inmenso y las comunidades que lo habitan. Esas que, pese a una pandemia global y 100 kilómetros de lejanía, no quedaron desprotegidas.





Julián Ríos Monroy es periodista y fotógrafo documental con estudios en Ciencia Política. Escribe sobre justicia transicional, paz, conflicto y derechos humanos en la redacción judicial de *El Tiempo*. Su trabajo ha sido galardonado con los premios Simón Bolívar y Rey de España. Es coautor del libro *Memorias de familia en tiempos de guerra* y profesor de cátedra del programa de Periodismo de la Universidad del Rosario. Para esta crónica, Julián recorrió unos 100 kilómetros hasta llegar a Sumapaz, la localidad rural de Bogotá, en donde constató el mayúsculo reto logístico que supone llevar el auxilio de alimentación a las viviendas de estudiantes que viven en esta zona de páramo.

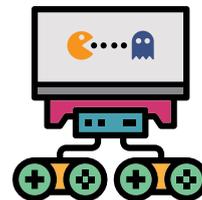
GRACIAS, PROFES

Disfraces, campamentos, meditaciones, videojuegos, huertas... La creatividad de los maestros para seguir enseñando en medio del confinamiento se potenció. La pasión y entrega por la educación de sus estudiantes, apartándose incluso de sus propias angustias, son comparables con los sacrificios que hacen los superhéroes por el bien de la humanidad. Así que su definición no está lejos de describir a los educadores: “Persona que se distingue por haber realizado una hazaña extraordinaria, especialmente si requiere mucho valor”.

Fueron, sin duda, hazañas extraordinarias las que hicieron los 34.021 docentes de los colegios distritales durante la cuarentena, cuando las aulas se convirtieron en tabletas, celulares y computadores, a través de los cuales intentaban llegar a la cabeza, el corazón, el alma de sus alumnos. Y claro que tuvieron mucho valor, porque mientras buscaban por todos los medios mantener la atención de los pupilos, que en la etapa escolar no se caracterizan precisamente por ser los más sosegados, en sus hogares también vivían la realidad de la llegada del virus.

Pero no se amilnaron y, con su labor, fueron más allá de cumplir con un calendario escolar o un plan de estudios. Ofrecieron voz en la soledad; aliento en la desesperanza; impulso en la derrota, y no solo de sus estudiantes: cientos de familias están en deuda por esa mano que recibieron, cuando no sabían siquiera cómo acercarse a sus propios hijos. Más allá del terreno académico, los profes llevaron momentos de alegría e integración a esos hogares que jamás se habían reunido a jugar, cocinar, sembrar o leer en familia.

A lo largo de este libro ha sido posible conocer las hazañas de estos hombres y mujeres que no se detuvieron. Seguramente al final de este capítulo, en el que cuatro de ellos nos ayudan a descubrir cuál es esa ‘sustancia’ que los mueve a enseñar, se les diga al unísono: “Muchas gracias, profes”.



EL VIDEOJUEGO QUE TRANSFORMÓ LA EDUCACIÓN

POR CRISTINA CALLE ORTIZ

113

El juego matemático comienza así: sumergidos en un lago, estudiantes del Colegio Kennedy, del Distrito de Bogotá, buscan reservas de oro, plata y bronce entre cuevas profundas, en un ambiente que recrea el Fuerte de Chittorgarh, uno de los más importantes de India. Cuando las encuentran, los jóvenes hacen el inventario: suman y multiplican y fraccionan los tesoros hallados. El objetivo es utilizar las propiedades de los números enteros y las operaciones que han aprendido para proponer estrategias de cálculo en la solución de problemas matemáticos.

Es una de las misiones del videojuego que Jairo Orejuela, docente del distrito, inventó cinco meses después de iniciada la pandemia, para enseñar matemáticas de manera divertida a sus alumnos de sexto grado. Una idea —virtual y en tres dimensiones— que ayudó a los niños a sobrellevar el confinamiento y al profesor, a sortear las dificultades de la educación a larga distancia. Pero también se convirtió en una empresa de investigación y desarrollo que pretende revolucionar los métodos educativos en Colombia y en el mundo.

“Bienvenidos al Colegio Kennedy, sede A”, anuncia el capítulo 1 del juego, que se estrenó el 24 de agosto de 2020 y en el que los estudiantes, desde sus avatares, interactuaron y recorrieron por primera vez los pasillos del colegio que no pisaban desde que empezó el confinamiento. Cada uno, a su ritmo, pasó por las aulas, por la biblioteca, por la sala de profesores, por la coordinación académica, por la rectoría... y, a sus anchas, exploró las instalaciones que, para ese entonces, no sabía cuándo visitaría de nuevo.

Así vio la luz *Cimat Adventures*, que, más que un videojuego, es una nueva dinámica escolar que conectó a los estudiantes con la clase y el colegio, liberó a los acudientes de acompañar permanentemente a sus niños en los deberes y permitió al profesor Orejuela dictar con éxito su clase de Matemáticas.

La idea surgió porque Orejuela no se sintió conforme con las guías académicas que resolvieron la continuidad escolar al principio de la pandemia. Funcionaban así: los docentes desarrollaban documentos en PDF con la explicación de una temática y ejercicios. Cada documento lo enviaban mediante correo electrónico o WhatsApp a los estudiantes y ellos lo resolvían en sus cuadernos —en solitaria autonomía—, tomaban foto a la tarea y la enviaban de vuelta al profe.

“Fue un proceso muy complejo para todos —recuerda Jairo—. Yo tengo alrededor de 200 niños e imagínate tener que abrir 200 correos, bajar las fotos, muchas veces mal tomadas, y revisarlas. La percepción evaluativa tenía demasiadas dificultades. Incluso pensaba que si esto estaba siendo difícil para mí, que evaluó números, cómo sería la carga para un profe de español”.

Sin embargo, la necesidad no se limitaba a mejorar la forma de evaluar. Orejuela tenía la certeza de que los alumnos no estaban entendiendo ni tampoco disfrutando el proceso de aprendizaje: las matemáticas, complejas en sí mismas, no se podían dejar en manos de un documento ‘ladrillo’ —como el profe mismo lo califica— y la voluntad de chicos y chicas de 11 años. Entonces tomó la decisión de ir más allá. Quería proponer nuevas herramientas y asegurarse de cubrir las necesidades de los estudiantes, sin olvidarse de sus posibilidades reales para acceder a internet, a computadores y a celulares. Según el informe *Efecto de la pandemia sobre el sistema educativo: el caso de Colombia*, publicado en noviembre del 2021 por el Banco de la República, el porcentaje de hogares con conectividad en el país, antes de la pandemia, era del 51,9 %.

Orejuela, desde su casa, planteó en simultánea una emisora para el colegio, un cine foro y el videojuego que cautivó a sus alumnos. Después del primer recorrido virtual por la institución, y ya con los ánimos arriba, el capítulo 2 de *Cimat Adventures* introdujo una actividad numérica. El objetivo era completar una tabla de datos sobre gallinas en una granja, mediante pistas que avatares escondidos en los alrededores del colegio les daban a los ‘jugadores’: principios de conteo, análisis y operaciones básicas.

Con 13 años de experiencia en docencia, el reto del profe Jairo no fue plantear los juegos, sino producirlos. “Hacer un videojuego es para profesionales en esa materia —confiesa—. Intenté con una primera plataforma y me quedó muy mal. Pero, por cuestiones de la vida, empecé a dictar un curso en una empresa que tiene una plataforma mundial gratuita que se llama Roblox, en la cual los

Fotos: Mauricio Moreno



115



niños crean sus propios videojuegos”. Aunque con posibilidades de mejora en la parte técnica y gráfica, la herramienta cumplió su propósito.

Cimat Adventures se aleja de las características comunes de la mayoría de los videojuegos tradicionales: no se ganan ni se pierden vidas, no hay un enemigo ni elementos bélicos y el tiempo no define el desempeño. Es un ambiente simulado para el aprendizaje, en el que, a partir de vivencias y emociones, se solucionan problemas y se reafirma la convivencia escolar.

Lastimosamente, el juego no llegó a todos los estudiantes de sexto grado por las limitaciones de acceso a internet de algunos de ellos, que vienen de familias muy pobres. Por eso, además de las guías en PDF, el profe intentó sostener otras maneras de abarcar más estudiantes con su entusiasmo: más guías —y más interesantes— que fomentaran la lectura, la escritura y la cultura; más videollamadas y reuniones virtuales cuando ellos podían; más actividades desde la emisora; más cercanía con sus alumnos.

Pero a quienes sí les llegó el juego, los sacó de la cotidianidad de la cuarentena y puso a volar su imaginación. Tanto, que la pregunta “profe, ¿cuándo hay otro juego?” se volvió recurrente.

“Me parece muy divertido porque no solo es copiar y copiar en el cuaderno, sino que en el juego interactuamos, podemos jugar al tiempo con otros compañeros del salón, creamos nuestro avatar y lo que aprendemos lo recordamos mucho más”, contó Carol, estudiante y ‘jugadora’ de 11 años, en un reconocimiento que la Secretaría de Educación de Bogotá hizo a la labor del docente Orejuela, dueño de un espíritu creativo fantástico.

Para el capítulo de *Números primos*, el ambiente escolar se trasladó a una isla con pupitres, donde los chicos sentaban a sus avatares a escuchar la instrucción. Como en la vida real, se paraban del puesto, hablaban por el chat entre ellos y se dispersaban. Para el profe no había duda: eran sus estudiantes.

En la isla tenían que pasar diferentes misiones para las que debían nadar, montar en bote y cruzar puentes de piedras con números en el piso. Pero ¡cuidado!, quien pisara un número primo se hundiría en el mar y tendría que volver a comenzar el reto, hasta interiorizar la teoría.

Cada uno de los siete ambientes de aprendizaje que ha desarrollado Orejuela es mejor que el anterior. Y, entre capítulo y capítulo, se involucran cada vez más reflexiones medioambientales y de seguridad vial, que también interesan al docente.

Conexión Bogotá–NYC

Pasados los meses, Orejuela fue alcanzando más habilidades en programación y empezó a proyectar el juego no solo como un ejercicio de clase, sino como una herramienta para potenciar los modelos educativos actuales. Fue entonces cuando Julio Garay, docente de Química de la Universidad de Nueva York, se puso en contacto con el profe del Colegio Kennedy. Se había enterado de *Cimat Adventures* gracias a publicaciones periodísticas en las que fue mencionado. Así descubrieron que ambos comparten la idea de que el juego virtual puede revolucionar la manera de enseñar, si se viste de experiencias emocionantes e interactivas para los niños.

Desde entonces, trabajan en un proyecto que denominaron *JGO Scientific Learning* y que busca mejorar los métodos educativos a través de los videojuegos. Ya empezaron a probar los juegos de Orejuela con chicos de otras instituciones educativas urbanas y rurales de Cundinamarca. Y algunos inversionistas extranjeros les están echando el ojo.

Mientras tanto, de vuelta a la presencialidad, el Colegio Kennedy planea incluir los videojuegos en los currículos de clase. El área de Sociales es la próxima que dará el paso: enseñará la historia de las civilizaciones en ambientes virtuales. La idea es aprovechar la innovación que trajo el profe Orejuela para reducir las brechas educativas que dejó la virtualidad, resueltas, paradójicamente, con otro tipo de virtualidad: una virtualidad bien aplicada e integrada a la presencialidad.







Cristina Calle Ortiz fue directora del programa de televisión de carácter institucional *Vida cooperativa*, emitido por Teleantioquia, y también trabajó como periodista en *El Colombiano*. Se graduó de la Universidad Pontificia Bolivariana, en Medellín, y es magíster en Marketing Digital de ESIC Business School, en Barcelona. Actualmente es directora de su propia empresa de comunicación y *marketing*: Distrito CE. En la crónica que escribió para este libro hace un homenaje al profesor Jairo Orejuela que, a punta de empuje, emprendimiento e innovación, creó un exitoso videojuego para enseñar matemáticas a los alumnos de sexto grado durante la pandemia.



LAS LECCIONES DE LA MUJER MARAVILLA

POR MICHAEL CRUZ

121

Sentada en la sala de su apartamento, en el barrio Normandía, la profesora Diana Andrea González Ramos sostiene el celular. Busca los videos que les envió por WhatsApp a decenas de estudiantes de primaria del colegio Nueva Esperanza IED, de la localidad de Usme (suroriente de Bogotá), durante la pandemia por el covid-19. Por fin los encuentra: está vestida como la Mujer Maravilla, una heroína que en tiempos de confinamiento les asignaba misiones a sus estudiantes. Eran misiones en inglés, para dinamizar las clases y el aprendizaje.

En el primer video, que está subtulado en español, aparece ella, la Mujer Maravilla, saludando a sus estudiantes. Esa vez reveló su identidad. ¿Por qué? Porque la misión, que los alumnos tenían que cumplir en unas semanas, era deletrear su nombre. Y Diana Andrea les demostró cómo hacerlo poniéndose de ejemplo.

—Diana: Di - Ai - Ei - En - Ei

—Andrea: Ei - En - Di - Ar - I - Ei

Pasa al siguiente video: también disfrazada de la Mujer Maravilla, invita a los estudiantes a pintar un arcoíris. Aún guarda uno de los videos que más la enternecieron. Se lo envió Abril, una niña que en el 2020 tenía 7 años.

—Qué tierna —decimos al unísono apenas arranca.

Las superheroínas de Abril son las enfermeras. Por eso, usó una bata blanca para responder la misión. Aparece sentada. “*Hello, teacher*”, saluda. Mira al familiar que la graba como esperando alguna indicación. Sostiene una cartulina sobre la que pintó el arcoíris. Lo repasa en inglés, color por color.

El video no supera el minuto y medio. Durante ese tiempo, Diana, de 41 años y docente de Inglés del colegio Nueva Esperanza IED desde hace 12 años, sonríe orgullosa.

Los superpoderes

En el 2019, Diana y diez profesoras de primaria más idearon un proyecto para incentivar a sus alumnos a desarrollar las habilidades para las que tenían más afinidad. “La idea era que cada niño o niña demostrara cuál era su superpoder”, cuenta esta bogotana de 1,50 de estatura, pelo liso, piel blanca y unos ojos negros que le brillan cada vez que habla de sus estudiantes. “Buscábamos empoderarlos y decirles que, aunque todos tenemos defectos, tenemos aún más cualidades. Si uno no es bueno en una materia, puede ser muy bueno en otra”.

El 31 de octubre de ese 2019, todos, alumnos y profesoras, llevaron antifaces y disfraces al colegio. “Yo me puse el traje de la Mujer Maravilla —recuerda—. A los niños y niñas les tomamos fotos que íbamos a usar para hacer unos afiches que se pudieran colgar en las paredes, así recordarían cuál era su superpoder”.

Pero a comienzos del 2020, llegaron noticias sobre un extraño virus respiratorio que había aparecido al otro lado del planeta —al otro lado, bien lejos—. Y al poco tiempo se habló de covid-19 y de pandemia y de cuarentena. Los afiches nunca se materializaron.

“En el colegio nos dijeron que prepararíamos unas guías para los estudiantes, por si teníamos que encerrarnos —cuenta la profe Diana—. Y, bueno, alistamos las guías para dos semanas. Recuerdo que los niños fueron a recogerlas y eso salían con paquetotes de papeles de todas las materias”, remata, y con las manos representa el tamaño de dichos paquetes: casi media resma.

Los niños y las niñas se llevaban las guías a sus casas. Las llenaban, les tomaban una foto y las devolvían a los profesores por correo electrónico. Ya se había restringido la asistencia presencial a los colegios. Era una experiencia chocante para Diana. Pensaba que sus estudiantes entre 6 y 10 años terminarían abrumados de leer y llenar tantos papeles. Esa metodología era muy diferente a la que utilizaba la docente en sus clases, que trabaja con cursos de 30 personas, en promedio.

“A ellos les encanta colorear, pintar, hacer trabajos manuales —comenta—. Por eso, les hago actividades y juegos, muchos juegos, para que utilicen el inglés, porque si no, no le van a ver ninguna utilidad. Si yo, que era la profesora, me estaba aburriendo de las guías, ni me imagino ellos”.

Diana no puede con la monotonía. Las rutinas la aburren. Y si se aburre... “no funciona”. Le gusta innovar. Le gusta ver que sus estudiantes interactúan entre ellos. Le gusta que sus clases sean divertidas. Le gusta divertirse.

Pero ese no era el caso durante los primeros días de la pandemia. “Tuvimos una reunión y nos dijeron que seguiríamos virtual. —Diana se lleva las manos a la cabeza y revive la angustia de ese momento—. Estaba muy frustrada, le dije a mi esposo que tenía que hacer algo, no podía continuar así”.

Diana comenzó a echarle cabeza a la situación. Sus dos hijas (Nathalia, entonces de 20 años, e Isabela, de 6) también estaban recibiendo clases virtuales. Las veía desanimadas, cargadas de tareas. La mayor estudiaba para ser delineante de arquitectura; la menor estaba en transición.

“Con Isa fue complicado, porque las profesoras le mandaban las clases para que nosotros se las explicáramos —recuerda la docente—. Mi esposo no tiene mucha paciencia para enseñar, entonces él se encargaba de las cosas de la casa y de entretenernos. Se inventaba juegos. Entonces la enseñanza de Isa la asumí yo, además de continuar siendo profe. Y cuando mi esposo se iba, yo me encargaba de la casa. Fue muy duro”.

Hasta que un día, ya a punto de tirar la toalla, Diana recordó el proyecto de los disfraces y los superpoderes. Se le vino a la cabeza la alegría que sentían los niños al disfrazarse. Así nació la novedosa estrategia para dar clases.

“Le pedí a mi prima que me prestara el disfraz de la Mujer Maravilla —recuerda emocionada—. Mi esposo me compró una *SIM card* para que pudiera manejar una cuenta de WhatsApp solo para mis clases. Armé grupos con los papás de cada curso y les empecé a mandar los videos con los desafíos”.

Un rincón de Bogotá

A la profe Diana también le preocupaba que el contacto con una segunda lengua es escaso en el contexto socioeconómico en el que viven sus estudiantes: “Tienen situaciones difíciles. Sus papás trabajan todo el día y pasan mucho tiempo solos. Los niños escuchan reguetón a diario, o sea, no se familiarizan con

la música en inglés. No se les incentiva a leer y algunos no comen sino una vez al día”.

El colegio Nueva Esperanza IED está ubicado en el barrio La Cabaña (localidad de Usme) y limita con el área rural de Bogotá. Es uno de los últimos barrios del suroriente de la capital y tiene una vista panorámica del borde sur y sus montañas. Hace parte de la Unidad de Planeamiento Zonal (UPZ) La Flora, que agrupa otros 15 barrios habitados por familias de estratos 1 y 2.

La zona fue ocupada, a partir de la segunda mitad del siglo XX, por campesinos provenientes de Boyacá, Meta y Cundinamarca. Según la Secretaría Distrital de Planeación, había sido habitada de manera ilegal y, por eso mismo, no contaba con la infraestructura adecuada. No había vías pavimentadas ni andenes.

En el 2006, la Alcaldía de Bogotá reglamentó la UPZ La Flora y los propietarios de casas en el sector pudieron acceder a los programas de Mejoramiento de Viviendas y Legalización de Barrios. Por eso, hoy la mayoría de las construcciones están en mejor estado que antes. Son viviendas de dos o tres pisos, de ladrillo. Todas las calles son empinadas y están pavimentadas.

Alrededor del colegio hay locales comerciales. Las dos sedes —ambas de ladrillo, con edificios de cuatro pisos— tienen murales alusivos al cuidado de la naturaleza: están plasmadas las montañas sobre las que se cimentó el barrio. En una sede están los alumnos de bachillerato. En la otra, los de primaria; en esa trabaja Diana González, la Mujer Maravilla, que vive en la localidad de Engativá.

Algunos de los padres de los estudiantes son vendedores ambulantes, recicladores o trabajan en otros oficios informales. El proyecto de Diana también buscaba empoderarlos a ellos: “Les explicamos que un superhéroe es aquel que tiene el poder de transformar algo. Les decía, por ejemplo, que si sus papás eran recicladores, eran superhéroes porque transformaban lo que las personas botaban en algo útil. Después, algunos empezaron a hacer sus disfraces con papel o cartón”.

En julio del 2021, regresaron las clases presenciales, dos horas a la semana. Y a Diana le volvió el alma al cuerpo. El regreso facilita el contacto con sus estudiantes y, en algunos casos, es un respiro para algunos, que viven situaciones difíciles en sus casas, como violencia intrafamiliar, y ven en el colegio un escape.

Estamos en una de esas clases, con el grado cuarto. La profe repasa el abecedario en inglés. Hay 28 estudiantes en el salón. Activos, a veces entre gritos, deletrean los objetos que Diana les muestra en una hoja de papel. Están sentados en seis filas de cinco puestos. Al fondo del salón, un ventanal deja ver el sur de Bogotá.

Fotos: Mauricio Moreno



—Bi - I - Di (*bed*) —dice uno de los estudiantes.

—Bi - Ei - Ti (*bat*) —grita otra, cuando se le pide deletrear la palabra murciélago

Jimena, de 9 años, se divierte. “A mí me gusta mucho el inglés —dice, mientras repasa un diccionario. Y recuerda cómo fue tomar clases durante la pandemia—: Una de las tareas era describir una mascota. Yo también me disfrazaba de la Mujer Maravilla, como la profe, y describí a mi gatico, Jerry, que es blanco y tiene los ojos azules”.

—¿Y todo lo hablabas en inglés?

—Sí, y pues me ayudaba mi mamá. Me acuerdo de que la profe nos dijo que le explicaríamos qué superhéroe éramos. Yo escogí a la Mujer Maravilla porque es muy fuerte y puede hacer todo lo que quiere.

—¿Cuál era tu superpoder?

—Ser piloto. Cuando sea grande quiero ser piloto, pero primero debo aprender inglés.

Vocación docente

Diana es consciente de que las horas de inglés que reciben sus estudiantes son pocas, comparadas con las de otros colegios. Sabe que es una desventaja, por ejemplo, a la hora de ser evaluados en pruebas nacionales. Pero ella, igual, hace su mayor esfuerzo.

“Cuando pasé el concurso de la Secretaría de Educación Distrital y empecé a trabajar con colegios públicos fue muy chistoso —cuenta entre risas y se sonroja—. Yo, toda ilusa, llegué hablando en inglés y, claro, los niños no entendían. Eso fue con grado quinto. Empezaron a gritar y a lanzar papeles”.

Antes, Diana trabajaba en un colegio privado, ubicado en la vía Suba-Cota. Cuando entró a trabajar con el distrito, le asignaron por azar el colegio Nueva Esperanza, que le queda a más de una hora de su apartamento. “El contraste es grande. Yo venía de un colegio en el que los niños recibían todas las clases en inglés, desde Matemáticas hasta Ciencias —recuerda, por eso, el primer desafío fue pensar cómo llegarles a sus nuevos estudiantes—. Cuando les revisé los cuadernos, descubrí que solo los ponían a hacer planas. Claro, ¡así cómo iban a aprender inglés!”.

Su estrategia, primero, fue acercarse no en tónica de docente, sino como una persona cualquiera. Escucharlos, comprender sus dolencias, ponerles atención.

Tratar de entender lo que sentían. Así, se fue enterando, por ejemplo, de que muchos llegaban al colegio sin haber desayunado. Y fue construyendo una relación, basada en la confianza.

El juego siempre ha sido su aliado. De hecho, cuando se graduó de Español y Lenguas Extranjeras en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), su trabajo de grado estuvo relacionado con el uso de los juegos para el aprendizaje de una segunda lengua. Y es paradójico que terminara enseñando inglés, porque al terminar el pregrado hizo énfasis fue en francés. “Yo hablaba mejor francés que inglés. Pero cuando empecé a buscar trabajo vi que había pocas oportunidades. Entonces decidí irme a Estados Unidos con un programa de intercambio, pero fue una decisión muy difícil de tomar”.

Y cómo no iba a ser difícil, si ya vivía con su esposo y su hija Nathalia, entonces de 6 años. “Él me dijo que me fuera y mi hija se quiso quedar con él. Fue una experiencia muy dura, porque somos muy unidos”. Regresó en el 2008, encontró trabajo en el colegio privado, completó una maestría en Lingüística Aplicada a la Enseñanza del Inglés (en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas) y en el 2010 pasó a ser profesora del distrito.

Diana está convencida de que la educación es la mejor herramienta contra la desigualdad. “Creo que es la base del progreso de una familia —señala en uno de los recesos de sus clases en el colegio Nueva Esperanza—. Si una persona estudia, cambia el futuro de toda la familia”.

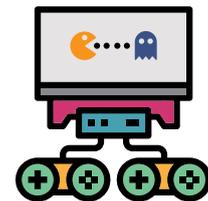
Por eso, al final de cada año escolar, los profesores hacen colectas de dinero para comprarles los formularios de inscripción en universidades públicas a los mejores estudiantes del colegio. “Yo quisiera que todos tuvieran las mismas oportunidades”, dice un poco frustrada. Y para ayudar a que eso mejore, aunque sea un poco, esta Mujer Maravilla de carne y hueso está dispuesta a hacer lo que sea necesario. Al final, eso es lo que hacen los superhéroes.







Michael Cruz es periodista, especialista en Análisis de Políticas Públicas y con maestría en Desarrollo Territorial Sostenible, becado por el Capes, del Gobierno de Brasil. Trabajó durante varios años como periodista en *El Tiempo*, cubriendo temas de Bogotá y Cundinamarca. En su crónica nos presenta a una Mujer Maravilla, pero de carne y hueso: se trata de la profesora de inglés Diana Andrea González, que ha trabajado para que sus estudiantes sean conscientes de los súperpoderes que tienen, y está convencida de que la educación es la mejor herramienta contra la desigualdad. Ella explica, con mucha sabiduría, que si una persona estudia, cambia el futuro de toda la familia.



EL CUENTO Y UN CAMPAMENTO PARA CONTARLO

POR CAROL MALAVER

131

Encorvados, bajo el comedor, con linternas o velas, con planetas y estrellas fluorescentes, con masmelos entre los dientes, ellos, padres e hijos, se olvidaron por unos minutos de la tragedia que llegó con la pandemia y, en un mundo imaginario, compartieron mil historias. A alguien se le ocurrió un cuento y un campamento para contarlo, cuando los encierros pasaron de días a meses, por culpa de un virus que había llegado de tierras lejanas.

Jensi Calderón Ovando, profesora de Educación Física del colegio distrital Antonio Nariño, de esa misma localidad, y su equipo de trabajo, se sorprendieron al ver que un proyecto que venían consolidando desde el 2016 iba a ser una ayuda tan grande en tiempos difíciles.

Surgió luego de conocer el caso de una niña que debía utilizar gafas recetadas, pero que se negaba rotundamente a ponérselas. Solía botarlas a la basura, las rayaba con piedras y las perdía a propósito. A sus 4 años, sentía una resistencia inusual contra ese objeto impuesto que le mejoraría la visión. “Nos tocó crear un cuento en donde ella era la protagonista, el personaje principal —dice la docente Ovando, quien buscaba a toda costa que su alumna se sintiera identificada—. Incluso hablamos con la familia para conocer más de su personalidad, cuáles eran sus gustos, sus juegos favoritos...”.

Así fue como supieron que la pequeña disfrutaba del cine. El cuento que inventaron para ella, entonces, hablaba de un objeto mágico: unas gafas 3D que le permitirían ver el mundo como si fuera una gran película. Sin necesidad de consejos ni charlas extenuantes, la niña entendió que debía ponérselas todos

los días, porque con ellas podía ver el sol y la luna, las mariposas, la cara de sus padres...

Como este caso hubo muchos. Hasta que llegó la pandemia, los niños quedaron atrapados en sus casas, y la idea de los cuentos, más que un simple proyecto educativo, se convirtió en una luz de esperanza. Tan solo dos meses después de los primeros confinamientos, los niños comenzaron a olvidar a sus compañeros de clase y a añorar el parque como nunca antes. El covid-19 no solo se apoderaba de muchos cuerpos físicos, también se iba metiendo en la cabeza de los niños. “Teníamos que hacer algo para lograr un poco de interacción”, pensaba.

Mientras todo esto pasaba, las familias atravesaban, llenas de incertidumbre, por momentos muy críticos. Comenzaban a aflorar problemas de violencia intrafamiliar, carencias económicas, desempleo, complicaciones de salud mental. “Incluso teníamos inconvenientes con los acudientes y las tareas de los niños —dice la profesora Calderón—. Ellos estaban muy presionados. Sentían afán por enviar las fotos de las cartillas resueltas que les mandábamos con las tareas, por mostrar evidencias a los profesores. A veces hasta las hacían los adultos. Eso no estaba bien. La foto no nos estaba sirviendo. Fue un momento muy tenso”.

Los estudiantes se sentían ansiosos. A veces coloreaban tan duro que rompían las hojas de las cartillas. Y el estrés no era solo para los niños, los profesores tenían unas cargas insufribles: Jensi debía manejar cinco cursos, cada uno de unos 20 estudiantes, y las guías solo funcionaron unas pocas semanas. Había que replantearlo todo.

“Cuando llamábamos a las familias, tanto los niños como los adultos nos empezaron a comunicar sus emociones —cuenta la profe Calderón—. Algunos nos pedían videollamadas para sus hijos, pero en realidad lo que querían era hablar con alguien. Sobre todo las mamás comenzaron a reclamar un espacio para conversar”.

No les correspondía, pero los educadores querían ayudar y empezaron a descubrir realidades que no conocían, como la de tres familias que habían tenido que confinarse juntas en un solo apartamento para ahorrar gastos y poder sobrevivir. Vivían hacinados. “La estudiante nos contaba que el baño era su habitación”.

Las madres lloraban al contar sus realidades. Los padres se quejaban de los esfuerzos sobrehumanos que debían hacer por llevar plata a la casa. Hablar sobre su frustración les servía para aligerar esos días de dolor que trajo el covid-19. “Viendo todas estas realidades, pensamos que lo correcto ya no era solo involucrar a los niños en las actividades sino a toda la familia. Se convirtió como en una misión”.

Lo primero que imaginaron fue que ahora, en el encierro, narraran experiencias que estaban viviendo en sus casas. “Algunos nos contaban que tenían que bailar para mantener quietos a los niños; otros, que se habían puesto a cocinar. Todo eso lo utilizamos de insumo para crear los cuentos”.

Pero pronto notaron que eso no era suficiente para producir la magia, se necesitaba algo más. Entonces Jensi recordó los ‘campamentos’ que hacían en el colegio: leer los cuentos debajo de una mesa o una manta, con la luz de una

linterna o unas velas, y con masmelos insertados en un palito de madera podría hacer la experiencia más divertida, más exitosa. “Cuando los niños se enteraron se pusieron muy felices, recordaron cuando hacíamos algo parecido”.



Fotos: Mauricio Moreno

La experiencia

Al comienzo, la idea de construir campamentos en espacios por lo general reducidos fue un poco extraña. Unos se ubicaban debajo del comedor; otros

simulaban carpas con sábanas y cobijas; otros más sofisticados armaban estructuras con tubos de PVC. La creatividad salía a flote. “Los niños exigían velas, les parecía que eso era lo que lo hacía divertido”.

En una época en la que pululaban las noticias trágicas y negativas, las familias se comenzaron a reunir todas las noches a leer un cuento. Les explicaban a sus hijos de qué se trataba, resolvían sus dudas y sus miedos. “A veces me llamaban a las ocho de la noche a ver si les podía prestar un libro —recuerda Jensi—. Fue maravilloso. Yo me valía de lo que tuviera en mi casa con tal de complacerlos”.

En ocasiones, los docentes contactaban a los niños por WhatsApp para contarles cuentos con audios e imágenes. Otras veces los ponían a bailar con sus mamás. Se trataba de identificar qué era lo que le gustaba a cada niño y usar eso como terapia antiestrés. “Si bien la escuela es un espacio colectivo, siempre van a existir singularidades que hay que respetar”.

Las familias comenzaron a valorar la labor de los docentes y, a su vez, los educadores, a entender la realidad de cada familia. “Y lo mejor, los papás empezaron a conocer a sus hijos. Fue una pedagogía de emergencia que dejó muchas cosas bonitas”.

Incluso, los padres de familia fueron conociendo bibliotecas que les llevaban libros a domicilio. Y muchos, por primera vez, se tomaron el tiempo de leerles a sus hijos, página por página, una historia de monstruos o de zombis o de superhéroes. “Los que estaban estresados por tener niños muy chiquitos y vivir en espacios con mucho ruido terminaban por entender que si les prestaban un poco de atención podían calmarlos. Mejor dicho, los roles se empezaron a intercalar, eso fue positivo, y todo mediado por la escuela”.

Luego de unos meses de implementada la estrategia, los campamentos comenzaron a ser más sofisticados. Era como si los adultos volvieran a la niñez. Otra vez estaban armando sus reinos imaginarios. Algunos exigían hacer el campamento, incluso si sus hijos no querían. Y muchos escribieron cuentos en primera persona, en los que relataban su vida.

“Fue muy chistoso”, comenta la profe Jensi. “Los hombres de la casa se metieron de lleno y las mamás se comenzaron a poner bravas, porque decían que ellas hacían solo lo aburrido, que también querían comenzar a jugar y no solo ayudar en las tareas o preparar manjares”.

Más invitados

Como si el éxito de los cuentos y un campamento para contarlos no fueran suficientes, a este lugar comenzaron a llegar más invitados. Unos de ellos eran los abuelos, que por razones de fuerza mayor, y ante la imposibilidad de cuidarse solos, se fueron a vivir con sus hijos y nietos durante las cuarentenas. Y al ver que ellos se reían en extraños cambuches, comenzaron a pedir pista para

participar. Pero había un problema: no podían arrodillarse ni meterse en sitios tan pequeños. Entonces, muchos adaptaron los campamentos para que los mayores de la familia participaran y, de paso, aportaran una que otra historia sobre sus vidas.

En otras ocasiones, los amigos del barrio terminaban metidos en el cuento. Una vez, una familia invitó a una vecina, en agradecimiento porque ella les había prestado la clave de internet a los niños para que pudieran estudiar. Eran tiempos difíciles y cualquier ayuda resultaba fundamental.

A veces las familias ni siquiera tenían ventanas para ver las calles vacías. Uno de los alumnos de Jensi, por ejemplo, tenía que encaramarse en una banca para ver algo de cielo azul por una pequeña escotilla. “Con él tuvimos que pintar ventanas imaginarias en cartulinas”. Había que combatir la claustrofobia con imaginación.

Con semejante panorama que enfrentaban los menores, los miedos crecían día a día. Tenían pesadillas. Y en los campamentos, estos sueños angustiosos se traducían en un cuento. “Era su forma de exteriorizar lo que estaba sucediendo”. Muchos, además, perdieron a algún familiar, sobre todo abuelos abatidos por el virus. Tal vez por eso, en los cuentos que inventaban, los pequeños autores hablaban también de conejos que morían atacados por zombis, de gérmenes vivientes o de animales que peleaban.

Que los niños aprendieran sobre el miedo y que entendieran el significado de la muerte también fue ganancia. “Ese tema se evita mucho con los menores de edad —reflexiona la profesora—. Pero es importante que entiendan sobre el tema como una posibilidad real”.

Y para las clases de Educación Física, los profesores debían ser aún más creativos. Por eso, se idearon una especie de carrera de obstáculos, con circuitos que cada uno construía con los objetos de su casa. “Fue difícil porque muchas casas no tenían nada de espacio, no había lugares para que los niños jugaran. Tenían que acomodar todos los muebles en un rincón”, cuenta Jensi. Y hasta eso les sirvió a los padres para entender que sus hijos, en vez de quietud, lo que necesitaban era movimiento. “Al comienzo querían que permanecieran estáticos, que no jugaran, que no hicieran desorden. Eso era imposible. Las familias les tenían que dar alternativas”. La idea de los circuitos fue tan exitosa que así los niños no estuvieran en clase, sus padres les ponían a hacer esos recorridos para que quemaran energía.

Saber expresar emociones

Ya estamos al final de la época más dura de la pandemia, y los profesores valoran la capacidad de resiliencia que tuvieron los alumnos y sus familias. No cualquiera tiene la habilidad de construir un mundo nuevo en la mitad de cuatro

paredes. “De 100 niños que teníamos a nuestro cargo, logramos conectar a 90 en los campamentos. Ese fue un logro muy bonito”.

Después de semejante experiencia, la profe Jeni concluye que las personas están acostumbradas a una forma muy verbal de expresar sus emociones. “En la pandemia ellos nos daban una pista y de ahí nos agarrábamos para crear ambientes y escenarios en los que pudieran expresarse”, dice.

La lección, entonces, es seguir buscando métodos para que los estudiantes expresen lo que sienten de diferentes maneras. Por ejemplo: comiendo masmelos debajo de una mesa o una cobija de pepas, mientras el menor de la familia narra los cuentos del abuelo alrededor de una vela o una linterna.





Carol Malaver, periodista de *El Tiempo* es autora del libro *Tristeza absoluta*, entre otras publicaciones periodísticas y académicas, plasma su sensibilidad por relatar historias sobre temas sociales y emocionales en esta crónica en la que se le hace un homenaje a la profesora Jensi Calderón. La maestra les propone a sus estudiantes hacer campamentos dentro de sus hogares, junto a sus familias, para que esos sueños angustiosos que surgieron con la pandemia se convirtieran en un cuento acompañado por velas y masmelos.

LAS OBRAS NO SE DETUVIERON

Colegios más cómodos, seguros, bonitos, modernos, funcionales... Así están quedando las sedes que la Alcaldía Mayor está interviniendo y que la pandemia no logró detener. Aunque el covid-19 hizo que los planes variaran, las metas siguieron intactas: la propuesta de la alcaldesa Claudia López de construir o restituir 35 colegios y de mejorar todas las instituciones que requirieran alguna intervención física no se detuvo.

Canchas deportivas, amplios comedores, laboratorios, aulas bioseguras, bibliotecas, ludotecas, auditorios, talleres de danzas y música, zonas recreativas, pistas atléticas y centros de recursos de idiomas son algunos de los espacios que los estudiantes ya están disfrutando. Sí, disfrutando. Porque cuando un colegio ofrece instalaciones amables, cómodas, coloridas y funcionales para sus alumnos, la vida escolar se disfruta mucho más. Y al contar con lugares aptos para desarrollar habilidades académicas, deportivas, artísticas y científicas se crean ambientes óptimos para generar interacciones sociales sanas con toda la comunidad que resulta beneficiada de las obras.

Por la pandemia, tanto a los diseños de nuevos colegios como a los que se remodelarían se les añadieron nuevas condiciones para vivir en medio del virus, con elementos de bioseguridad, demarcaciones de distanciamiento, instalación de lavamanos y mejoras de sistemas de ventilación, entre muchas más intervenciones que se ejecutaron para proteger a todos los que tuvieron que acceder a los colegios. Gracias a estas medidas de protección fue posible retornar de forma segura a las aulas.

Los planes de gobierno siguieron andando y los resultados así lo muestran: a la fecha se han entregado 9 colegios, 5 están terminados y a punto de ser inaugurados, 14 están en construcción, 2 están próximos a iniciar obras y 5 están finalizando diseños y estructuración para contratación de obra.

Con la inversión más alta de la historia en infraestructura educativa —1,6 billones de pesos—, la actual administración distrital confirma la importancia de garantizar los mejores espacios escolares a los estudiantes de los colegios públicos de la ciudad, como lo cuentan alumnos, profesores y maestros del colegio Emma Villegas de Gaitán, en la siguiente crónica.



DE LOS ESCOMBROS A UNA GRAN INSTITUCIÓN

POR HERMÓGENES ARDILA

141

El 24 de enero del 2022 será una fecha memorable para los 1.200 estudiantes del colegio integrado Emma Villegas de Gaitán Sede B, en la localidad de Fontibón. Ese lunes, para satisfacción de los docentes, alumnos y padres de familia, por fin, después de numerosas dificultades, se inauguraron las obras de ampliación del colegio. También ese día se retornó a la presencialidad educativa, suspendida desde mediados del 2020 por la llegada del covid-19, que obligó al gobierno a decretar una inesperada y prolongada cuarentena.

El acontecimiento contó con la presencia de payasos, que recorrieron los nuevos espacios de recreación, los salones recién pintados y una terraza ubicada en el tercer piso de la edificación, que tiene una vista privilegiada de Bogotá. En medio de la algarabía, desfilaron comparsas alegóricas a la vida —tan amenazada durante la pandemia— y retumbaron las tambores que acompañaban a las agrupaciones folclóricas.

A los costados, puestos de vacunación, enfermeras y paramédicos. La presencialidad retornaba, pero el virus seguía vigente.

Sobraban motivos para celebrar. Por un lado, el regreso a las aulas significaba el reencuentro esperado, después de un distanciamiento largo y opresor. Por otro, era volver al mismo colegio de siempre —ubicado en el mismo sitio—, pero ahora con otra pinta: con espacios más amplios, biblioteca virtual, sanitarios remodelados, salas de audiovisuales, de informática, de tecnología...

Uno de los más emocionados por semejante logro era el rector del colegio, Jorge Eliseo Rojas, y también anfitrión del evento. Lleva la educación en las venas: 13 de sus 18 hermanos se dedican a la enseñanza. Nació en la vereda El Centro del municipio cundinamarqués de San Bernardo, “el pueblo de las momias”, donde, según los relatos, “los muertos se niegan a morir del todo” y, por eso, se momifican sin ninguna intervención humana.

Es un docente obstinado, que siempre acompañó a la Secretaría de Educación en el proyecto de sacar de los escombros la reconstrucción del Emma Villegas de Gaitán, que duró ¡siete años! Siete años de ires y venires, tras el fracaso de un contrato firmado en el 2014.

Ese año se acordó la modernización de la Sede B del Emma Villegas de Gaitán y se firmó un contrato por cerca de 5.300 millones de pesos con la constructora Castell Camel, que luego entró en proceso de reorganización empresarial. El plazo inicial de entrega fue de ocho meses. Parecía el inicio del cumplimiento de un sueño. Pero el proyecto se encontró con una serie de obstáculos que se fueron agudizando hasta llegar a un limbo jurídico.

Para empezar, el estudio de la obra quedó mal diseñado: la ampliación y la remodelación se planearon sobre un antiguo botadero de residuos, y esto implicaba actividades adicionales de compactación del terreno para prevenir futuros problemas de sedimentación. Era un sobrecosto que el constructor no estaba dispuesto a asumir, pero que tampoco estaba estipulado en el presupuesto distrital.

Entonces llegaron las demandas y las contrademandas. “Las obras se paralizaron, se llegó a un engorroso y prolongado proceso jurídico”, afirma Ismael Gil Chirivirí, representante de los padres de familia. Lo dice quien conoce al detalle los avatares del proyecto porque acudió a todas las instancias con el fin de revivirlo y porque, como albañil, sabe de las implicaciones y los costos de una sedimentación.

Mientras el litigio continuaba, el colegio funcionaba en medio de incomodidades, con la imposibilidad de ampliar las instalaciones y de aumentar el número de alumnos. La Contraloría Distrital, encargada de vigilar los dineros públicos, decía que el colegio estaba en “estado de abandono” y que había “falta de función y utilidad en los trabajos”.

Y aunque en el 2018 se pactó un nuevo contrato para reanudar las obras, este no estuvo exento de dificultades: según la misma Contraloría, ha tenido tres suspensiones, dos prórrogas, tres modificaciones y dos adiciones por valor de 2.585.363.320 pesos; es decir, “más de una tercera parte de lo presupuestado por la Secretaría de Educación Distrital en su momento”.

Manos a la obra

Con el plan de educación formulado por la alcaldesa de Bogotá, Claudia López, el colegio entró a hacer parte de las prioridades de la ciudad. Así, varios funcionarios públicos revisaron las condiciones, fijaron un nuevo cronograma y determinaron, paso a paso, la dinámica de la construcción. “Seguimiento milimétrico”, esa era la consigna.

Hasta ese punto, las obras habían avanzado en menos del 1 %. Había que comenzar de ceros. Pero el 6 de marzo del 2020, apareció una contingencia que ya muy bien conocemos: no más clases presenciales, bienvenida la virtualidad educativa.

Con semejante panorama, la obra quedó en suspenso. Sin embargo, a medida que se fueron reduciendo las restricciones y la economía entró en proceso de reactivación, los trabajos fueron reanudados, bajo los ojos avizores de la Secretaría de Educación y del Consejo Directivo de la institución, que pedían intensificar el ritmo de trabajo.

Había una obsesión: cumplir con las metas del plan de Infraestructura Educativa para los Retos del Siglo XXI, que contempla inversiones por 1,6 billones de pesos hasta el 2024. Y dentro del cronograma de dicho plan estaba el Emma Villegas Sede B. Así que la inauguración no podía pasar del 24 de enero del 2022.

Y así fue. El día del retorno de los alumnos a las clases presenciales —el día de la ‘Fiesta del Regreso’—, la ampliación y modernización del colegio se convirtió en realidad. Gil Chirivirí, el incansable representante de los padres de familia, dice que “ahora sí hay un verdadero colegio”. Y luego recuerda que el lugar donde se erige la ejemplar sede educativa era en la década del setenta un botadero de basura.

Con las nuevas instalaciones, también se logró el traslado de los 400 alumnos de la sede Batavia (estudiantes de primaria), pues los terrenos de esa edificación son propiedad de la Junta de Acción Comunal, que los venía reclamando de tiempo atrás, y el plazo de entrega había llegado al límite.

La satisfacción es colectiva. Yeimi Paola Ballesteros, alumna de quinto año, también está feliz en el ‘nuevo’ colegio y “sorprendida” con la nueva infraestructura. “Estamos en el mismo sitio, pero este no parece el lugar que dejamos”. Admite que le costó adaptarse a las clases virtuales, porque en su casa había muchos elementos distractores. “Para concentrarme, tuve que alejarme del televisor

y encerrar a mis dos perritos”, explica la niña, bajo la mirada cómplice de Gloria Patricia Vargas, profesora de Yeimi Paola y coordinadora de la jornada de la tarde, quien tuvo que asistirle y aconsejarla para que se comportara como si estuviera en el salón: atenta, sin perder el hilo de la clase.

Y eso que el Emma Villegas tuvo una destacada labor durante la pandemia. Además de elaborar una completa guía de estudios para la continuidad de las clases en casa, el colegio aprobó el fotocopiado gratuito de textos, habilitó canales de comunicación con estudiantes y padres de familia, donó computadores y tabletas a sus alumnos de más bajos recursos y el equipo de docentes convino establecer una red de apoyo para resolver las inquietudes y los problemas que se presentaban con las clases virtuales: si un niño no se conectaba, averiguaban rápidamente la razón; si no cumplía con los trabajos, establecían contacto de inmediato con la familia.

Paralelamente, el Consejo Directivo se reunía cada semana: analizaba los informes del cuerpo docente y hacía los ajustes pertinentes, actualizaba las guías, valoraba el rendimiento de los estudiantes...

Más que infraestructura

Como en el ajedrez, la obra parece un enroque. El rector Rojas no solo sabe de números, de auditoría, de revisoría fiscal, de investigaciones fiscales y de historia patria; también entiende de psicología y comportamiento humano. Todos esos conocimientos los comparte a diario con los 50 docentes, con los orientadores, con el personal administrativo y con el equipo de servicios generales. Los valores son fundamentales, advierte: “Aquí manejamos programas de orientación con educadores especiales, se identifican los estudiantes con alguna condición de discapacidad, se enfatiza en temas de liderazgo y emprendimiento, se promueve la fraternidad y el afecto y se fomenta el conocimiento de la ética social”.

La localidad de Fontibón, donde queda el colegio, tiene una actividad comercial dinámica —con mucha informalidad— y congestión vehicular. Además, problemas de invasión del espacio público, ventas ambulantes y una elevada población flotante. Y, claro, muchos niños y adolescentes tienen problemas afectivos. Necesitan comprensión y amor. “Nuestro principio rector es la armonía”, precisa la coordinadora Vargas. Para esta docente, el Emma Villegas de Gaitán es un modelo de inclusión y de bienestar.

En el colegio estudian alrededor de 400 alumnos venezolanos que migraron en busca de oportunidades. Por eso, se intensificaron los programas de convivencia

y se hace un seguimiento estricto a los posibles problemas entre estudiantes. Los conflictos menores se resuelven entre alumnos, con la asesoría de docentes especializados; los más graves —peleas, acoso, disputas sentimentales...— se trasladan a un comité integrado por profesores que han sido preparados en procesos de mediación.

Ahora el reto, con la nueva infraestructura y el modelo de educación que se está impartiendo, es ubicar al colegio entre los mejores de Bogotá y del país. La institución también ha reducido las brechas tecnológicas. Además de haber ampliado los espacios para bibliotecas y las salas de sistemas, el uso de equipos por estudiante es superior a cuando se empezó la remodelación. El objetivo a corto plazo es que cada uno de los 1.200 alumnos disponga de su propia tableta. Y el día que eso pase, el rector y los profesores esperan poder celebrarlo como el 24 de enero del 2022, el día que inauguraron su nueva sede: con payasos, comparsas y tamboras.



Fotos: Mauricio Moreno







Hermógenes Ardila Durán es comunicador social y periodista, especializado en información económica, autor del libro *Una historia de valor*. Trabajó durante 14 años en *El Tiempo* como periodista y editor económico. Fue jefe de redacción del diario económico *Portafolio* y colaborador de las revistas *Poder* y *Credencial*. En 1999 ganó el Premio Simón Bolívar en la categoría de mejor entrevista. Según relata en la crónica que escribió para este libro, desde enero del 2022, los 1.200 estudiantes del colegio integrado Emma Villegas de Gaitán Sede B están viviendo el sueño de estudiar en un lugar completamente renovado.

EL RETORNO A LUGARES SEGUROS

Aulas sin estudiantes, parques sin niños, comedores sin comensales. Solo los pasos del personal de aseo y vigilancia por los colegios apaciguaban las fantasmales escenas que se comenzaron a vivir a mediados de marzo del 2020, por cuenta de la cuarentena, mientras cerca de 764.593 alumnos y 34.021 maestros del distrito vivían el mundo académico desde sus casas a través de pantallas.

Más allá de que los estudiantes retomaran el ritmo académico, regresar a los colegios era apremiante dados los problemas de convivencia familiar que se evidenciaban y que estaban afectando la salud mental de los estudiantes. Y las cifras lo confirmaron: hubo 34 suicidios de estudiantes de secundaria y media en el 2020; 9 más que en el 2019.

La situación llevó a que en mayo del 2021 se lanzara una campaña de alto impacto para la prevención del suicidio en niñas, niños y jóvenes, a través de 769 cuñas (llegaron a 3.250.200 personas) y de mensajes por Facebook (alcanzaron 4.717.699 ciudadanos de los estratos 1 al 4).

Para la SED, que maneja sistemas de alertas sobre violencia intrafamiliar, abuso y maltrato, es de suponer que los reportes por estos hechos no reflejan lo sucedido dentro de los hogares, y que las afectaciones pudieron ser mayores. Solo los registros sobre la presunta ocurrencia de abuso y violencia (y violencia sexual) aumentaron cuando se regresó a las aulas: de 1.403 registros del 2020, se pasó a 1.825 en el 2021. Para la SED esto puede significar, no que haya habido más casos consumados el año pasado, sino que, por estar fuera de casa, a las víctimas les fue más fácil reportar al tener contacto directo con orientadores o maestros. Y es que estos mismos registros vuelven a confirmar que los agresores son cercanos a los agredidos: el 58 % de los lugares donde ocurren los abusos son los hogares de las víctimas.

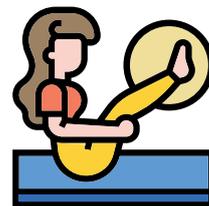
Así que volver a los colegios, considerados territorios muchas veces más seguros que las propias viviendas, era perentorio.

También estaba claro que el retorno era tan o más difícil que la partida, por lo que debía hacerse suavemente, de forma gradual, en cuatro momentos. El primero se dio a la par con el inicio del confinamiento bajo la premisa: cerrar en lo físico y abrir en lo virtual, mientras se hacían adecuaciones.

Luego vinieron planes piloto e implementaciones que se desarrollaron entre septiembre del 2020 y junio del 2021, bajo el esquema de Plan de Reapertura Gradual, Progresiva y Segura.

El último momento fue el regreso total que comenzó en julio del 2021, bautizado Presencialidad con Autocuidado, Bioseguridad y Corresponsabilidad, que repartió responsabilidades de autoprotección tanto a los colegios como a los padres de familia y estudiantes. Y para rematar todas las estrategias, se desarrollaron '1,2,3 de regreso al cole otra vez' y 'La pedagogía del reencuentro', con la participación de unas 1.700 personas de diferentes instituciones.

El retorno a las aulas no aumentó los contagios por coronavirus, pero, seguramente, sí menguó factores que pusieran en riesgo la salud mental y la integridad física de miles de estudiantes.



MOVER EL CUERPO PARA SANAR EL ALMA

POR SIMÓN GRANJA MATIAS

151

Cuando Valerie baila se desahoga, se libera. No sabe exactamente de qué, pero siente que respira, que se expresa. Puede ser que se libere de conflictos internos, de problemas en su casa, de estar constantemente tratando de sacar la nariz de ese mar de preguntas que surgen en la adolescencia: quién soy, qué quiero, qué hago, para qué, por qué, para dónde, cómo. Un mar que se agita cada vez más en medio de un encierro, de una pandemia, lejos de sus amigos. El horror. Para Valerie y los 449 estudiantes de la profesora de danza Liliana Gaitán, bailar ha sido un flotador en medio de tiempos inciertos.

Tiene 18 años, “ya casi 19”, dice feliz. Su sueño es ser bailarina profesional. Se le ilumina la mirada cuando habla de bailar. Empezó a los 12 años con *shuffle*, un baile de electrónica que requiere gran cantidad de energía. Pero le gusta bailar casi todo. Empieza a enumerar: bachata, salsa, merengue, champeta, *dubstep*, que es un baile como de robot... “ese me encanta”.

Valerie acaba de salir de su clase de danza en el colegio San Pedro Claver, en la localidad de Kennedy, en el suroccidente de Bogotá. Cuando los estudiantes de la profe Liliana entran a la clase, se frotan las manos: tienen frío, están fríos, desanimados, con pereza de moverse. Sin embargo, una hora y 50 minutos después, salen haciendo bulla, sudados, con ganas de seguir bailando.

En clase son un solo desorden: hablan, ríen, ponen música. Hasta que la profesora se para al frente y hace el primer paso de danza. Todos la imitan. Se quedan congelados y ella los mira y los corrige: “Pon la mano así”, “la pierna va así”. La música suena y empiezan todos a gozar.

Se podría decir que la clase, más que una expresión artística, se convierte en un ritual de liberación. Porque el baile es la expresión artística original, junto con la música. Y se conecta con el ser más primitivo, como señalan algunos antropólogos de la danza.

El arte de bailar se remonta a nuestros orígenes. Dibujos de hace miles de años que representan las primeras expresiones de la danza han sido encontrados en cuevas europeas, africanas y asiáticas. Como los humanos primitivos aún no tenían el lenguaje, el baile era la expresión corporal para comunicarse.

Pero más allá de teorizaciones y academia, “bailar es libertad”, como dice el bailarín profesional colombiano Fernando Montaña. “En ese momento dejas de ser tú, eres simplemente libre”.

Juan Diego experimenta esa libertad. Con su pinta de galán —gafas en la frente, pelo engominado, cadena de plata y ojos azules penetrantes—, no duda en responder siempre con un chiste. Tiene 16 años.

—¿Cómo le va con el baile?

—Me va mal.

—¿Por qué?

—Es que soy rolo. Eso de la danza es un *complicque* ... soy muy tronco (ríe).

—Eso es mentira —interrumpe la profe, que lo mira con cara de “típico de Juan Diego”.

—Yo solo hago *twerking*.

—No le creo que haga *twerking*.

—No, no, pero es que así se conquista (se vuelve a reír).

—¿Ha aprendido nuevos pasos?

—Uno va aprendiendo cosas. El problema es que tenemos esta clase una vez a la semana, cada 15 días. Debería ser más seguido.

—¿Por qué le gusta?

—Para la vida social le ayuda a uno mucho. Imagínese usted sentado en una fiesta, mirando cómo bailan los demás, lo ven a uno como raro. Entonces mejor bailar y gozarla.

“Hay chicos que dicen que tienen dos pies izquierdos. Yo les digo que no importa que lo hagan perfecto, cada uno tiene sus capacidades, pero la idea es llegar lo más cerca a la técnica. Es bonito ver que se motivan a hacerlo”, asegura la profe.

Para Juan Diego, el encierro durante la pandemia fue muy aburrido. Y duro. “No aprendí nada. Perdí diez materias”, asegura, y se rasca la cabeza.

—¿Por qué perdió tantas materias?

—Pues por vago. Pero ahora estoy más juicioso, ¿verdad, profe?

—Sí, es verdad, está más juicioso.

Juan Diego quiere ser profesor de Español —“o modelo”, dice en broma—. Ama leer. “Quiero enseñar a los demás que la lectura es algo bueno”. Ahora mismo, está leyendo *El albergue de las mujeres tristes*, de la escritora chilena Marcela Serrano. Llegó al libro por azar, simplemente lo cogió de la biblioteca.

—También me leí *El Quijote*.

—¿Qué tal le pareció?

—La edición que yo tengo tiene 1.016 páginas y pues es bueno, pero toda esa historia para que al final se muera Don Quijote, ¿1.016 páginas para eso? Y lo peor es que muere cuerdo.

La profe cuenta que cuando estaban en alternancia —algunos días las clases eran en el colegio; otros, de manera virtual—, varios de sus estudiantes se le acercaron a decirle que estar encerrados les afectó mucho: “No querían hacer nada, estaban deprimidos y ansiosos —cuenta—. Al bailar, desfogan energía. Además, al realizar actividad física se libera endorfina, dopamina y serotonina, hormonas que al segregarse producen felicidad, placer, euforia”.

Por eso, la profe tuvo como meta durante la pandemia que sus estudiantes se movieran lo que más pudieran en medio de sus ‘jaulas’. Ella les lanzó el salvavidas de la danza en esos tiempos tormentosos.

Cuando llegó el encierro, pensó que sería algo de 15 días nomás. En el colegio crearon guías educativas que enviaban por correo. Sin embargo, la cuarentena empezó a prolongarse y prolongarse. Y como el San Pedro Claver no contaba con ninguna plataforma para comunicarse, a los directores de curso les tocaba llamar estudiante por estudiante para indicarles lo que debían hacer.

Empezó a ensayar cómo se escuchaba la música a través de las plataformas gratuitas que sus alumnos tal vez podrían usar. Uno de los principales problemas que tuvo en ese momento fue el acceso a la tecnología. “Vi casos de tres hermanos que tenían solo un celular para estudiar”. Además, la mayoría estaban solos o no tenían una persona pendiente de ellos. A las clases se conectaban muy pocos: “Nunca tuve un curso completo”.

El deseo de la profesora era verles la cara para saber que estaban bien, que sí le estaban prestando atención y, por supuesto, que seguían sus pasos. Sin embargo, pocos lo hacían. “Era imposible hacer la clase en vivo”, dice. Decidió hacer

videotutoriales en YouTube para hacerles la vida más fácil a sus estudiantes. En respuesta, debían enviarle grabaciones de ellos mismos bailando y siguiendo sus indicaciones. “Esa fue la manera de adaptarnos a esa circunstancia y que los chicos le dedicaran, por lo menos, unos minutos a moverse y no a estar tirados en la cama”, asegura.

La profe trabaja con estudiantes de los grados octavo, noveno y décimo en las jornadas de la mañana y de la tarde. El colegio queda en el Estado Unidos de Bogotá: un barrio comercial, cerca de Corabastos y de barrios pesados como María Paz. “Nosotros recibimos chicos de esas zonas”.

Si hay algo del colegio que le llama la atención a la profesora Liliana es que hay estudiantes de todas las regiones del país, es como una pequeña Colombia: de la Costa, de Antioquia, del Tolima, y ahora hay una población significativa de estudiantes venezolanos.

La mayoría de los chicos y chicas están en Bogotá porque sus padres no encontraron mejores oportunidades en sus tierras. E incluso, según cuenta la docente, muchos de sus estudiantes se ven obligados a trabajar en Corabastos junto con sus familias. Trabajan de 2 a 6 de la mañana. Luego duermen hasta las 8 para después ir a estudiar. “Llegan agotados”, señala.

“Me cuentan que sus padres son profesionales —explica—. Pero muchos no encontraron trabajo en sus tierras y por eso vinieron a Bogotá a trabajar como choferes o en restaurantes”.

El desempleo —unido a la incertidumbre y a la desesperanza generada por la pandemia del covid-19— ha tenido graves repercusiones en los jóvenes. A veces, ni los mismos padres se percatan de esto por ir tratando de solucionar sus propios enredos. El miedo se contagia: si una madre o un padre está desesperado porque no consigue trabajo, no sabe cómo llevar alimento a su casa, y nadie les explica la situación real a los niños, porque ¿para qué explicarles, si los adultos tienen tantos problemas y ser niño es tan fácil? ... pues los pequeños terminan llenos de angustias y dudas y miedos que apenas logran comprender y que pueden desembocar en serios problemas de salud mental.

Diversas organizaciones ya lo han advertido: las consecuencias de la pandemia hasta el momento son solo la punta del iceberg. Los problemas de salud mental, como la depresión y la ansiedad, serán la siguiente pandemia. Y los niños, niñas y adolescentes no estarán exentos. Según cifras de Unicef, uno de cada cinco jóvenes de entre los 15 y los 24 años se sentía deprimido a menudo o con poco interés en realizar algún tipo de actividad.

La evidencia muestra que durante el encierro se disparó la asistencia a terapia psicológica no solo por parte de adultos, sino también de menores. La psicóloga clínica Claudia Gómez, que trabaja en consultas privadas con niños, niñas y adolescentes, fue testigo de ese fenómeno. Cuenta que la cuarentena, el cambio de metodologías de estudio y las clases virtuales fueron aspectos complejos de llevar para los estudiantes.

“No tener contacto físico entre ellos fue muy duro —explica—. Se disparó la consulta, porque empezaron a tener problemas de ansiedad, problemas de sueño y rasgos de depresión. Esa situación les quitó piso, no sabían para dónde ir”.

La directora ejecutiva de Unicef, la estadounidense Henrietta Fore, lo dijo en un comunicado en octubre del año pasado: “Debido a los confinamientos nacionales y a las restricciones de movimiento relacionadas con la pandemia, los niños han perdido un tiempo valioso de su vida lejos de la familia, los amigos, las aulas y los lugares de recreo, que son muy importantes durante la infancia”. Incluso antes de la pandemia, ya había demasiados niños abrumados por el peso de una serie de problemas de salud mental a los que no se les había prestado atención.

En medio de ese contexto, según afirma la psicóloga Gómez, bailar es aún más fundamental que nunca porque aumenta los niveles de endorfinas y da la sensación de bienestar: “Con decirle que a través de la danza se trabaja en la prevención de la depresión”.

Eso lo sabe la profesora Liliana, a quien el encierro le permitió darse cuenta de que cada estudiante es un mundo diferente y, por lo tanto, la manera de enseñar debe cambiar. En vez de educar a una “masa”, se debe ver a los alumnos como un grupo de individuos que tienen sueños, miedos, preocupaciones, alegrías y tristezas distintas.

“Estaban solos, sus papás tenían que salir a buscar el sustento —dice la profe, contenta—. Fueron tiempos muy difíciles, pero ya regresaron y están bailando. Los veo más alegres”.

Álvaro Duarte, pediatra puericultor, cree que la danza es maravillosa en cualquier edad pues combina el ritmo y la actividad física con las interrelaciones sociales. Algo muy importante que destaca es que nos hace conscientes de nuestros movimientos corporales.

“La danza nos enseña a habitar nuestro cuerpo —explica este experto en desarrollo físico, emocional y mental de los niños—. Desafortunadamente vivimos más en la mente que en el cuerpo. Cuando los niños están encerrados en un

lugar muy pequeño pegados a un televisor, a un computador o a un celular, esto permite que se desarrollen poco los sentidos. Entonces la danza, la música y el ritmo son muy importantes para el neurodesarrollo y la socialización”.

Valerie ha notado el deterioro en su cuerpo tras la pandemia. “Ando con un pésimo estado físico, tengo un dolor horrible, la profesora me dijo que tenía que hacer ejercicio para el abdomen porque lo tengo muy débil —dice y se agarra la espalda—. Eso me perjudica en el baile, ya no bailo igual. Ando más dura, más tronca. Me cuesta hacer varios pasos por eso. Me canso más rápido bailando *shuffle* por lo que es salto continuo, entonces es como volver a iniciar de todo, pero bien”.

De repente, la profesora la llama. “Me tengo que ir”, dice. Y se va dando brincos, bailando, liberándose.



Foto: Héctor Fabio Zamora



Simón Granja Matias es periodista de la sección dominical de *El Tiempo*. En el pasado cubrió la fuente de Educación en *Semana* y también en *El Tiempo*, por eso, muy seguramente, sintió esa conexión con la profesora Liliana Gaitán, que les lanzó a sus estudiantes el salvavidas de la danza en estos tiempos tormentosos del covid-19.

SÍ HAY ESTUDIOS SUPERIORES GRATIS PARA LOS JÓVENES

“No puede ser verdad tanta belleza”, pensaban. Pero sí lo era. Hay una oportunidad para que jóvenes menores de 28 años que no tienen la posibilidad de estudiar ni trabajar puedan tomar cursos en universidades sin pagar nada. Se trata de Reto a la U, una estrategia de emergencia que el gobierno distrital puso en marcha en el 2020, ante la crisis económica agudizada por la pandemia, con la idea de que esta población tuviera una oportunidad para estudiar.

El plan nació al tiempo que se diseñaba y arrancaba un ambicioso plan que busca, al finalizar la actual alcaldía, que 20.000 jóvenes ingresen a la educación superior gratuita, a través de otro programa: Jóvenes a la U.

Así que Reto a la U abrió posibilidades para miles de jóvenes que se han inscrito en la web de la Secretaría de Educación y, tras cumplir con los requisitos —estar en condiciones de vulnerabilidad, no tener trabajo, no estar estudiando y no tener recursos para pagar sus estudios—, han sido seleccionados. A través de cursos, asignaturas, diplomados, programas de extensión o educación continuada, mejor dicho, de alguna experiencia universitaria, no solo se ocupan, sino que han descubierto o reafirmado sus talentos.

La iniciativa contempla, además, ayudas económicas para sostenimiento, conectividad y compra de equipos —como computadores o tabletas— para quienes por su condición las necesiten y que han sido identificados mediante puntaje Sisbén y una encuesta de la Secretaría.

Gracias a Reto a la U, 23.064 personas han accedido a una inmersión universitaria y, de estos, 570 lograron clasificar a Jóvenes a la U: ya cursan de forma gratuita una carrera universitaria o técnica completa.

Los 8.471 jóvenes aceptados hasta el momento deberán hacer una pasantía en contraprestación a lo que los ciudadanos, a través de sus impuestos, han financiado.

Para garantizar la continuidad de estos programas, a partir de este año, la Agencia de Educación Superior, Ciencia y Tecnología (Atenea) se encarga de fomentar la articulación entre la educación media y la educación posmedia, para facilitar que los y las jóvenes de la capital puedan acceder a trayectorias de formación gratuita, pertinente y de calidad. Además, busca promover el acceso a oportunidades de formación en diferentes áreas acordes con las demandas de diferentes sectores productivos. A su vez, esta entidad es responsable de coordinar programas y proyectos distritales de base científica y tecnológica para la solución de problemas y desafíos de la ciudad y la región, así como de divulgar y generar apropiación social del conocimiento relacionado con ciencia, tecnología e innovación.

Con todo esto, se espera que los estudiantes beneficiados no solo obtengan un título, sino que desarrollen habilidades y participen en la construcción de una mejor Bogotá.

Estos futuros profesionales pueden decir con confianza que sí es verdad tanta belleza.



LA VIDA FUERA DEL 'FRASCO'

POR PATXO ESCOBAR

161

No quería salir. Tenía miedo (siempre lo había tenido). Del otro lado de la puerta escuchaba que una de sus compañeras de colegio le gritaba: “Mary, ¿qué pasa? ¡Sal ya! Se hace tarde”. Ella estaba encerrada en el baño de su casa. No sabía qué le sucedía. Comenzó a llorar en silencio. Miraba su rostro frente al espejo y no se reconocía, su reflejo parecía ser el de otra persona. Sintió un mareo muy fuerte. Sudaba frío. Su corazón latía demasiado rápido. Pensó que se iba a desmayar. Su mente le daba mensajes confusos y de nuevo escuchó la voz de su amiga: “Mary, que salgas, vamos a llegar muy tarde a clase”. Ella no respondió, estaba como paralizada. “¿Vienes? ¿Vieeenes? ¡Nos vemos en el salón!”. Oyó los pasos de su amiga alejándose. Siguió llorando. Esa mañana, a sus 12 años, Mary Alejandra León Amaya no llegó a las aulas de sexto grado del colegio distrital República de Panamá, en el noroccidente de Bogotá. En el baño había sufrido un ataque de pánico y apenas tenía fuerzas para moverse.

Era una situación recurrente. Desde muy pequeña, cuando debía ir rumbo al cole, el miedo se apoderaba de ella. Siempre fue así. Su primer día de preescolar lo recuerda con horror. “No quería ir, me costaba mucho socializar y estar con niños nuevos, pero sabía que en algún momento tendría que entrar a la escuela”. Entró. En la primera jornada no encontraba su salón y terminó, aterrada, en un aula de Informática. “Al final me llevaron con mi grupo. La profesora estaba enojada. Yo le tenía miedo”. Sentía que su estómago sonaba y se movía, debía ir al baño, pero no era capaz de pedirle permiso a la maestra. “Pensé que me regañaría”. Y todo el estrés que había vivido en esas horas se manifestó en su cuerpo. “¡Me hice en los pantalones! No pude controlarlo. La profesora mandó llamar a mi abuela paterna, María Ornatina, a quien yo adoraba, para que me recogiera. Fue terrible. Desde ese día comenzó el *bullying* en el colegio”.

Mary Alejandra nació el 12 de noviembre del 2000 en el sector de Las Lomas, en el sur de Bogotá. A los 5 años llegó a la localidad de Barrios Unidos, donde hoy vive en un apartamento que comparte con su madre, Luz Mery Amaya; su hermano mellizo, Anderson; su hermana mayor, Diana, y el perro Dante, un simpático labrador retriever de 8 años que suele recibir con euforia a los visitantes. Su padre, Carlos León, vive en otra casa, a pocas cuadras. Mary tiene, además, un hermanastro mayor (Óscar, hijo de su mamá) y dos hermanastras menores (Laura y Luisa, hijas de su papá).

El veneno y el refugio

Afuera brilla el sol, aunque no lo veamos desde aquí. Es un jueves de mediados de marzo. Estamos sentados en el sillón de la sala de su casa, en el barrio Simón Bolívar. Cerca de nosotros hay una máquina de coser y un pequeño comedor. En la cocina, a nuestra espalda, se encuentra su mellizo, Anderson, calentando un café; mientras, Dante mueve la cola y se pasea trazando círculos a nuestro alrededor. Mary habla con calma, tiene el pelo negro —aunque su color natural es castaño claro—, una piel blanca muy bogotana, dos tatuajes en los antebrazos y otro en las costillas. Hoy, lleva una camiseta negra en la que se lee la inscripción “Hello”: suele comprar ropa en la sección de hombres, detesta las florecitas y los diseños muy “femeninos”. Le he pedido que me cuente sobre sus años escolares y sus épocas más difíciles, antes de entrar a su nueva y promisoría realidad (la que me ha traído hasta aquí).

Ella me mira tranquila, con esos ojos cafés, a través de unas gafas de marco violeta, y dice: “Siempre he sido así, solitaria, retraída, de pocos amigos. De niña tenía pesadillas con brujas. Me daba miedo vivir”. Intuía que algo le pasaba, pero no sabía qué. “Esa mañana que no pude salir del baño, mientras mi amiga me esperaba afuera, comencé a entender que sufría de ansiedad y depresión”, dos trastornos que afectan a buena parte de su familia. “No se lo contaba a mi mamá para no preocuparla, ella ya tenía demasiado con su trabajo y las deudas de la casa”. Ir al colegio, durante muchos años, salvo los tres últimos, fue una rutina dolorosa. “No encajaba. Hacía todo lo posible por enfermarme para faltar a clase”. Le costaba relacionarse con los demás. Sufría el matoneo. Se protegía a su manera. “Era una persona muy dura, muy fría, ¡un veneno! Sabía qué palabras usar para causar daño, fue mi mecanismo de defensa”. Y se atacaba a ella misma. Se autolesionaba. “Llegué a cortarme, pero nada grave. No tenía autoestima”. Sin embargo, el estudio era uno de sus refugios más seguros. Los libros de texto fueron la puerta de acceso a una fortaleza donde nadie más podía entrar. Allí adentro nada podía hacerle daño. Siempre fue una de las mejores alumnas de su curso. “Los profesores me querían mucho”.

El día de la graduación, a pesar de su timidez, quiso dar el discurso de despedida. Lo leyó ante un auditorio concurrido en la Biblioteca Virgilio Barco. Era una fecha especial. En la ceremonia, el colegio becó a dos estudiantes para que pudieran comenzar su etapa universitaria. Ella logró una mención de honor, pero no recibió ese auxilio. Su padre, a quien secretamente le había dedicado el discurso, se marchó enojado. Le parecía poco lo que su hija había conseguido. Mary lo buscaba entre la gente. “Pero él se había ido a su casa sin despedirse. Fue un momento muy difícil”. Fin del colegio.

¿Prueba positiva?

Mary me cuenta su historia sin señales de tristeza y casi siempre ha mantenido una media sonrisa. Es como si hoy se sintiera lejana de aquellos días grises. Dante descansa en el piso. “Nadie sabe cuándo van a llegar los cambios”, dice con una mueca feliz. Su gran cambio comenzó a mediados del año pasado, cuando vivíamos otro de los picos de la pandemia causada por el covid-19.

—Yo no creía. Había leído ese anuncio varias veces, pero pensé que era una mentira. ¿Qué pensarías tú si ves en las redes sociales una convocatoria distrital que te promete educación gratis?

—Que es una trampa, una mentira o una publicidad engañosa —le respondo.

—Yo creía lo mismo, ¿por qué la Alcaldía nos iba a financiar los estudios? ¿Sería cierta tanta ‘belleza’? ¿Nos pagarían la carrera y luego tendríamos que devolver el dinero con sangre? —dice con tono burlón.

Después de abandonar las aulas del República de Panamá, Mary quería continuar su formación académica. En el Politécnico Internacional estudió durante algunos meses Seguridad Ocupacional, pero no pudo seguir pagando las clases. En su casa se acumulaban las cuentas por saldar y los salarios de su madre y su hermana Diana no alcanzaban a cubrirlas. “Yo era mayor de edad, tenía casi 19 años, era hora de trabajar para ayudarlas. Mi sueño de seguir una carrera universitaria tendría que esperar”.

Realizó varias labores: fue analista y digitadora de cuentas médicas en una empresa independiente, cajera y empacadora en dos supermercados de la marca Carulla, asesora en un *call center*. Hasta trabajó resolviendo las dudas de los clientes en varias entidades prestadoras de salud, ¡en plena pandemia! “Tenía que atender muchísimas llamadas y solucionar cada caso en un tiempo máximo de cinco minutos. Era imposible”. En todos esos intentos laborales, especialmente en el último, sufrió las traiciones de la ansiedad, un trastorno que paraliza,

confunde y debilita la voluntad de quienes lo padecemos —sí, yo también lo sufro desde hace varios años. Entiendo muy bien qué siente Mary—. Inventamos tragedias, proyectamos un futuro peligroso, sentimos miedo incluso en las situaciones más familiares y no, de nada ayudarán frases como: “¡Claro que puedes ir a trabajar! ¡Estás joven y no te falta nada! ¡No seas tan débil!”.

Lo que siente Mary no es una excepción. En 2017, según cifras de la Organización Mundial de la Salud, más de 264 millones de personas presentaban esta patología en todo el planeta. Hoy, por cuenta de la pandemia, la ansiedad y la depresión tuvieron un aumento del 25 % (de acuerdo con un informe reciente de la misma OMS). Los principales afectados han sido los jóvenes, así lo reveló, a finales de 2021, un estudio de la revista médica *The Lancet*.

Aunque ella no empeoró durante la época del aislamiento, sí enfrentó una fuerte crisis. “Tenía miedo de trabajar. No quería ir al *call center*. ¿Qué cliente me insultaría hoy por no poder resolver su problema? Ante el más mínimo resfrío me hacía la prueba de covid-19 y deseaba con todas mis fuerzas que saliera positiva para poder quedarme en casa”.

Una ‘mentira’ cierta

Su vida no podía continuar así. Tenía que llegar el cambio que tanto esperaba. “Sentía que estaba atrapada dentro de un gran frasco de vidrio. A través de él podía ver lo que sucedía ahí afuera, veía que la vida de mis amigos y de la gente que quería continuaba, avanzaba. La mía se había detenido”. Sin saberlo, dentro de poco saldría del frasco. Y el pase de salida estaba en ese anuncio que ella varias veces había leído con incredulidad. Su hermanastra Laura le dijo que se inscribiera. Se trataba de la primera convocatoria del programa Jóvenes a la U, que se lanzó el 17 de junio de 2021. Esta iniciativa de la Secretaría de Educación de Bogotá les brinda a los jóvenes de menores recursos económicos la posibilidad de acceder a la formación superior de manera gratuita.

Mary desconfiaba. “¿Gratis?”. Leyó la información general, entendió que de las tres líneas de ayuda ofrecidas, ella podía acceder a la llamada “Admisión especial ampliada”. Revisó los requisitos generales y los cumplía todos: era menor de 28 años, egresada de un colegio distrital —también podían participar bachilleres de instituciones privadas—, había presentado las pruebas Saber 11, y no estaba matriculada en ninguna universidad o escuela de formación técnica. Eligió tres posibles carreras: Seguridad Ocupacional, Ingeniería Civil y profesional en Lengua Inglesa. Dependiendo de los cupos disponibles, podría estudiar en alguna de las 33 universidades —27 públicas y 6 privadas— involucradas en el programa.

Llenó el formulario electrónico, lo envió y, sin muchas ilusiones, comenzó la espera. Mary no lo sabía, pero se habían presentado 81.137 jóvenes de todo el distrito, ¿habría una beca para ella? En los primeros días de julio debía aparecer la lista con los seleccionados.

El viernes 16 de julio, la alcaldesa, Claudia López, y la secretaria de Educación, Edna Bonilla, anunciaban los primeros 5.371 beneficiarios de Jóvenes a la U (al final se habilitarían 5.829 cupos). Ese día, López explicó que se entregarían “becas ciento por ciento gratuitas para financiar no solo la matrícula, sino también el sostenimiento de los jóvenes a lo largo de la carrera”. El 80 % de los elegidos fueron mujeres. Contarían cada mes con una ayuda monetaria de un salario mínimo legal. Y sí, Mary estaba en la lista.

Había sido aprobado su ingreso para estudiar Lengua Inglesa en la Universidad San Buenaventura, en el norte de Bogotá. Estaba contenta, pero, como siempre, desconfiaba. Todavía debía esperar la llamada del jefe del plan de esa institución. “Seguro no me llaman”, se repetía. Los días pasaban. Su móvil no sonaba. Una mañana salió para urgencias acompañada por su hermano Anderson. Sentía un gran cansancio y un dolor constante en el pecho —síntoma recurrente en los pacientes con ansiedad—. El chequeo rutinario no reveló ninguna cardiopatía. De regreso a casa entraron en un supermercado. Anderson la observaba de lejos. Vio que sacó el celular del bolsillo y atendió una llamada. Su hermana sonreía. Saltaba. “¿Qué pasa? ¿Estás bien?”. Ella no le respondía, solo agitaba los brazos. Era la confirmación que esperaba. ¿Y el dolor en el pecho? “¿Cuál dolor en el pecho! Me habían aceptado en la universidad. Y solo pasamos tres estudiantes del programa a este pregrado”.

‘Panita, claro que podemos’

Nadie sabe cuándo van a llegar los cambios. Unas cuantas semanas después, Mary comenzaba su formación en una institución educativa privada. La beca de Jóvenes a la U le asegura sus estudios durante los cuatro años y medio que dura la carrera. Un alumno regular del pregrado en Lengua Inglesa tendría que abonar 3.840.000 pesos por semestre; ella solo pagará los derechos de grado. Además, la carrera es virtual, una feliz coincidencia que le evita el estrés de socializar con un nuevo grupo (al menos cara a cara).

Sus compañeros la respetan y la valoran. Especialmente su mejor amiga, Adriana Gutiérrez, una joven de 19 años que vive en la localidad de Usme (en el sur de la capital), otra de las beneficiarias del programa. Se conocieron al entrar a la universidad. “Si la vieras en clase —me dice—. Mary participa mucho, es muy

clara en sus intervenciones y luce muy extrovertida. Es difícil creer que le cueste hacer amigos. Es una persona muy sencilla, ojalá ella pudiera ver todas las cualidades que tiene de la misma forma que las vemos quienes la rodeamos”. Adriana le dice “Panita”. Y es su apoyo cada día. “Panita, claro que podemos; Panita, entre las dos lo hacemos; Panita...”.

Al ser estudiante de la Universidad San Buenaventura, Mary cuenta con la ayuda del PAOE (Programa de Acompañamiento y Orientación Estudiantil) y, por primera vez, ha tenido acceso a una asesoría psicológica permanente. “El estudio, al que dedica mucho tiempo, y las terapias psicológicas han sido de gran ayuda. Ahora es más abierta, no le intimida decir qué piensa. Ha ganado confianza y está aprendiendo a manejar mejor su ansiedad y su depresión”, dice su madre, Luz Mery Amaya. Su hermano Anderson también ha notado los avances: “Ella siempre ha sido muy aplicada, pero ahora su dedicación es mayor. La veo más activa, más comprometida. Eso sí, cada día le pido que no se critique tanto. Y le digo: ‘Mary, ¡tienes que salir más!’. Es una buena persona”.

A pesar del miedo a socializar, esta vez Mary ha asumido nuevos retos. Hoy es la representante estudiantil de la Facultad de Humanidades. “Aún me asusto cuando debo asistir a alguna reunión, pero no me parizo, no me quedo en casa, esta vez estoy decidida a enfrentar mis temores”. Una de sus propuestas es trabajar sin descanso para hacer visibles los trastornos mentales. “Hay que pedir ayuda, si tienes la posibilidad de comenzar tu terapia con un psiquiatra o un psicólogo, ¡hazlo! No lo guardes, no lo calles, no lo sufras en silencio”.

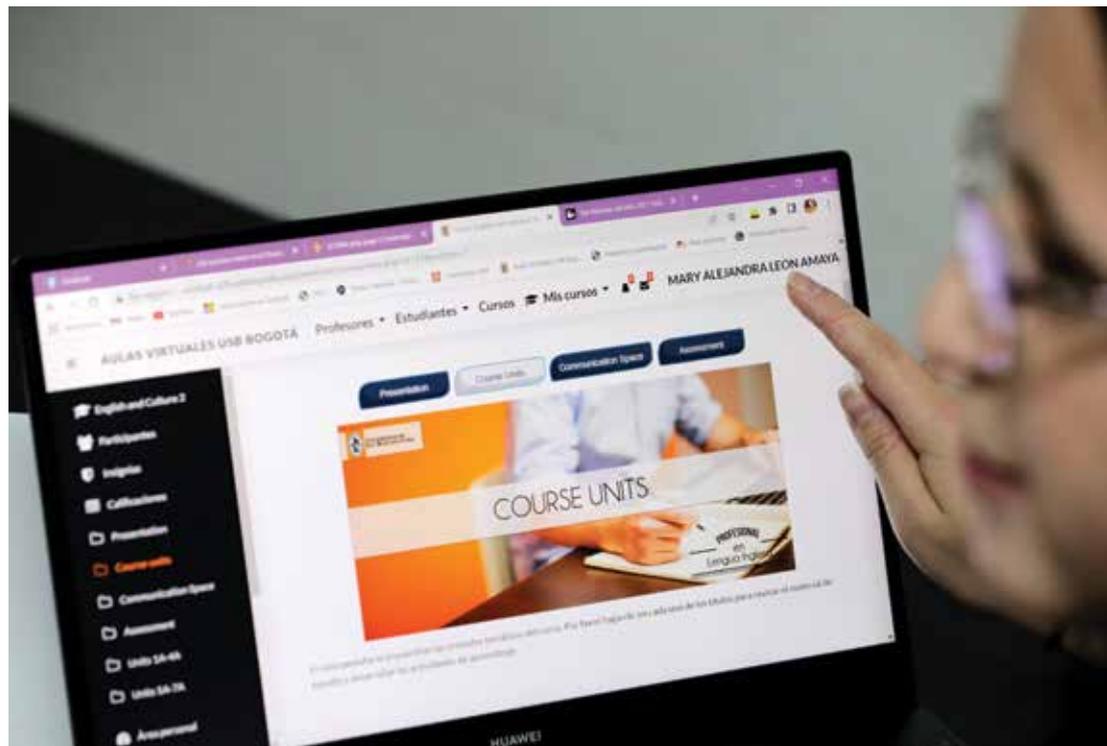
¡Despierta!

Anderson ha vuelto a entrar en la cocina. Lo veo cortar unas cebollas y alistar unos tomates. Empieza a preparar el almuerzo. Dante lo sigue lentamente. Miro la hora, es tiempo de despedirnos. “Al final era verdad. Sí era gratis”, le digo a Mary. “Je, je, sí, era gratis, y era cierto. Cuando salen los avisos de Jóvenes a la U —que desde su tercera convocatoria será administrado por la Agencia Distrital para la Educación Superior, la Ciencia y la Tecnología, Atenea— yo les digo a mis amigos, inscríbanse, ¡pero ya!, no lo piensen. A veces hay que creer”.

Poco antes de decirnos adiós, me cuenta que ha cambiado sus rutinas; que cada tarde va al gimnasio del barrio —“el deporte ayuda”—; que es una amante de los videojuegos “de disparar”, como *Call of Duty* o *Army of Two*, y también de los de aventuras, como *Remember Me*; que una de sus canciones favoritas es *Californication*, de Red Hot Chili Peppers —detesta el reguetón—; que se ha visto “diez mil veces” la saga de Harry Potter... Luego me da una de las mejores definiciones

que he escuchado sobre la ansiedad —y he oído y leído muchas—: “Ella no llega a tu vida para castigarte, la ansiedad está contigo para enseñarte, para llamarte la atención y recordarte que eres humano y que a veces estamos demasiado desconectados de nosotros mismos. La ansiedad te dice: ‘¡Despierta!’ Y te ayudará a demostrar toda la fuerza que tienes dentro”.

En unas horas, Mary estará en el gimnasio. De ahí saldrá corriendo hacia su casa para comenzar, a las 6 de la tarde, sus clases virtuales. Es probable que siga estudiando hasta la medianoche, hasta que el cansancio la obligue a ‘salir’ de su fortaleza favorita. Ella seguirá conviviendo con su ansiedad —que en esta nueva etapa la afecta muy poco— y quizás en algunos años logrará todo lo que se ha propuesto. Como me dijo su madre: “Cada uno de sus triunfos será un premio para ella, pero también para mí y para toda su familia. Los logros de los hijos también son logros para los padres. Que brille en lo que ella elija”.



Fotos: Héctor Fabio Zamora





Patxo Escobar dirigió durante cuatro años la revista *Esquire Colombia*. Es el editor de los tres *best sellers* del doctor Carlos Jaramillo: *El milagro metabólico*, el título más vendido en Colombia en 2019, 2020 y 2021, *El milagro antiestrés* y *CoMo*. Es profesor de redacción periodística y creador del proyecto multimedia T.A.P.: The Anxiety Project, en el que habla de la ansiedad y el pánico, trastornos mentales que se han multiplicado en este siglo y que él padece. Muy seguramente, por eso, al describir a Mary en esta crónica hay una profunda complicidad y entendimiento por una enfermedad compartida.



ESTUDIAR PARA NO MORIR

POR JOSÉ ALBERTO MOJICA PATIÑO

La casa donde Nayerli Niyireth vive con su familia, en arriendo, queda lejos. Muy lejos: en el extremo suroriente de Bogotá, en la localidad de San Cristóbal, a los pies de los cerros que custodian la ciudad. Hay que subir y subir por calles empinadas que parecen una culebra sin cabeza ni cola.

Es una casa en obra gris. En el primer piso queda el apartamento de la abuela Rosaurina, de 68 años y nacida en Barbacoas (Nariño). Vive solita y añorando a un marido que se le murió de cáncer de próstata. El papá de sus once hijos, entre ellos Neira. En el segundo piso, en dos piezas, viven cinco personas: Nayerli Niyireth y su mamá, Neira, duermen en un camarote; y en la otra pieza, sus hermanos Briyidh, de 23 años; Yeisson, de 17, y Mónica, de 15.

Es una casa humilde, con evidentes precariedades, aunque limpia y organizada. Los armarios están rotos. Los cables de la luz cuelgan del techo y las paredes. La nevera ya no enfría y tiene la puerta dañada. Al fondo se ve el lavadero, donde deben estregar la ropa a mano porque no tienen lavadora.

En la entrada de la casa cuelga un afiche con el salmo 91 de la Biblia, decorado con flores y pajaritos:

No temerás el terror nocturno.

Ni saeta que vuele de día.

Ni pestilencia que ande en la oscuridad.

Ni mortandad que en medio del día destruya.

Al lado hay un sombrero mexicano azul y una foto de Nayerli Niyireth Montaña Meza el día de su grado de bachiller. Tiene un ramo de rosas en las manos y debajo dice: 'Prom 2020'. Se graduó del colegio San José, también en el sur de la ciudad, a finales del primer año de la pandemia. Recibía clases por WhatsApp. Y sí, era muy complicado estudiar de esa manera, en una casa estrecha, sin profesores ni compañeros. Y sin los libros de la biblioteca escolar. Pero eso no le importó. Bien ha sabido ella sortear pestilencias en la oscuridad y mortandades en medio del día y terrores nocturnos.

Desde que nació, ha luchado por no morir. Duró hospitalizada un año y medio en Cali porque tenía una llaga en el pecho que no paraba de sangrar. Desde los 2 años tuvo que aprender a esconderse entre los colchones, debajo de la cama, junto con sus hermanitos. Ahí los embutía mamá Neira para que las balas no los alcanzaran. Y también aprendió a esquivar saetas y a huir por entre los terrores del monte porque iban a reclutar a sus hermanos mayores y a matar a su familia. Desde que era una niña, ella y todos los de su casta han sobrevivido a los enfrentamientos entre la guerrilla, los paramilitares y el ejército. Desde niña, supo que su única salvación era resistir. Y estudiar.

Pero al graduarse, como tantos jóvenes colombianos, no encontró mayores oportunidades. Quería ser abogada. O contadora pública. ¿Pero cómo pagar una universidad si su mamá trabaja como aseadora en un jardín infantil y su familia siempre ha sido muy, muy pobre? Pensó en entrar al Sena mientras trabajaba en la Alcaldía Local de San Cristóbal como vigía ambiental, arrancando retamo espinoso: una planta de flores amarillas y espinas expuestas, muy bonita, que realmente es una plaga que se traga todo a su paso: la pestilencia. Fue entonces cuando su profesor de Sociales, Juan Pablo Betancourt, le envió un mensaje vía WhatsApp con el enlace de Jóvenes a la U, de la Secretaría de Educación de Bogotá: una iniciativa dirigida a jóvenes de los sectores sociales más vulnerables, con 20.000 cupos nuevos en becas de educación superior. El profe Betancourt, un ángel de esos que aparecen en el salmo 91: *"Pues a sus ángeles mandará acerca de ti, para que te guarden en todos tus caminos"*.

"Me postulé, aunque dudando. Pensaba que sería muy difícil pasar", cuenta hoy, a sus 20 años. Escogió Contaduría Pública, que siempre fue su segunda opción después de Derecho. Y a los pocos días la contactaron para decirle que había conseguido una beca del ciento por ciento de la carrera más un salario mínimo vigente por semestre. Y muy agradecida —ella y toda su familia— empezó a estudiar en la sede sur de la Universidad Antonio Nariño, ubicada en la calle 22, arriba de la avenida Caracas, pues el programa del que es beneficiaria busca que las universidades estén en sus mismas localidades.

Debe salir de la casa a las 5 de la mañana porque sigue trabajando en la Alcaldía Local de San Cristóbal, ahora como coordinadora de los vigías ambientales que arrancan esa maleza de florecitas amarillas. Al mediodía regresa para almorzar —muchas veces debe cocinar— y ponerse al día con las tareas. Y a las 5 de la tarde sale en el SITP, su medio de transporte, rumbo a las clases que arrancan a las 6 y que se extienden hasta las 10 de la noche. Y a esa hora debe esperar el bus que la llevará de regreso. Aunque muchas veces camina, cuando la plata no le alcanza para el pasaje. Hoy, es una aventajada estudiante de segundo semestre de Contaduría Pública.



Nayerli Niyireth Montaña Meza nació en Cali el 19 de julio del 2002. Es la tercera de los cinco hijos de su mamá, después de Eider, de 26 años, y Briyidh, de 23: una chica alta, bella y entusiasta, de 1,74 de estatura. Una gacela de piernas larguísimas que bien podría ser modelo o atleta pero estudia Recursos Humanos en el Sena.

Desde niñas —cuentan ambas— han sido muy buenas estudiantes pese a todas las escuelas y colegios por los que han pasado en esa vida nómada a la que las llevó el conflicto armado de este país. “Tuve que repetir primero varias veces”, dice resignada Briyidh mientras hace las tareas. Sabe que la entrevista es para su hermana, pero por fortuna se mete en la conversación y complementa los relatos.

En los colegios por los que pasaron, en Bogotá, cuentan ambas, las humillaron y discriminaron por ser negras. Y porque llevaban los zapatos rotos. Muchas veces llegaron sin probar bocado. “Nos acostábamos apenas con un pan y una aguapanela”, dice Briyidh y se echa a llorar. Desde niñas, han sido muy creyentes. Siempre Dios por delante. Eso se lo enseñó a todos mamá Neira.

Nayerli Niyireth lleva el pelo crespo y corto, atrapado en trenzas que le llegan hasta los hombros. Es amable, tranquila. Tímida. Sonríe levemente, sin dejar ver sus dientes blancos. Habla sin sobresaltos, como si estuviera conteniendo la alegría. O como si nunca la hubiera conocido. La tristeza se refleja en sus ojos cafés.

Revela esa mancha curtida y rugosa al lado derecho del pecho, producto de la enfermedad con la que nació: angioma cutáneo: pepitas rojas, una llaga abierta que era un río inatajable de sangre y que finalmente lograron sanar con menjurjes calientes elaborados con lodo y borjój.

Eso lo recuerda Neira al evocar la época en la que su hija estuvo hospitalizada. La pequeña Nayerli Niyireth creció en hospitales porque se desplomaba todo el



Fotos: Héctor Fabio Zamora

174



tiempo. Y por esa llaga. Y por la cabeza, que se le estallaba del dolor. Al comienzo les dijeron que podía ser leucemia, pero el diagnóstico concluyó que padecía hipoglucemia: le faltaba azúcar en la sangre. Un mal que todavía padece aunque ya lo controla.

En Cali vivían en el barrio Mojica, un sector marginado donde compartían vivienda con varios familiares. La mamá vendía empanadas y fritanga afuera de la casa. Trabajaba como empleada doméstica. “Pedía monedas en la calle, en los buses, para pagar el tratamiento de la niña y para llevar comida a la casa”, cuenta Neira. “Gracias a Dios estamos vivos, porque casi nos matan, varias veces”, sigue.

Nayerli Niyireth tenía 6 años cuando el papá de su hermana menor y entonces marido de su mamá, Salvador Robledo, consiguió trabajo en una finca del Meta. Raspando coca. Sembrando yuca y plátano. Cuidando el ganado. Y todos se fueron en bus desde Cali hasta la vereda El Danubio de Puerto Rico (Meta). A Neira le dieron trabajo como cocinera. Y sus cinco hijos, más un sobrino del marido que se llama Jorge David, dormían en una piecita, uno al lado del otro, como racimos de bananos sobre dos colchones.

“La escolita quedaba lejos, así que no podíamos ir siempre. Además, era muy peligroso el camino”, recuerda Nayerli Niyireth. Un camino en el que eran comunes los enfrentamientos entre el ejército y los hombres de la entonces guerrilla de las Farc. Llegaban unos a la finca a pedir comida y Neira tenía que cocinar. Llegaban otros a la finca y Neira tenía que cocinar. No podía negarse. Y por eso se ganó enemigos en ambos bandos.

Un día, a las 5 de la mañana, llegaron varios soldados a alertarlos: “Van a reclutar a los niños más grandes y es posible que los maten a todos”. “Estaba moliendo el café cuando llegaron los militares con sus armas a decirnos que nos teníamos que ir”. Cogieron algo de ropa y se fueron corriendo por el monte. Y después de una travesía que duró varias horas llegaron a un campamento del ejército de donde los sacaron en helicóptero para llevarlos a Villavicencio. Allí pasaron varios días hasta que los mandaron a un albergue en Bogotá donde vivían muchas familias desplazadas por la violencia, como ellos. Eso fue en el 2008.

Allí vivieron varios meses, hasta que Neira decidió buscar rancho aparte. Pagaría el arriendo con los pesos que se había ganado trabajando como aseadora. Así que se fue a buscar casa en las lomas del sur de Bogotá. “Pero siempre que decía que era para ella y sus cinco hijos, le tiraban la puerta en la cara —recuerda Nayerli Niyireth—. Hasta que una señora que era ciega y medio loquita nos arrendó dos piezas en una casa grande, donde también vivía una señora como con 50 perros que recogía de la calle. Vivíamos llenas de pulgas”, se echa a reír Briyidh desde el escritorio donde hace tareas, que también es una biblioteca con libros escolares sin

tapa y obras literarias como *La Vorágine*, de José Eustasio Rivera, y *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez. Sí: a las hermanas siempre les ha gustado leer.

El favorito de Nayerli Niyireth es *La metamorfosis*, de Franz Kafka. “Lo he leído cuatro veces. El protagonista es el pilar de la familia, hasta que se enferma y la familia lo abandona. Mi mamá siempre ha sido un ejemplo para mí, el pilar de nuestra familia, se ha esforzado mucho por sus hijos. Y si llegara a pasarle algo que le impida hacer las cosas por ella misma, nunca la abandonaría”, dice.

Vivieron varios años en “la casa de los perros”, como le dicen, que tenía un solar grande sembrado con duraznos, brevas y moras. Hasta que terminaron en esta casita, que le arrendaron a su mamá. Hoy, agradece, ella puede ayudar con algo para la comida. Y estudia con esmero porque quiere terminar rápido su carrera para hacer una especialización en Derecho Tributario. “Y quiero emprender. He hablado con varios compañeros para ver qué nos inventamos, aguacate o lo que sea, para exportar. Una profesora nos está asesorando”. Y quiere, sobre todo, servirle al país, aunque todavía no sabe cómo.

Su hermana Briyidh espera unas pasantías en la empresa Luker y sueña con ser psicóloga. “Cuando salí del colegio me puse a trabajar en una empresa de aseo porque no tenía cómo estudiar. Y me maltrataban, me humillaban. Por eso quiero trabajar en recursos humanos, para ayudar a los empleados, para que no los traten mal”, dice Briyidh.

Cuando se gradúe y consiga un empleo mejor pago, Nayerli Niyireth quiere comprarle una casa a la mamá. Una casa grande, con jardín, para que nunca más tenga que buscar otra en arriendo. “Soy la única de mis hermanos que está estudiando en la universidad y la primera mujer de mi núcleo familiar que ha tenido acceso a la educación superior”.

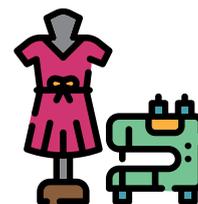
Y quiere viajar con ella, a descansar y a conocer esos lugares tan bonitos de Colombia que ha visto en los libros y en la televisión. Y espera poder volver al Meta, de donde tuvo que huir, pues cree necesario cerrar ese ciclo. “Yo por allá no volvería jamás”, refuta la hermana y vuelve a llorar.

“Yo sí quiero regresar, para sanar mi corazón”, dice Nayerli Niyireth y sonrío sin mostrar sus dientes blancos, con esos ojos cafés que miran tan tristes.





José Mojica es el editor de la Unidad de Reportajes Multimedia de *El Tiempo*. Durante más de 22 años de experiencia ha escrito crónicas y reportajes sobre acontecimientos y personajes dentro y fuera del país. Ha obtenido premios de periodismo nacionales e internacionales, entre ellos el Simón Bolívar (2017 y 2020) y el Ulrich Wickert, en Alemania (2019). En el 2010 fue escogido como una de las 15 nuevas plumas latinoamericanas por el concurso Nuevas Plumas. En el 2013 publicó el libro *Habemus santa*, sobre la santa colombiana Laura Montoya. En esta crónica, José hace un profundo retrato de Nayerli Niyireth, la primera mujer de su núcleo familiar que ha tenido la oportunidad de entrar a una universidad.



EL CAMINO DE LUZ

POR TATIANA ESCÁRRAGA

Una máquina de coser marca Pfaff color crema. Un maniquí para costura. Hilos. Bocetos con ilustraciones de moda. Un computador *gamer*. Un micrófono. Una silla, una cama doble y un armario. Afuera, el baño y la cocina, compartidos con un vecino. Poco más. En este minúsculo espacio que es dormitorio, sala y comedor habita Luz Ángela Barrera Monroy. Bogotana, 25 años, pelo negro liso, muy largo. Pantalón y blusa negros. 1,68 metros de estatura. Cuerpo redondo. Labios pintados de rojo.

—Estamos en el proyecto final de este semestre. Así va a ser mi propuesta: bota ancha en el pantalón porque nos basamos en los años setenta; el tema de inspiración que escogimos fueron los siete pecados capitales; el rojo es por la ira; el degradé representa cuando llega un punto de la ira donde ya todo es oscuro.

Se le da bien ilustrar. Sus modelos son estilizadas, de piernas infinitas. Con clase. Le gusta el negro. Le va lo gótico. La máquina de coser se la regaló su tío. Luz estudia Diseño de Modas en la Universidad Ecci. Está terminando el segundo semestre. Parece que todavía le cuesta creérselo. Hace mucho tiempo que había renunciado a cualquier posibilidad de cursar esa carrera.

—Yo siempre quise ser diseñadora de modas, pero tuve que descartarlo de entrada porque no podía pagar algo así.

Luz es una de las beneficiarias del programa Jóvenes a la U de la Alcaldía de Bogotá. La iniciativa está dirigida a menores de 28 años de sectores sociales vulnerables. Con este proyecto se financian programas de educación superior (técnico, tecnólogo o profesional) y se concede un apoyo económico de hasta un salario mínimo por semestre. La convocatoria del 2021 otorgó 5.821 cupos entre más de 80.000 inscritos.

—Creo que era julio del 2021 cuando me avisaron. Yo estaba en Melgar, eran más de las 9 de la noche. Pensé que me estaban llamando de una escuela

donde había averiguado por un curso de maquillaje artístico, pero no. Me dijeron que había participado en una convocatoria y que había sido becada en la Eccí. Me puse a llorar.



Luz Ángela Barrera Monroy supo desde muy pequeña que quería ser diseñadora de modas. Tal vez porque le encantaba hacerles vestidos a las muñecas Barbies que su mamá le compraba y que se inventaba junto a su abuela. Cuando las menciona, se pone triste. Ambas fallecieron en el 2018. En febrero murió Teresa Monroy, la abuela. Y en septiembre, Nubia Monroy, la madre.

—Ellas me criaron, eran mi núcleo, mi todo. Fue devastador. Yo traté de seguir con mi vida normal. Los dos primeros años he sido muy fuerte, pero ahora he empezado a sentir un poco más de afectación. A veces siento que no hice muy bien el duelo.

Luz nació en Bogotá en mayo de 1997. Casi toda su vida la pasó en el barrio Garcés Navas, en la localidad de Engativá, en el noroccidente de la capital. Su mamá era manicurista —con ese oficio la sacó adelante—, mientras su abuela cuidaba de ella. El papá tiene otra familia, pero siempre ha estado cerca. Cuando terminó el bachillerato, justo en el momento en el que se convenció de que el Diseño de Modas era una quimera, optó por un curso gratis de Diseño Gráfico Multimedia en el Sena. No era lo que más le gustaba, pero en algo se parecía —o eso quiso creer— a lo que había anhelado.

Debía tener unos 19 años cuando le tocó asumir el rol de cabeza de familia. Nubia Monroy enfermó y no pudo volver a trabajar. Por ese entonces, Luz estaba comenzando una práctica del Sena en un estudio de fotografía. Hacía de todo. Desde tomar fotos hasta atender la recepción. Estuvo seis meses, hasta que se acabó el contrato de aprendizaje. De allí se fue a una empresa de telefonía a vender celulares, pero, dice, la explotaban. Aguantó un año y se fue a trabajar con el papá.

William Barrera, el padre, tiene una empresa en el sector de la construcción. Con lo que ganaba allí, trabajando como recepcionista, Luz entró a estudiar Diseño Gráfico en la Fundación Universitaria San Mateo. Eso fue en aquel nefasto 2018, cuando murieron su madre y su abuela. Cada semestre costaba unos 2 millones de pesos. Una parte la pagaba ella, y otra, su papá.

Estando en la universidad se vino la pandemia. El mundo se puso patas arriba. También su vida (otra vez). En febrero del 2020 había llegado desde Buenos Aires Luis Ramón Rodríguez, de 23 años, el muchacho de ojos claros que había conocido unos años atrás en Facebook y que dejó todo para iniciar una vida a su lado en Bogotá. A las pocas semanas, confinaron al planeta entero. La empresa de su papá echó el cierre. Fue el caos.



Luis y Luz miran atrás y se ríen un poco de aquellos días que parecieron un túnel sin salida. Se ríen, pero se nota cierta angustia cuando traen a la memoria ese año paréntesis, ese 2020 en que el mundo se detuvo: sin trabajo, sin ingresos, sin esperanza, prácticamente viviendo de la caridad de la familia.

Si en Colombia la situación socioeconómica de los jóvenes entre 15 y 28 años ya era crítica, con la pandemia se exacerbó. Una radiografía rápida de ese segmento de la población arroja cifras descorazonadoras: la tasa de desempleo juvenil se ubicó en el 20,6 % entre noviembre del 2021 y enero del 2022, lo que supone que 1,27 millones de chicas y chicos estaban desempleados en ese periodo, según el Dane. En el 2021, la llamada ‘generación nini’ (que ni estudia ni trabaja) alcanzó el 34,5 % entre los 18 y los 24 años, según la OCDE. Otros informes han concluido que el suicidio es la tercera causa de muerte de los 15 a los 24 años. Y cuando les preguntan a los jóvenes en qué situación se encuentran, casi la mitad reporta “una sensación de estancamiento” emocional, económico y laboral, concluye un estudio del diario *El Tiempo* publicado en el 2020.

La incertidumbre aumentó con la pandemia. Tener un título profesional ya ni siquiera es garantía de conseguir un trabajo digno en Colombia. A Luz esa situación la atraviesa. Por momentos se nota desencantada. Más bien incrédula. Muchas veces ha pensado que lo mejor es emigrar. “Este país es muy difícil para los jóvenes. Las oportunidades son casi nulas. ¡Nos toca guerrearla mucho! Sigo pensando que no quiero quedarme aquí”, dice.

Hablamos una mañana de lunes festivo. La habitación donde vive con su novio forma parte de un caserón convertido en una especie de inquilinato en el barrio Simón Bolívar, en la localidad de Barrios Unidos. No paga renta porque el domicilio es propiedad de su padre. El baño y la cocina los comparten con Marcos Jaimes, un joven colombo-venezolano que además es su mejor amigo. Luz dice que fue él quien los salvó del abismo durante la pandemia. “Era el único que tenía trabajo, nos ayudó mucho”.

El virus hizo que abandonara la carrera de Diseño Gráfico. No tenía con qué pagarla y tampoco se sentía cómoda en la modalidad *online*. En algún momento de ese año, ella y su novio pasaron a formar parte de la generación de los ‘ninis’, esos jóvenes inmersos en el limbo del sistema.

“¿Qué hago?”, se preguntó varias veces. “Qué duro es volverse a levantar”, pensó. La empresa de su padre arrancó de nuevo, pero solo le dieron trabajo tres veces a la semana. Apenas le alcanzaba para sobrevivir. A su novio tampoco le iba mejor vendiendo tapabocas para una fábrica. Hacían lo que podían, con lo que tenían. Pero no todo fue tan malo. Ese tiempo de pausa le sirvió para darse cuenta de que el diseño gráfico no era lo suyo. A la larga, había sido una buena decisión. Lo siguiente era buscar otro camino. Pero no el diseño de modas, claro. Ese estaba muy lejos.



Fotos: Mauricio Moreno



—Seamos sinceros: no me veía toda la vida sentada haciendo fotomontajes. Qué flojera. Me puse a buscar otra cosa y me decidí por el maquillaje artístico. Y pensé: le voy a echar el cuento a mi papá, a ver qué dice.

En esas andaba cuando a principios del 2021 se topó con una publicación del Instagram de la alcaldesa, Claudia López. Era una invitación a participar en el programa Jóvenes a la U.

—Me inscribí por no dejar, porque no creía en eso. En este país uno está acostumbrado a que los gobiernos no ayudan, que todo es mentira. Entré a la página y vi que en cada modalidad de convocatoria te dejaban escoger la carrera y la universidad. En tres opciones volví a poner Diseño Gráfico, porque me dije a mí misma que sería bueno terminar. Solo en la cuarta y última puse Diseño de Modas. Yo ya ni pensaba en eso, no lo tenía presente. Estaba convencida de que no podía estudiar esa carrera.

• • •

En la habitación de Luz el reloj suena a las 6:30 de la mañana. Muchas cosas han cambiado desde aquel 2018 en que perdió a su familia. La jornada es larga. Ya no trabaja con su papá, volvió a la presencialidad en la universidad y desde hace dos meses encontró trabajo en el taller de Jorge Duque, uno de los diseñadores top de Colombia. Un lujo.

Se ve feliz. Como si por fin el cielo se hubiera despejado. A las 8 sale para el taller de Duque (“sé que voy a aprender muchísimo de corsetería, eso me encanta”), y desde ahí se traslada a la universidad, pasadas las 5 de la tarde. Estudia hasta las 10 de la noche, llega a casa y a veces tiene que hacer tareas hasta las 2 de la mañana, pero eso no parece un problema. Al fin y al cabo, está haciendo lo que siempre soñó. La beca le cubre la matrícula y le asigna un salario mínimo al final de cada semestre. Y con lo que gana en el taller de Duque paga los otros gastos. Su novio sigue buscando empleo, pero está tranquilo. “Yo trabajo desde los 12 años, esto no me va a quedar grande”, asegura él.

Marcos Jaimes, el amigo de Luz, dice de ella que es muy creativa, alegre y extrovertida. Que ama los videojuegos (sus favoritos son *Valorant* y *Gta 5*). Que no le gusta cocinar. Ni el desorden. Y que es muy trabajadora. Natalia Ramírez, la amiga que la recomendó en el taller de Jorge Duque, dice que es espontánea, con mucho sentido del humor y apasionada por la moda. Las dos se conocieron en el curso aquel de Diseño Multimedia del Sena. Natalia cuenta que llegó tarde, que estaba perdida y que Luz la acogió. “Ella me orientó, me prestó las guías y me ayudó. La recuerdo como una persona bonita”. Luis, su novio, la describe como una mujer “luchadora” que “*flashea* mucho”, como llaman en su país, Argentina, a los que no dejan de soñar.

Cuando le preguntan por el futuro, Luz se imagina teniendo su propio taller o trabajando para una marca importante. Admira a Balenciaga, a veces a Pucci y los diseños rocambolcos de Iris van Herpen. Algo así le gustaría hacer.

Irrumpir en el escenario de la moda con una propuesta arriesgada que no deje a nadie indiferente. Está en ello. Mientras, fantasea con vestir a las cantantes Rosalía y Billie Eilish. ¿Por qué no? Esto apenas comienza.





Tatiana Escárraga es periodista, investigadora y editora de contenidos, graduada de la Universidad Autónoma de Barranquilla y con un Máster de periodismo del diario *El País* y la Universidad Autónoma de Madrid. Trabajó en *El País*, de España, y fue editora de la redacción dominical de *El Tiempo*, en Colombia. También ha publicado en la *Liga contra el Silencio*, *Semana* y *Diners*, entre otros medios dentro y fuera del país. Tatiana ha ganado tres veces el Premio Simón Bolívar, el más reciente en el 2021, en la categoría de mejor entrevista en prensa escrita. En la crónica que escribió deja ver cómo volverse a levantar, aunque difícil, sí es posible. Luz Ángela Barrera, por ejemplo, cuando menos lo creía, logró estudiar en la universidad la carrera que siempre había soñado.

DESDE EL ANONIMATO SOSTUVIERON LA ENTIDAD

Abrazos, muchos abrazos, muchísimos abrazos. ¿Qué más se puede esperar de una ‘abrazatón’? Con ese evento la nueva administración de la Secretaría de Educación —que hacía poco se había posicionado— quería integrar a todos los funcionarios.

El día del acto coincidió con la confirmación del primer caso de covid-19 en Colombia: 6 de marzo del 2020. Así que al temor de algún contagio en ese encuentro se sumaron la angustia y la incertidumbre cuando se decidió, como la historia lo ha registrado, decretar el confinamiento de toda la ciudad. No era para menos. No se podía dimensionar lo que esa medida podía significar para la segunda entidad más grande del Estado —después de la Policía Nacional—, que tiene a su cargo 38.595 empleados directos.

Solo hubo tiempo de sacar unos cuantos documentos y ya. A las dos semanas, supuestamente, se regresaría. Sin embargo, dos semanas ya era una eternidad para una dependencia que maneja los recursos con los que se pagan miles de obligaciones y se manejan grandes volúmenes de información tanto física como virtual: la Subsecretaría de Gestión Institucional. Esta área, que debía velar por la seguridad de todos sus funcionarios ante el eventual contagio que podría haberse dado en la ‘abrazatón’ (que nunca sucedió), ahora se enfrentaba a manejar todos los pagos que demanda la

entidad desde fuera de las oficinas, entre muchas más responsabilidades como la atención a los ciudadanos, los contratos, los archivos...

Desde allí se giran mensualmente 180.000 millones de pesos de nómina, y, por ello, la angustia de transferir esos dineros fuera de la sede de la Secretaría era un riesgo tremendo, y más teniendo en cuenta que a la entidad la atacan los jáqueres 40 veces al día.

Pero se trataba del salario de los maestros, de los directivos docentes y del personal administrativo. Es la central del dinero, desde donde, además, sale la plata para pagar contratos como los de vigilancia y aseo de los colegios, del Programa de Alimentación Escolar y de todos los requerimientos de las otras áreas de la entidad. Un universo de números, contratos y cientos de solicitudes que requería cabeza fría, pero, sobre todo, un equipo humano comprometido para no fallar. Estos cuatro funcionarios representan a cientos que, desde sus casas, hicieron posible que la entidad no se detuviera...



DON ALVARITO, EL GRAN CABALLERO

A Álvaro Pinilla todos le dicen don Alvarito; el don se merece. A los 77 años, este bogotano sigue trabajando porque ama su labor diaria de archivo de contratos que están en la bodega Rosa Zárate de la Secretaría de Educación Distrital y porque hubo un problema con su pensión que todavía no ha solucionado.

Pero esto último es lo de menos. La pasión por lo que hace es la motivación para seguir al frente de su labor: tener a su cargo entre 30.000 y 40.000 contratos relacionados con docentes, enfermeras, personas que trabajan con lenguaje de señas en los colegios, bibliotecólogos, alimentación y transporte, interventoría y órdenes de compra. Su trabajo es revisarlos, actualizarlos, es decir, tenerlos al día, sin errores ni demoras. Lo hace con mente ágil, ojos listos, manos firmes.

Afirma que en la Secretaría de Educación encontró la razón de ser como funcionario público: “Trabajar por los niños y jóvenes para que puedan salir adelante”.

Con la oficina en casa, en Kennedy, estuvo desde del 17 de marzo hasta el 31 de mayo del 2020, supervisando y revisando 10 al día, al tiempo que siguió su rutina de siempre: levantarse a las 5:30 a. m., bañarse, desayunar y a trabajar. A la 1 p. m. almorzaba, hacía pausas activas, continuaba con su labor y a las 5 p. m. paraba.

Desde el primero de junio de ese año regresó a la bodega, junto con sus 12 compañeros, que son su otra familia. Allí, nunca han faltado los protocolos de bioseguridad y todos los equipos necesarios para la protección.

En casa, disfrutaron de la comida. Su esposa, Lourdes María Scoppeta, descendiente de un italiano que llegó a Colombia luego de la Segunda Guerra, cocina delicioso. Él no se queda atrás, porque su padrastro, también italiano y chef, le enseñó el placer de comer bien.

Con Lourdes María lleva casi seis décadas y aceptaron la vida que la pandemia les daba, que, de todos modos, era para agradecer. Tener recursos, trabajo, un hogar y las llamadas de los hijos y nietos que viven en Australia y Hawái eran motivos para sentirse felices.

Cuando se le pregunta por su buena actitud ante la vida, dice que debe ser porque fue deportista de alto rendimiento, jugó en Millonarios cuando era joven, sigue practicando tenis y diariamente hace 45 minutos de ejercicio en su bicicleta estática. Su hablar pausado va llenando el corazón de paz.



190

DORA ACERO: LA ROCA, LA FORTALEZA

Dora Acero tuvo 15 minutos, en marzo del 2020, antes del simulacro de confinamiento por la pandemia, para oír una charla y volverse ‘ducha’, con sus compañeros, en el manejo de aplicaciones como Teams, para las reuniones. Hizo su mejor esfuerzo y aprendió.

En la presencialidad, antes de la pandemia, atendía entre 60 y 70 personas diarias en la Oficina de Servicio Ciudadano, en el primer piso de la sede de la Secretaría de Educación, espacio que define como un lugar de vocación: allí se

reciben peticiones de padres, estudiantes y docentes y los funcionarios a cargo deben hacer bien el direccionamiento.

Lo suyo tiene que ver con la legalización de documentos para el exterior y esto incluye certificados de estudios que debe verificar. Cuando el proceso se completa, se le da el aval a la persona para que siga sus trámites en la Cancillería.

“Nuestra respuesta debe ser clara, veraz y rápida, direccionando bien a la oficina que tiene que seguir el trámite. Tenemos claro que en cada persona hay una necesidad y nos debemos poner en sus zapatos”, dice.

En su casa viven cinco personas: ella, su esposo, que se dedica a la hotelería, y sus tres hijos. “Y el comedor se volvió escritorio, porque el trabajo se hacía en línea y yo tenía hasta 100 peticiones diarias”.

Con un portátil que todos necesitaban, a veces, el internet no daba la capacidad, así que, si alguno tenía algo importante que hacer con su trabajo o estudio, los demás se desconectaban.

Además de trabajar, ser mamá y esposa, tuvo que ser la fuerte para que el mundo familiar no se cayera cuando dos cuñados fallecieron por el covid-19. Uno de ellos, hermano de su esposo; el otro, esposo de su hermana, que también tuvo la enfermedad y su recuperación ha sido muy difícil.

Todavía se le quiebra la voz cuando habla de esos momentos tan difíciles, pero agrega: “Yo no me podía derrumbar”. A su esposo también le dio la enfermedad y no solo fue el covid-19, lo acompañó una gran tristeza. Pero ella tenía claro algo: “Debía ser el soporte de todos”.

Con los días las cosas se fueron acomodando. Su esposo, por su trabajo, fue el gran cocinero de la familia: “Él es la estrella Michelin del barrio Tierra Buena, por Kennedy”, dice. Y en el día había premios: sacar a las dos mascotas al parque. Esos minutos se los repartían entre todos para respirar otro aire y estar en el exterior. En la terraza adaptaron un gimnasio para hacer ejercicio porque toda la familia aumentó de peso.

“La vida es muy frágil y aprendimos a valorar cada minuto”, dice. Más aún porque no podía visitar a sus papás, que viven en Duitama. Ellos aprendieron a usar WhatsApp y por videollamadas celebraron cumpleaños, con tortas y comidas.

Dora Acero ha vuelto a su ventanilla. Regresó en julio del año pasado. Y allí, de lunes a viernes, con buena disposición, con cariño, sigue poniéndose en los zapatos de la persona que llega buscando su ayuda.





CARLOS ARTURO CASTILLO Y SU CAMBIO TENAZ

Luego de más de dos décadas de ir a trabajar a diario, Carlos Arturo Castillo, de 47 años, secretario de la Oficina de Servicio al Ciudadano, tuvo que hacerlo desde su casa.

Al principio el proceso fue difícil. “Que le digan a uno ‘llévese su equipo’, fue tenaz”. Pero había que hacerlo y decidió asumir este proceso pues ha sido —y sigue siendo— un referente para sus compañeros.

Configuró su equipo con los aplicativos que necesitaba y organizó su vida en una mesita y con una silla en el segundo piso de la casa en la que vive con su mamá y un hermano.

De 7:30 a. m. a 4:30 p. m. se dedicaba a su trabajo. Mientras su mamá, pensionada, estaba pendiente de la casa. Pero su hermano, que tenía un bar, sufrió la peor parte. Castillo le dio tranquilidad, él tenía trabajo y entre todos debían asumir la nueva situación. Para eso está la familia.

Hoy resalta que hay una gran relación con ellos. Tuvieron más tiempo para conversar y comer juntos, algo que dejó de ser un plan de fin de semana para convertirse en diario.

De nuevo en su trabajo, con controles y cuidados, se dio cuenta de situaciones familiares duras de sus compañeros, y también de pérdidas. Una de ellas, su amiga Luz Mendieta, con quien hablaba habitualmente por teléfono.





JOSÉ FABIÁN MARTÍNEZ, GUARDADOR DE INFORMACIÓN

A José Fabián Martínez lo consideran una mente brillante en la Secretaría de Educación. Para salvaguardar la información de los contratos, fue el precursor de la herramienta SharePoint en la Dirección de Contratación.

Cuenta que hace más de una década estudió música clásica y guitarra, y luego rock. Tuvo grupos con los que tocaba en las noches, pero debió elegir entre su pasión y trabajar. “Había prioridades”, cuenta. Pero, eso sí, oye desde Bizet y Mozart hasta metal. Y le encanta la música tradicional colombiana.

Su trabajo es custodiar la información sobre los contratos que se generan en la SED. Y en la pandemia, cómo salvaguardarlos de la mejor manera de forma virtual, lo que se logró con su conocimiento e innovación.

Porque a su cargo están convenios que se hacen con entidades del Estado, con empresas públicas y privadas, sobre la alimentación escolar, suministros y la prestación de servicios.

De 41 años, vive con su mamá, su hermano y un sobrino, y dice que la innovación fue fundamental en este tiempo. “Las herramientas estaban ahí, había que conocerlas. Muchas personas dicen que la tecnología genera inconvenientes, yo vi lo contrario: nos dio herramientas para consultar, ingresar datos, crear métodos para la recepción, y así resolver los problemas y dar respuestas oportunas”.

En el confinamiento volvió a sacar la guitarra y se acercó mucho más a su pasión central: la música. Pero la innovación sigue ahí. Una pandemia cambió su forma de trabajo y cuidado de tantos y tan importantes documentos y sobre eso, en la SED ya dieron un gran primer paso.

LA SECRETARÍA DE EDUCACIÓN DISTRITAL EN CIFRAS



DATOS GENERALES



400
Colegios distritales
28 Colegios rurales
en 8 localidades



Estudiantes
matriculados:
764.593

Planta del personal
38.595



34.021
docentes

1.850
directivos
docentes

2.724 personal
administrativo

ALIMENTACIÓN ESCOLAR



2020	2021
752.000 estudiantes beneficiados con bonos y canastas	763.000 estudiantes beneficiados con bonos y canastas

Presupuesto
2021 \$4,7
billones



Ejecución
presupuestal
(La más alta
en 15 años)

Nombramientos de docentes para
provisión de vacantes de la planta:
Nivel de cubrimiento: 99,7%.



9.500

GESTIÓN



Presupuesto
plan anual de
contratación:

\$1,8 billones

Ejecución: **100%** ★★★★★

Procesos de
selección

113

Adjudicación

\$1,1 billones

Ahorro en la
adjudicación

4%

AULAS HOSPITALARIAS



Número
de aulas



Colegios



Docentes



Pacientes
estudiantes
atendidos
en 2020



Pacientes
estudiantes
atendidos
en 2021



Impacto campaña para la prevención del suicidio en niñas, niños y jóvenes: 8 millones de personas



Participación de niños, niñas y jóvenes en estudio para la caracterización mental de estudiantes



Niñas, niños, jóvenes, docentes, directivos y familias que recibieron acompañamiento socioemocional



PROGRAMA SOCIOEMOCIONAL



PROGRAMA RUTA 100K

Dispositivos electrónicos entre tabletas y portátiles entregados a estudiantes:

105.455



52 millones

Visitas al portal Educativo Red Académica

200

Programas de radio

720

Cápsulas en video para TV

43.734

Impresos



APRENDE EN CASA



REGRESO A LA PRESENCIALIDAD

Estrategia '1, 2, 3 De regreso al cole otra vez'

"Pedagogía del reencuentro"

1.700 personas participantes



LA SED EN CIFRAS

AGRADECIMIENTOS

Contar estas grandes historias no hubiera sido posible sin el trabajo de miles de personas que lo dieron todo para que la educación estuviera en primer lugar en Bogotá.

Gracias a la alcaldesa Claudia López por su confianza y apoyo, a los secretarios y secretarias del Distrito y a quienes hacen parte del Consejo de Gobierno, quienes fueron compañeros de luchas, de angustias, pero también de soluciones y trabajo en equipo.

Agradezco, también, al Honorable Concejo de Bogotá y a las organizaciones privadas que se sumaron a esta gran labor de trabajar por los estudiantes y por la educación en medio de sus propias adversidades. A quienes hicieron posible plasmar gran parte del trabajo de la Secretaría de Educación en estas páginas, a los editores, cronistas y equipo de El Tiempo Casa Editorial.

Gracias al maravilloso equipo de la Secretaría de Educación del Distrito en los tres niveles: central, local e institucional, a las subsecretarias y subsecretarios, a las y los directores de áreas y a sus equipos, a las y los estudiantes, a maestras y maestros, a rectores y rectoras de las instituciones educativas oficiales y privadas de educación preescolar, básica y media, educación superior y educación para el trabajo y el desarrollo humano. Al personal administrativo, de servicios y de vigilancia, a las madres, los padres y a las familias.

Gracias a todas las personas que con sus grandes aportes nos demuestran que las historias individuales pueden formar parte del trabajo colectivo en beneficio de nuestras niñas, niños y jóvenes, como ocurrió durante la pandemia.

Y, sobre todo, gracias por la confianza que nos brindan y por valorar el rol de la escuela como espacio cuidador, protector y fundamental en su desarrollo. ¡La educación la construimos todas y todos!

Especial gratitud al equipo de nivel central y local:

Asesores de Despacho y proyectos estratégicos SED

Martha Liliana Sánchez Rodríguez
Néstor Alfonso Mora Roncancio
Amparo Ardila Pedraza
Ángela María González
Luz Ángela Cubillos Olarte
Helen Orjuela Tacha
Juliana Vernaza Lotero
Laura León León
Natalia Cardona Ramírez
Camilo Hernández Sanabria
Raúl Javier Manrique
Sebastián Cuervo Canosa
Sergio Alberto Ardila
Equipo del Despacho y proyectos estratégicos SED

Oficinas asesoras

Conny Mogollón Barbosa y su equipo
Oficina Asesora de Comunicación y Prensa

Juan Sebastián Contreras y su equipo
Oficina Asesora de Planeación

Fernando Medina y su equipo
Oficina Asesora Jurídica

César Corredor, Abelardo Barrera (2020-2021) y su equipo
Oficina de Control Disciplinario

Óscar Andrés García y su equipo
Oficina de Control Interno

Subsecretaría de Integración Interinstitucional

Deidamia García Quintero y su equipo
Subsecretaría de Integración Interinstitucional

Edwin Alberto Ussa Cristiano y su equipo
Dirección de Participación y Relaciones Interinstitucionales

Flor María Díaz Rocha y su equipo
Dirección General de Educación y Colegios Distritales

Hernán Trujillo Tovar y su equipo
Dirección de Inspección y Vigilancia

Rocío Jazmín Olarte Tapia y su equipo
Dirección de Relaciones con el Sector Educativo Privado

Nelson Daniel Álvarez y su equipo
Dirección de Relaciones con los Sectores de Educación Superior y Educación para el Trabajo

A los 19 directores locales de educación por su esfuerzo constante desde el territorio para orientar y acompañar a rectoras y rectores y afrontar conjuntamente un desafío desconocido, reconociendo el valor del encuentro y el cuidado para la garantía de los derechos de las y los estudiantes.

Harold Rodrigo Murillo Tovar y su equipo
Dirección Local de Usaquén

Jenny Iliana Caro Martínez y su equipo
Dirección Local de Chapinero

Mariela Castillo Rozo y su equipo
Dirección Local de Santa Fe y La Candelaria

Ana Consuelo Suárez Morales y su equipo
Dirección Local de San Cristóbal

Wilson Orlando Suárez Parrado y su equipo
Dirección Local de Usme

Isabel Antiasuainzarra Gaitán y su equipo
Dirección Local de Tunjuelito

Alirio Pesca Pita y su equipo
Dirección Local de Bosa

Jorge Alfonso Pérez Gutiérrez y su equipo
Dirección Local de Kennedy

Herberth Eusebio Reales Martínez y su equipo
Dirección Local de Fontibón

William Pérez Alarcón y su equipo
Dirección Local de Engativá

Nubia Rocío Torres Poveda y su equipo
Dirección Local de Suba

Luz Daifénis Arango y su equipo
Dirección Local de Barrios Unidos

María Temilda Rodríguez Franco y su equipo
Dirección Local de Teusaquillo

Luz Amparo Moncada Cárdenas y su equipo
Dirección Local de Los Mártires

Adriana Elizabeth González Sanabria y su equipo
Dirección Local de Antonio Nariño

Andrés Hortúa Clavijo y su equipo
Dirección Local de Puente Aranda

Rosario del Pilar Villota Ojeda y su equipo
Dirección Local de Rafael Uribe Uribe

Yaqueline Garay Guevara, Marco Fidel Bernal López y su equipo
Dirección Local de Ciudad Bolívar

Aníbal Montañez Cárdenas y su equipo
Dirección Local de Sumapaz

Subsecretaría Calidad y Pertinencia

Mauricio Castillo
Subsecretaría de Calidad y Pertinencia

Laura Alejandra Lozano Frías y su equipo
José María Roldán (2020-2021)
Dirección de Educación Media

Luz Maribel Páez Mendieta y su equipo
Dirección de Evaluación de la Educación

Ulía Nadehzda Yemail Cortés y su equipo
Dirección de Ciencias, Tecnologías y Medios Educativos

Jenny Patricia Niño Rodríguez y su equipo
Dirección de Formación de Docentes e Innovaciones Pedagógicas

Virginia Torres Montoya y su equipo
Dirección de Inclusión e Integración de Poblaciones

Yulieth Marcela Bautista y su equipo
Dirección de Educación Preescolar y Básica

Subsecretaría de Gestión Institucional

Nasly Jennifer Ruiz Gonzalez

Subsecretaría de Gestión Institucional

Elda Francy Vargas Bernal y su equipo

Dirección de Contratación

Leonardo Alfonso Castiblanco Páez y su equipo

Dirección Financiera

Esperanza Alcira Cardona Hernández y su equipo

Jefe Oficina de Contratos

José Alexánder Pérez Ramos y su equipo

Jefe Oficina de Tesorería y Contabilidad

Johan Alberto Rodríguez Hernández y su equipo

Jefe Oficina de Apoyo Precontractual

Deider Mauricio Mengual Paternina y su equipo

Jefe Oficina de Presupuesto

Ana Lucía Angulo Villamil y su equipo

Dirección de Servicios Administrativos

Edder Harvey Rodríguez Layton y su equipo

Dirección de Talento Humano

Wilson Adiel Rodríguez Rodríguez y su equipo

Jefe Oficina Administrativa de Redp

Martha Lucía Vélez Vallejo y su equipo

Jefe Oficina de Nómina

María Teresa Méndez Granados y su equipo

Jefe Oficina de Personal

Marco Antonio Barrera Gómez y su equipo

Jefe Oficina de Servicio al Ciudadano

Silvia Patricia Sánchez Guevara y su equipo

Jefe Oficina de Escalafón Docente

Subsecretaría de Acceso y Permanencia

Carlos Alberto Reverón

Subsecretaría de Acceso y Permanencia

Luis Antonio Pinzón y su equipo

Dirección de Construcción y Conservación de Establecimientos Educativos

Daniel Eduardo Mora y su equipo

Dirección de Bienestar Estudiantil

Ángela Liliana Díaz y su equipo

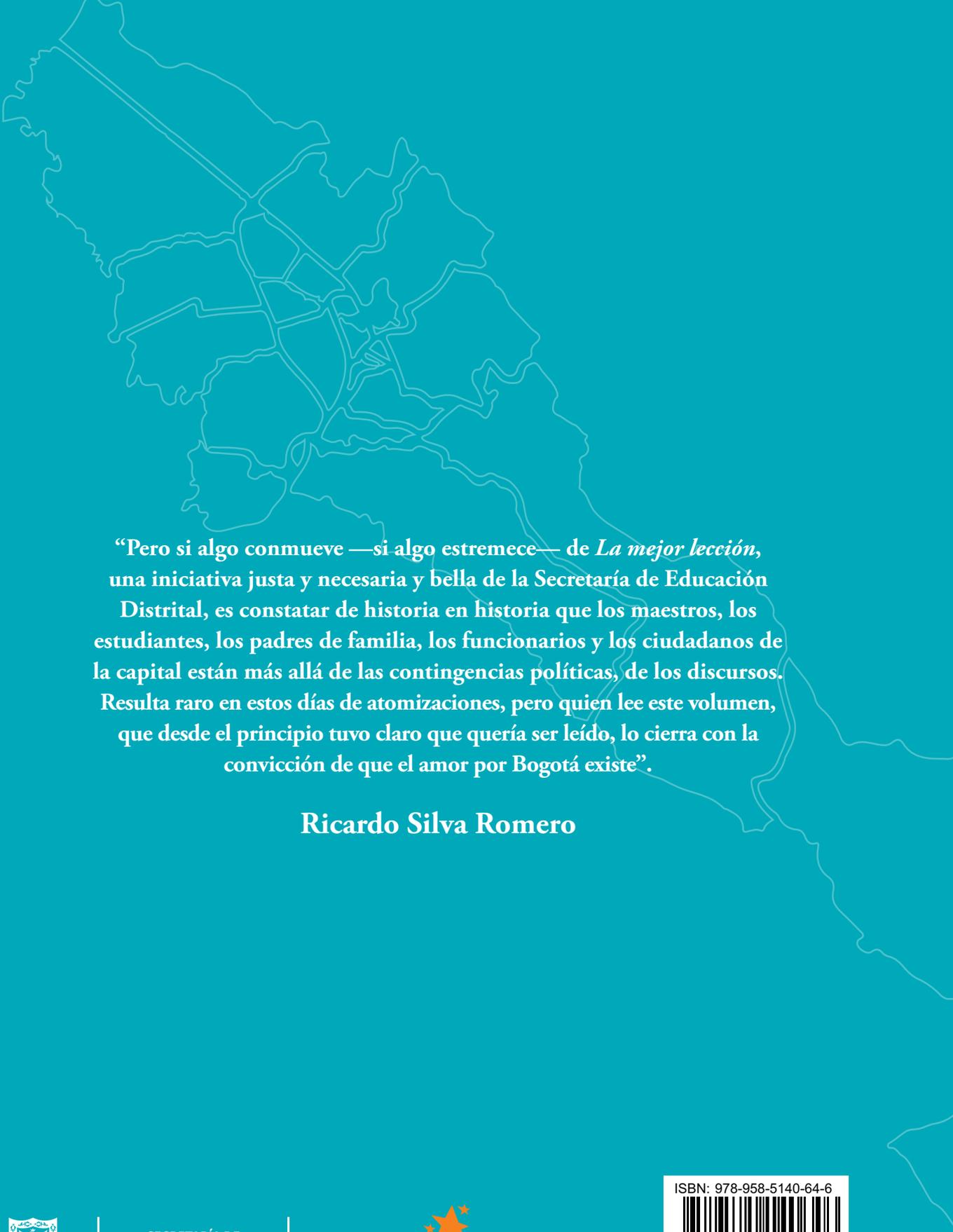
Dirección de Dotaciones

Érika Johanna Sánchez y su equipo

Dirección de Cobertura

200

¡LA EDUCACIÓN EN PRIMER LUGAR!



“Pero si algo conmueve —si algo estremece— de *La mejor lección*, una iniciativa justa y necesaria y bella de la Secretaría de Educación Distrital, es constatar de historia en historia que los maestros, los estudiantes, los padres de familia, los funcionarios y los ciudadanos de la capital están más allá de las contingencias políticas, de los discursos. Resulta raro en estos días de atomizaciones, pero quien lee este volumen, que desde el principio tuvo claro que quería ser leído, lo cierra con la convicción de que el amor por Bogotá existe”.

Ricardo Silva Romero



SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN



ISBN: 978-958-5140-64-6



9 789585 140646